
Giovanni
Guareschi
DON CAMILO
y los jóvenes
de hoy
Lectulandia

Volvemos aquí a encontrarnos con la feliz creación literaria de Guareschi, tantas veces llevada al cine y que ha sido emblemática de una época. En el presente título, vemos como el pequeño mundo de don Camilo se ve trastornado por la civilización de consumo. ¡Peppone y don Camilo! ¡Qué inolvidables figuras! Un tanto envejecidos ambos, siempre enconados en altisonantes querellas y desconcertados por los inesperados problemas a los que deben enfrentarse: don Camilo, en el «aggiornamento» posconciliar, a un clero joven e incomprensible para el viejo párroco «barricadiero», y Peppone, por su parte, a unos guardias rojos que desbordan su rancio concepto de la revolución.

Giovanni Guareschi

Don Camilo y los jóvenes de hoy

Don Camilo - 4

ePub r1.0
Titivillus 24.02.2020

Título original: *Don Camillo e i giovani d’oggi*
Giovanni Guareschi, 1969
Traducción: Domingo Pruna
Ilustraciones: Giovanni Guareschi
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



DON CAMILO Y LA OVEJA DESCARRIADA

Grandes novedades en el pueblo de don Camilo: los melenudos también han llegado allí y uno de ellos planteaba a Peppone serios conflictos. —Por si ello fuese poco, también llegan los «chinos» para amargarle la vida al camarada alcalde.

El talón de Aquiles de Peppone se llamaba Michele, muchachote de manos grandes como palas y tan greñudo que hacía pensar en esas hayas que a fuerza de ser podadas, quedan reducidas a gruesos troncos encapuchados con estúpidas bolas de hojas. Viajaba en un trasto de motocicleta con bolsas adornadas de bollones y flecos a lo *cowboy*, y lucía un chaquetón negro en cuya espalda había hecho pintarrajear una blanca calavera y la palabra «Veneno».

Michele, alias Veneno y último de los hijos de Peppone, era el único melenudo del pueblo, pero se bastaba y se sobraba, porque, además de tener una fuerza de búfalo, sabía usarla condenadamente bien. Veneno era el jefe de los melenudos esparcidos por la Bassa, y, cuando se movía con su pandilla, temblaba la tierra.

Pero había otras grandes novedades en el pueblo de don Camilo: desaparecido el viejo Piletti, la farmacia fue ocupada por una joven doctora de la ciudad que se había trasladado al pueblo cobijado tras la orilla del gran río, en compañía de su marido, también doctor.

Por su parte, Peppone había transformado su taller en un gran establecimiento en el que se vendían a plazos automóviles, motocicletas y electrodomésticos de todas clases. El dinero para montar el negocio lo habían facilitado los camaradas de la sección, convencidos por el razonamiento de Peppone: «Si el pueblo trabajador quiere automóvil, lavadora, televisor, nevera, etc., vendámoselos nosotros. El beneficio quedará en el pueblo trabajador, porque las ganancias serán repartidas entre los accionistas».

El asunto no gustó al doctor Bognoni ni a la farmacéutica, camarada Jole, ambos recomendados por la federación provincial como activistas de gran

eficiencia y acogidos entusiásticamente en la directiva de la sección. Para los Bognoni, la iniciativa solamente favorecería el aburguesamiento de los trabajadores y les quitaría todo ímpetu revolucionario.

—Tú, camarada Bottazzi —dijo Bognoni a Peppone—, das al pueblo la ilusión de haber conquistado el bienestar, olvidando que la revolución puede hacerse cuando el pueblo sufre.

—¡Nadie puede impedir al pueblo que sufra aunque tenga un «seiscientos», televisor, nevera y lavadora! —replicó Peppone, quien, por ser un hombre del pueblo, conocía sus dolores íntimos.

Obligados a cerrar el pico, los Bognoni iniciaron una sorda labor de zapa contra Peppone, esperando la ocasión para desencadenar la ofensiva.

Y la ocasión se presentó cuando a Veneno y su pandilla, que habían acudido al *dancing* de Castelletto, no se les permitió la entrada por indeseables. ¿Podían tolerarlo? Así, entraron por la fuerza y salieron de allí sólo tras haber quitado los pantalones a todos los hombres presentes en la sala. Se armó un escándalo, porque, aquella misma noche, Veneno trepó a uno de los dos altísimos postes que permitían al cable de alta tensión cruzar el Po, y ató a él el cabo de una larga cuerda, de la que colgó, al bajar, todos los pantalones conquistados como un gran pavés. Y, al día siguiente, la gente se agolpó a orillas del gran río para contemplar el espectáculo de aquellas prendas flameando al viento.

Los Bognoni, en una asamblea pública, atacaron duramente a Veneno al que definieron como un sucio representante del gamberrismo burgués, deshonra del Pueblo, Y concluyeron Pérfidamente: «Si el camarada Bottazzi cría hijos de ese tipo ¿cómo puede pretender formar espiritualmente las nuevas, promociones del partido?».

Añadieron que no se puede servir a la causa del pueblo trabajador vendiendo trastos eléctricos en una tienda.

El primer pensamiento de Peppone fue el de enredarse a puntapiés con los Bognoni. Pero luego lo pensó mejor y envió a la federación provincial un detallado informe exigiendo inmediata respuesta.

Aquella noche, don Camilo, loco de alegría, fue a desahogarse ante el Crucifijo del altar mayor:

«Señor —dijo—, te doy las gracias por haber traído la confusión y la discordia al campo de los enemigos de Dios».

«Yo no puedo traer oscuridad y discordia, sino sólo luz y paz —respondió Cristo—. Don Camilo, también tu enemigo es tu prójimo, y los dolores de tu prójimo deben ser tus dolores».

«Perdona, Señor —replicó don Camilo—, ¡pero no me siento capaz de lamentar que Peppone tenga un hijo melenudo!».

«Don Camilo —dijo sonriendo Cristo—, no olvides que también yo, durante mi breve vida terrenal, ¡fui un melenudo!».

«¡Señor! —exclamó don Camilo indignado—, ese chico no se conforma con llevar el pelo largo y vestir de modo extraño. ¡Es también un violento y un malvado!».

«Don Camilo —le respondió Cristo—, ¡regalas demasiado fácilmente al lobo las ovejas de tu grey!».

«¡No es una oveja de mi grey!».

«Tú la bautizaste en nombre del Señor, y ese chico es una oveja de mi grey».

Don Camilo no pudo contestar porque en aquel instante entró Peppone en la iglesia. Traía una cara que presagiaba tempestad, y don Camilo le condujo a la rectoría.

—Camarada alcalde —le dijo una vez en el comedor—, ¿te has arrepentido, finalmente, de tus pecados? Puedes hablar con toda libertad: te escucha Dios, no el camarada Bognoni.

—¡Usted y su maldito latín! —rugió Peppone—. ¿Puede saberse qué significa *cum grano salis*?

—Depende de la circunstancia en que se use —respondió don Camilo.

—La circunstancia es que he referido a la federación lo que dijeron públicamente de mí esos dos groseros, y la federación ha contestado que debo actuar *cum grano salis*.

Don Camilo soltó una carcajada, lo cual enfureció a Peppone, que gritó:

—¡Esos malditos intelectuales son la ruina del partido! ¿No pueden hablar en italiano? Ahora que hasta los curas han barrido el latín, ¿precisamente los funcionarios de la federación comunista han de usarlo?

—Camarada —le explicó con mucha paciencia don Camilo—, ¿podían acaso aconsejarte que obrases con tacto, prudencia, diplomacia e inteligencia, cuando todos saben que todo eso son cosas que no conoces ni siquiera de vista? Se refieren a ese microscópico granito de sal que esperan tengas en tu gran calabaza y te aconsejan usarlo.

—¡Estupideces! —rugió Peppone—. ¡Ya les daré yo *grano salis*! ¡A esa birria de doctor lo preparo *cum grano pepis* y lo lleno de tajos! ¿Qué culpa tengo yo de que mi hijo sea un garbanzo negro? De todos modos, si el muy asesino se atreve a volver a casa, ¡lo mato!

—Haces bien —aprobó don Camilo—. Es mucho más fácil matar a un hijo que educarlo.

—¿Quién habla de matar? —se indignó Peppone—. Quiero decir que si se me pone a tiro, lo muelo a palos.

—Te conviene matarlo, camarada. El bienestar te ha transformado en un rollo de grasa: si te arrea un puñetazo, te deja tieso.

—¿Quiere usted decir que si yo le pego a él se rebelará?

—Si es verdaderamente tu hijo, sí.

—Lo es, por desgracia —admitió Peppone, tristemente.

Smilzo llegó corriendo y don Camilo quedó cortado:

—¿Qué diablos estamos organizando aquí en la rectoría? ¿Una reunión de célula?

—Si el Papa ha recibido en el Vaticano al ministro de Asuntos Exteriores soviético, un insignificante párroco rural como usted puede recibir muy bien a un par de camaradas de la sección comunista local —replicó Smilzo—. ¿O es que se considera más importante que el Papa?

—¿Qué pasa? —preguntó Peppone.

—Jefe —explicó Smilzo—, Michele ha irrumpido, en la farmacia y ha obligado a la camarada Jole a tomarse media botella de aceite de ricino. Luego ha ido al ambulatorio y ha hecho beber el resto al doctor Bognoni.

Peppone empalideció y se desplomó sobre una silla.

—¡Me ha arruinado! —gimió—. ¡Aceite de ricino! ¡Ahora me acusarán de tener un hijo fascista! ¡Imbécil! ¡Con la de cosas que podía haberles hecho tomar ha ido a escoger precisamente el aceite de ricino!

Entretanto había llegado también a la rectoría Brusco, quien traía nuevas noticias:

—No, jefe. No era aceite de ricino, sino un frasco de aceite de hígado de bacalao.

—¡Alabado sea Dios! —suspiró Peppone—. No, podrán dar un significado político al asunto. ¡Pero juro que le romperé la crisma a ese gamberro! Vosotros dos, seguidme e intervenid sólo si se rebela y veis que no le puedo.

Salieron corriendo, y don Camilo levantó la mirada y abrió desoladamente los brazos:

«Señor, una oveja de tu grey se ha descarriado, los lobos; la buscan y no sé dónde encontrarla: ¿qué puedo hacer?».

«Está escrito: *Pulsate et aperietur vobis*», respondió la voz lejana de Cristo.

Don Camilo se puso a andar de un lado para otro en su estancia: no comprendía qué había querido decir Cristo; de todos modos, cuando llamaron a la puerta, corrió a abrir.

Entró Veneno con el pelo desgreñado, que le tapaba incluso la cara. El jovenzuelo estaba muy agitado.

—Reverendo —dijo—, mi padre me busca para romperme los huesos a palos.

Don Camilo le miró con disgusto:

—¿Y tú, con esas manazas, tienes miedo a un rollo de grasa como tu padre?

—¡Claro! Si me pesca, lo único que puedo hacer es aguantar. ¡No puedo rebelarme contra él!

Don Camilo miró al muchachote con menos desagrado:

—¿No te das cuenta del lío que has armado al purgar a los Bognoni?

—No los he purgado por lo que dijeron de mí, sino por lo que dijeron de mi padre. Sálveme, don Camilo.

—La casa de Dios está abierta a todos los pecadores que se arrepienten.

Veneno hinchó su amplio tórax y apretó los puños:

—¡Qué arrepentimiento ni qué cuernos! —gritó—. ¡La marranada la hicieron esos dos imbéciles, no yo!

—Si lo crees así —replicó con calma don Camilo—, puedes hacer una de estas dos cosas: o marcharte en seguida o, si pretendes quedarte, pagar.

—¡Estoy dispuesto a pagar! —rugió Veneno.

Don Camilo le murmuró el precio. El muchacho abrió los ojos de par en par.

—¡Prefiero dejarme degollar!

—Pues entonces, ¡lárgate! —le conminó don Camilo. Veneno se dirigió hacia la puerta, pero a mitad de camino se detuvo.

—Reverendo, lo que me pide usted es una infamia.

—Lo tomas o lo dejas: aquí el precio es fijo y no se hacen rebajas.

Veneno volvió atrás, se sentó Y, rechinando los dientes, pagó. Luego dijo:

—¡Reverendo me ha arruinado usted!

—No es mi oficio, y el trabajo no será perfecto —respondió don Camilo —. Pero creo que rapado al cero saldrás ganando.

Mientras don Camilo dejaba la maquinilla y, con la escoba, empujaba hacia el recogedor de basura el gran montón de cabellos, Veneno se sacó del bolsillo un espejito y se miró:

—Peinado así ya no soy nadie —y su voz denotaba angustia.

La verdad era que se sentía como Sansón cuando se vio rapado por Dalila y sin fuerza, porque el secreto de su fuerza radicaba en sus largos cabellos.

—Ya no me atreveré a mostrarme ante la gente —gimió Veneno—. Me iré del pueblo.

—¿A dónde?

—Ya tengo sitio; me alistaré como soldado.

Don Camilo se asombró de la decisión:

—Pero tú —dijo—, ¿no eres acaso el jefe de esos granujas que se dicen objetores de conciencia?

—Lo hacía porque, al ir al servicio, me cortarían el pelo. Ahora que estoy rapado al cero, no hay ninguna cuestión moral.

—Comprendo —murmuró don Camilo—. Bueno, ahora ve a la cocina a comer y luego métete en la cama: la habitación de invitados está en el último rellano. Duerme tranquilo: nadie te molestará.

«Señor, te doy las gracias. El buen pastor ha encontrado a la oveja descarriada, tal como tú me dijiste».

«Sí, don Camilo: pero yo no dije que el buen pastor tenga que esquilar a las ovejas recuperadas».

«Eso, es un detalle de carácter técnico que no atañe a Dios, sino al pastor. Dad a Dios lo que es de Dios, y al pastor lo que es del pastor: ¿no lo dijiste así?».

«No, don Camilo. Sin embargo, el concepto es justo».

Veneno permaneció escondido una semana en casa de don Camilo y pasó el tiempo partiendo y aserrando la leña para todo el invierno.

Al octavo día apareció Peppone, agitadísimo:

—¡Ha llegado la citación del distrito! —gritó—. No sé dónde se habrá podido meter ese miserable, pero si no se presenta a tiempo, será perseguido como un prófugo. ¡Sólo esto me faltaba!

Don Camilo lo llevó a la cocina junto a la ventanita que daba al patio. Peppone vio a Veneno partiendo leña y quedó boquiabierto.

—¡Rapado al cero! —exclamó.

—¡Por fuerza! —dijo don Camilo—. Lo he convencido de que se haga fraile.

Peppone pegó un brinco:

—¡Eso sí que no! —gritó—. Prefiero que vuelva en seguida a casa. Juro que no le diré nada, aunque, por su culpa, esos malditos Bognoni quieren vengarse de mí creando en el pueblo una sección autónoma «china».

—Está bien —respondió don Camilo—. Sin embargo, es una lástima. ¡Sonaba tan bien eso de «Fray Veneno, oveja de Dios»!

—¡En casa de Bottazzi no hay sitio para las ovejas! —gritó Peppone.

—¡Ah, claro! —replicó pérfidamente don Camilo—. Olvidaba que, *temporibus illis*, tú, camarada, mandaste escribir en la fachada de tu casa: «Vale más vivir un día como un león, que cien años como oveja».

—¡Al diablo con usted y con su condenada memoria! —rugió Peppone mientras se iba—. ¡Pero entre usted y yo, la cuenta sigue abierta!

—La cerraremos —le tranquilizó don Camilo—. Naturalmente, con permiso de Mao.

El gran río discurría plácido e indiferente. Era un día como otro, pero distinto.

EL SECRETO DE SAN ANTONIO ABAD



Si Peppone llora, don Camilo no ríe: es terco, pero llega un momento en que debe inclinar la cabeza y ponerse al día. Afortunadamente, encuentra una ayuda inesperada que le permite obedecer desobedeciendo.

El descapotable rojo se metió resueltamente en el patio de la rectoría, y de él se apeó un jovenzuelo flaco, vestido de gris, con gafas de intelectual y una cartera de piel bajo el brazo.

Don Camilo, quien, sentado a la mesa del comedor, leía con un ojo la *Gazzeta,* mientras con el otro oteaba a través de la ventana, apretó los puños:

—¡Adelante! —dijo, malhumorado, tan pronto como oyó que llamaban.

El jovenzuelo entró, lo saludó y le tendió un sobre.

—No puedo comprar nada —rezongó don Camilo, sin levantar siquiera la cabeza del periódico.

—Y yo no tengo nada que vender —respondió el otro—. Soy don Francesco, el coadjutor que la curia le ha asignado. Y ésta es la carta de presentación.

Don Camilo le miró de arriba abajo:

—Vestido así, joven, le he tomado por uno de esos viajantes de comercio. Teniendo en cuenta que debía presentarse a un anciano párroco, quizás habría sido mejor que se hubiese usted vestido de sacerdote.

El curita, un tipo muy nervioso, empalideció, y don Camilo leyó la carta.

—Bueno —dijo metiendo el papel en el sobre—. O sea, que usted ha sido enviado aquí para enseñarme a hacer de cura.

—No, reverendo: sólo para recordarle que no estamos en 1666, sino en 1966.

Don Camilo se sacó del bolsillo el pañuelo amarillo y le hizo un nudo.

—Ahora que me lo ha recordado, puede irse —dijo.

El curita perdió la calma:

—¡Reverendo! La curia me ha mandado aquí y aquí me quedaré —exclamó, irritado, sentándose al escritorio.

—En ese caso —replicó con calma don Camilo—, aprovecharemos para echar una partida. ¿Conoce el juego de las ochenta cartas?

—No —respondió el curita apretando los dientes. Sobre el escritorio había unas cuantas barajas viejas: don Camilo cogió una, la estrujó con sus manazas y, de un tirón, la partió en dos.

El curita no se impresionó:

—Conozco ese juego —dijo—. Pero sé hacerlo con menos trabajo.

Tomó del escritorio otra baraja y, con mucha calma, una tras de otra, partió en dos pedazos las cuarenta cartas.

—Ahora son ochenta como las de usted, reverendo —dijo al final, sonriendo.

Don Camilo meneó la cabeza con expresión de asentimiento.

—Pero yo —dijo indicando los dos montoncitos de cartas rotas— sé hacérselas comer las ciento sesenta.

Era el don Camilo de los tiempos duros y violentos, y el curita se quedó pasmado.

—Yo —balbuceó— he sido enviado… Si mi persona no le es grata…

—Usted u otro, lo mismo da. Puesto que Su Ilustrísima nos ordena tener necesidad de un coadjutor, se obedecerá. Usted me ha recordado, cortésmente que estamos en 1966 y no en 1666, y, yo he correspondido a su cortesía recordándole que aquí el párroco soy yo. Su habitación está preparada. Puede

usarla para descansar y para vestirse de sacerdote: aquí, durante las horas de servicio, no gusta el traje de paisano.

El curita fue acompañado, por la vieja Desolina a la habitación de los invitados, y don Camilo corrió a desahogarse con el Crucifijo del altar mayor.

En efecto, en la iglesia de don Camilo aún existía el altar en el que él se obstinaba en seguir celebrando la misa en latín. Y los fieles seguían recibiendo la Hostia arrodillados en el comulgatorio con columnitas de mármol pintadas de falso mármol.

En todas las demás iglesias de la diócesis, el altar había sido sustituido por lo que don Camilo con poco respeto, llamaba «mesa caliente»; pero en la iglesia de don Camilo nada había sido cambiado aún, y, precisamente por eso, la curia —antes de tomar graves disposiciones disciplinarias— decidió poner al lado del terco párroco de la Bassa, a un joven sacerdote que indujese al rebelde a ponerse al día.

Don Camilo paseaba por la desierta iglesia, buscando en vano el principio justo del discurso que quería hacer, cuando Cristo le llamó:

«Don Camilo, ¿qué estás haciendo? ¿Has olvidado que la verdadera fuerza de los sacerdotes de Dios es la humildad?».

«Señor —exclamó don Camilo—, nunca lo he olvidado y estoy aquí ante Ti como el más humilde de tus siervos».

«Don Camilo, resulta fácil humillarse ante Dios. Tu Dios se hizo hombre y se arrodilló ante los hombres,»

«Señor —grito con angustia don Camilo, abriendo los brazos—, ¿por qué habría de destruirlo todo?».

«No destruyes nada. Cambias el marco a la pintura, pero la pintura sigue siendo la misma. ¿O es que para ti es más importante el marco que el cuadro? Don Camilo, si el hábito no hace al monje, tampoco hace al sacerdote. ¿O tal vez crees que tú eres más ministro de Dios que ese joven sólo porque llevas sotana y él chaqueta y pantalones? Don Camilo, ¿crees que tu Dios es tan ignorante como para entender solamente el latín? Don Camilo, esos estucos, esa madera pintada, esa purpurina, esas antiguas palabras no son la fe».

«Señor —replicó humildemente don Camilo—, pero son la tradición: el recuerdo, el sendero recorrido durante muchos años, la poesía».

«Bellísimas cosas que nada tienen que ver con la fe. Don Camilo, tú amas esas cosas porque recuerdan tu pasado y porque las sientes tuyas, como parte de ti. La verdadera humildad consiste en renunciar a las cosas que más se aman».

Don Camilo inclino la cabeza y dijo: «Obedezco, Señor». Pero Cristo sonrió, porque leía en el corazón de don Camilo.

El curita estaba lleno de entusiasmo. Su lema era: «¡Desmixtificar!». O sea, limpiar la iglesia de lo que sólo era oropel y podía servir únicamente a la superstición. Pero procuraba obrar con cautela, para que don Camilo no se irritase. Y don Camilo, aunque apretando los dientes, le seguía.

Pero de pronto pataleó.

—El altar se quitará —exclamó con el mismo tono de voz empleado cuando dijo al curita, que podía hacerle comer las dos barajas—, pero sólo cuando se haya encontrado un sitio adecuado donde colocarlo.

El problema tenía su miga, porque un altar rematado por un Crucifijo de tres metros no era ninguna tontería. Pero, don Camilo se aferraba a su idea y se la confió a Cristo.

«Señor, —explicó—, los herederos del pobre Filotti han liquidado toda la propiedad. Ha quedado sólo la vieja y ruinosa casa solariega, más la capilla privada contigua, en la cual siempre he celebrado una vez al año. Están dispuestos a ceder todo por siete millones a plazos. Si yo pudiese conseguir esa capilla, trasladaría allí el altar y a ti también, Señor. Aquí estorbas y no se sabe donde ponerte. Seguirás siendo siempre el Hijo de Dios Todopoderoso aunque destruyan tu imagen, pero nunca permitiré que te arrojen al desván entre los trastos viejos».

«Don Camilo, —le amonestó el Cristo—, tú no hablas de mí, sino de un trozo de madera pintada».

«Señor, la patria no es ese pedazo de tela que se llama bandera. Pero no se puede tratar como un harapo a la bandera de la patria. Y tú eres mi bandera, Señor. En esa capilla encontrarías el sitio justo, pero por desgracia, aunque a plazos, siete millones son siete millones. ¿Cómo podría hacerme con ese dinero?».

«Buscándolo donde se encuentra», respondió, enigmático y sonriente, Cristo.

Entretanto el curita piafaba.

—Reverendo, aunque hayamos aplazado el arreglo del altar —dijo un buen día—, podemos iniciar la desmixtificación eliminando, por ejemplo, ese horrible monigote de san Antonio.

Aquella imagen era en verdad fea. Don Camilo la había encontrado ya en su hornacina y allí la dejó, limitándose a quitarle el polvo una vez al año.

El protector del patrimonio zootécnico de la Bassa parece ser que se había portado bastante bien cuando las graves epidemias de fiebre aftosa entre 1862

y 1914. Por ello, había conocido tiempos más felices y visto centenares de cirios arder cada día ante él.

Después, a medida que empezaron a generalizarse las vacunas antiaftosas, disminuyeron los cirios y ahora el pobre san Antonio debía conformarse con la mísera bombilla de diez bujías que don Camilo hizo colocar ante la hornacina, disimulada dentro de una vieja lámpara de aceite.

Don Camilo tenía también afecto a su san Antonio pero aceptó la proposición del curita.

—Está bien. Mañana por la mañana ya no lo verá.

Est modus in rebus: conforme con desahuciar a san Antonio, pero no liquidándolo como hubiese querido el curita con cuatro martillazos, después de más de cien años de honrado servicio. (Exactamente, ciento cuatro, porque, según resultaba de los libros de la parroquia, la imagen había sido regalada a la iglesia en junio de 1862, por un rico terrateniente, un tal Ferrazza.). Ayudado por el campanero, aquella misma noche don Camilo bajó a san Antonio de su hornacina y lo llevó a la cuadra. Pero durante el traslado, el santo tropezó con el pie derecho en el canto de una puerta y dejo en el lance todos los dedos y parte del talón.

Don Camilo, antes de irse a la cama, quiso restaurar el pie siniestrado con un poco de masilla, y cuando se disponía a pegar el pedazo de escayola, vio que del pie desmochado del santo salía la punta de una bota negra. Y la bota no era de escayola, sino de madera pintada.

La parte inferior de la túnica parda que cubría al santo hasta los pies estaba desgarrada y bastó un leve golpecito. Entonces se descubrió —cosa en verdad inesperada—, que san Antonio llevaba, debajo del sayal, pantalones y botas con espuelas.

Otro golpecito y he aquí que se desprendió como una costra, la parte superior del sayal y salió a la luz un trozo de camisa roja.

En pocos minutos quedó arrancada por completo la costra de escayola que cubría la estatua de madera original y, una vez descascarillado, el san Antonio resultó ser, inequívocamente, Garibaldi.

El brazo derecho levantado sostenía aún el pequeño crucifijo pero era evidente que, en sus orígenes, empuñaba un sable. El bastón de peregrino que el santo asía con la izquierda era una hábil transformación del asta de una bandera.

No se comprendía porqué Garibaldi pudo haber sido disfrazado de san Antonio pero don Camilo cayó en la cuenta poco después. La roja camisa de Garibaldi tenía en el pecho, a la izquierda, una parte blanca en forma de

corazón. Aquello no era madera, sino escayola y don Camilo probó su consistencia con los nudillos de los dedos. Se trataba de una capa delgadísima, que se hizo añicos en seguida y abrió un agujero del que brotó una tintineante cascada de marengos de oro. Junto con los marengos, salió un papel doblado en cuatro partes.

Una vieja —algo ridícula y patética— historia de pueblo.

En abril de 1862, Garibaldi visitó lo capital de la provincia, donde fue agasajado como un semidiós. El Garibaldi de madera policromada, obra de un artesano de la ciudad, formaba parte de los festejos.

Garibaldi pronunció, en la Sociedad de Obreros, un discurso bastante duro contra los curas de Roma y los “malos curas” en general. Y un tal Ferrazza, probablemente jefe de los “comecuras” del pueblo que luego fue de don Camilo, quedó tan entusiasmado, que compró la estatua de Garibaldi y, tras hacerla transformar, con escayola, en un San Antonio abad, se la regaló al párroco.

Hoy no se comprenden estas cosas pero entonces había quien se divertía en este tipo de burlas. Aquí, lo terrible de la burla no consistía tanto en haber metido a Garibaldi en la iglesia para hacerle venerar como santo, como en haber llenado el pecho de Garibaldi de marengos, y acompañar el donativo con un mensaje henchido de sarcasmo:

¡Sacerdote! (¡Sí, sacerdote, porque aquí hay oro, Y sólo los sacerdotes huelen a distancia el oro, que apetecen con ansia!) ¡Sacerdote! En el corazón de Garibaldi no está el demonio, como tú dices, y sí, en cambio, un valioso tesoro, que no rechazarás. ¡Sacerdote! Si aún se acostumbra decir misa cuando leas esta carta (lo cual dudo), celebra una por el alma del anticlerical y garibaldino Alberto Ferrazza, y con los marengos date buenas comilonas, brindando por la gloria imperecedera de Garibaldi.

Había mil marengos, que, traducidos en liritas, ascendían a unos seis millones. Don Camilo pudo comprarse la casa del viejo Filotti e instalar en la capilla, tal como estaba, el altar de su iglesia con el gran crucifijo.

También trasladó allí, después de haberlo hecho recubrir por un especialista con la capa de escayola, el Garibaldi-abad.

Y celebró la primera misa en la capilla por el alma del difunto Alberto Ferrazza. La dijo en latín, por supuesto, en presencia de los poquísimos restos de la vieja guardia.

«Señor —explicó después a Cristo—, son unos testarudos. Permanecen aferrados a la vida sólo gracias a la fuerza de sus recuerdos, del recuerdo de sus muertos. No comprenden que también la Iglesia debe renovarse».

«Exactamente como no lo comprendes tú, don Camilo», respondió Cristo.

«Quizá, Señor —admitió honradamente don Camilo—. De todos modos, no he infringido ningún precepto, porque se trata de una misa privada, ya que esta capilla ha llegado a ser de mi propiedad, ¡con la ayuda de Dios!».

«Con la ayuda de Garibaldi», precisó Cristo.

«Señor, tú me has dicho que había de buscar el dinero donde se encontrara, y yo lo he buscado precisamente ahí. Es san Antonio abad el que se ha aprovechado de mi buena fe metiendo a Garibaldi en el asunto».

«Cierto, don Camilo —dijo Cristo sonriendo—. En un país como este, donde los muertos están más locos aún que los vivos, un párroco como tú tal vez sea el más adecuado».

Naturalmente, el «servicio secreto» informó a Peppone del negocio concluido por don Camilo. Y cuando se encontró con éste, le preguntó con mucha sorna:

—Reverendo, ¿es verdad que ha puesto una tienda propia?

—No, camarada. Yo siempre trabajo para el mismo amo: el de allá arriba. Mao no ha llegado aún para sembrar la confusión.

Y Peppone encajó.

EL AGUA DEL PO NO LE SIENTA BIEN A MAO



Peppone, a pesar suyo se ve obligado a enfrentarse con el jefe de los «chinos», y por poco se juega el físico. Pero Dios no paga solamente el sábado; también lo hace el lunes, y don Camilo se percata de ello amargamente.

De los ocho barrios del Ayuntamiento administrado por Peppone y sus camaradas, el denominado La Rocca era el más selvático.

Pocos kilómetros lo separaban del arrabal mayor, pero no todos los kilómetros son iguales, y ello porque los hombres son diferentes y, a veces, hasta en una ciudad, basta doblar la esquina de una callejuela para encontrarse en otro mundo. Los de La Rocca vivían, en un terreno periódicamente inundado cuando el río crecía, y su secular lucha con éste los había hecho

duros y violentos. Para ellos, quien tenía casa más allá de la orilla era un extranjero.

Todos militaban entre los rojos, mas para ellos el comunismo se llamaba Stalin, y la única forma de diálogo posible era la de apalear en la cabeza a los adversarios.

Por tanto, el doctor Bognoni no tuvo mucha dificultad en convencer a los de La Rocca para que se constituyesen en sección autónoma y lo reconocieran como jefe. Y el día en que un inspector de la federación provincial fue a La Rocca para llevar de nuevo al redil a los camaradas, encontró el pueblo lleno de rótulos y pasquines en loor de Stalin y de Mao y completamente vacío de habitantes.

Era inevitable que alguien se aprovechase de aquella situación, por lo que, cuando los diarios publicaron la pasmosa noticia de que Mao, a los sesenta años, había recorrido a nado quince kilómetros a una velocidad de fuera borda, aparecieron grandes pasquines amarillos en las paredes del barrio mayor y de La Rocca:

Mao ha asombrado al mundo con su prueba de fuerza. Los camaradas chinos de La Rocca ¿qué piensan del hecho de que su jefe, camarada Bognoni, no sepa siquiera nadar? ¿Cómo puede preparar la revolución proletaria si no sabe nadar?

Un grupo de camaradas que saben nadar.

El manifiesto era anónimo, pero todos afirmaron que se trataba de un hallazgo de Peppone. Los de La Rocca, se consideraron provocados, y, con su natural impetuosidad, pasaron al contraataque con este manifiesto de respuesta:

El jefe de los chinos de La Rocca no sabe nadar como el gran Mao, pero está en condiciones de ganar a nado al jefe de los «camaradas que saben nadar», siempre y cuando la grasa acumulada haciendo de tendero le permita aún permanecer a flote.

La réplica no se hizo esperar:

¡Que no exagere el Pequeño Mao de La Rocca! Si después de la intensa cura de aceite de hígado de bacalao se siente ágil como un pez, que procure no quedar como un merluzo.

La atmósfera no tardó en caldearse, y la gente se divertía cada vez más. Naturalmente, don Camilo, al ver a Peppone junto con su estado mayor, no dejó de preguntarle jovialmente qué tal iba el entrenamiento y si ya había fijado la fecha de la histórica competición.

—¡Nunca me prestaré a semejantes payasadas! —respondió Peppone con brusquedad.

—Comprendo —riose vilmente don Camilo—; ahora que el asunto ha ido más lejos de lo que usted creía, señor alcalde, le gustaría dar marcha atrás.

—¡Yo nunca me hecho atrás! —gritó Peppone.

—¡Muy bien, jefe! —aprobaron, entusiastas, los del estado mayor—. Los curas tiene dos o tres caras, pero nosotros sólo tenemos una.

El desafío del siglo se celebró una tarde de domingo, y a orillas del río se congregó medio mundo.

Doble travesía: llegados a la otra orilla del río, donde una comisión mixta llevaba el control, los dos campeones habrían de volver al punto de partida, y ganaría el primero que llegase.

Bognoni era joven y delgado, en tanto que Peppone pese a ser más fuerte, notaba el peso de los años y de la barriga. El primer tramo —viaje de ida— hizo gritar de entusiasmo a los de La Rocca, porque Bognoni fue el primero en tocar la orilla.

Pero aquellos alaridos enfurecieron a Peppone, quien olvidó años y barriga y puso en la lucha hasta el resuello y la fuerza que no tenía.

En el tramo de vuelta alcanzó a Bognoni y, tras una lucha desesperada, logró adelantarle. Fue el primero en tocar la orilla, netamente distanciado, pero en seguida se desplomó en la arena como un muerto.

—¡Un médico! —gritó Brusco, que ya estaba allí con los demás del estado mayor. Peppone no daba señales de vida, y el doctor Bognoni, que, como de costumbre, se había traído el botiquín en el coche, de un salto se presentó en el lugar.

Se arrodilló junto a Peppone, le tomó el pulso y gritó a su mujer:

—¡Pronto prepara la jeringuilla con coramina! ¡Hay peligro de infarto!

Aquél grito hizo volver en sí a Peppone, quien entreabrió penosamente los labios, miró a hurtadillas, con disgusto, al doctor, y rugió:

—¡Brusco! ¡Échame de ahí a este granuja! ¡Sé morir solo!

Bognoni se levantó y se fue, y entonces don Camilo acudió a arrodillarse junto a Peppone.

Peppone lo vio.

—¡Estará usted contento! —jadeó Peppone.

—¿Por qué tendría que estar contento? —exclamó don Camilo.

—¡Porque es usted el delincuente que hizo imprimir esos pasquines que se me han atribuido a mí y ha organizado todo este asqueroso lío!

—Si —admitió humildemente don Camilo—. Es verdad. Pero ahora ya es demasiado tarde para arrepentirse. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí —rugió Peppone—. ¡Pueden irse al infierno usted y todos los curas del Universo!

—Demasiada gente camarada. No me gustan los viajes colectivos —respondió don Camilo.

Llegó Bigio con una botella de coñac, y Peppone se pego a ella como si hubiese tenido que desecar los pantanos pontinos.

Luego llegó el médico titular, quien auscultó el corazón y tomó la presión a Peppone.

—Todo normal —dijo.

—Pero ¿por qué ha cerrado los ojos y no se mueve? —preguntó don Camilo.

—Porque está borracho perdido —explicó el doctor.

En efecto, Peppone estaba borracho pero no perdido. De aquí que tuviera fuerzas para murmurar:

—Reverendo, si hay un Dios le castigará.

Dios existe, pero, en general, no tiene prisa. Mas aquella vez hizo una excepción a la regla y castigo a don Camilo a sólo veinticuatro horas de distancia.

Era la tarde del lunes, y don Camilo, en el comedor de la rectoría, discutía con el joven coadjutor cuando de improviso, en la calle, frente a la cancela del patio, estalló un tremendo alboroto. Siete escandalosos jóvenes motociclistas

con enormes greñas y cazadoras de cuero negro se habían detenido frente a la cancela vociferando y acelerando rabiosamente los motores. Luego, uno de los gamberros tomó una extraña guitarra y entonaron todos a coro una canción como para poner los pelos de punta, ritmando el estribillo con golpes de claxon.

Por el timbre de la voz, uno de los siete se reveló de sexo femenino, y las palabrotas parecían aún más triviales al oírlas salir de unos delicados labios de coral.

El efecto fue reforzado por el hecho de que la jovencísima gamberra se quitó el chaquetón y quedo vestida con una especie de blusa a cuadros blancos y negros, descotada y sin mangas y tan corta, que a duras penas le cubría el trasero a la impúdica.

—¡Voy a hacerlos callar! —gritó don Camilo acercándose resueltamente a la puerta.

Pero el curita le detuvo:

—No, don Camilo. Déjeme a mí. Yo sé cómo hay que tratar a esos jóvenes. No repare en su anticonformismo: son mucho mejores de lo que usted cree.

Don Camilo se asomó a la ventana y vio al curita salir por la cancela y hablar, sonriente y cordial, a sus coetáneos.

Le dejaron hablar algunos minutos, tras los cuales, la chica silbó, y los seis bajaron de las motocicletas y se precipitaron sobre el curita, sepultándolo bajo un alud de puñetazos y puntapiés.

El curita resultaba particularmente antipático con su prosopopeya y aquel atildado traje de *clergyman* que don Camilo no había conseguido que se quitara.

Pero ante aquel espectáculo, don Camilo olvidó todo y, disparado, como un cohete, arremetió como un *panzer* contra el grupo, logrando rescatar al curita, reducido ya a un guiñapo.

La fulminante intervención de aquel curazo tan grandote y tan negro desorientó a los gamberros, que se quedaron perplejos. Pero la maldita voz de la chica resonó imperiosa:

—¡Dadle al curazo!

Se rehicieron, y los seis arremetieron contra don Camilo. Y, además, con cierta táctica, pues mientras cuatro le sujetaban brazos y piernas, los otros dos lo cosían a patadas.

Don Camilo, que no esperaba un servicio de aquel género y que era un buen encajador, se comportaba como un elefante agredido por una manada de

petulantes simios y procuraba simplemente quitarse de encima a aquella gentuza. Pero se oyó, rabiosa y petulante, la voz de la chica:

—¡Ánimo! ¡Quitadle la sotana! ¡Queremos verlo en calzoncillos!

Aquello fue un error táctico, porque don Camilo lo oyó. Y dijo a Cristo:

«Señor, ¿permitirás que un ministro de Dios se quede públicamente en calzoncillos?».

«No, don Camilo: eso nunca», respondió la voz lejana del Cristo.

Ocurrió como cuando en los adelantamientos, se establece una pugna entre tres vehículos que llegan a ciento cuarenta: liberándose los brazos de un tirón y agarrando por las greñas a los que le daban puntapiés, don Camilo golpeó las dos cabezas entre sí. Los desgraciados se desplomaron en el suelo. Los otros cuatro, incitados por la chica, hacían cuanto podían; mas, por desgracia para ellos, había un garrote apoyado en la cancela. Un garrote de haya fuerte y flexible que, en las manos de don Camilo, rendía de modo excepcional.

No se resiste mucho bajo ese tipo de lluvia, por lo que llegó un momento en que los mozalbetes, llenos de magulladuras y chichones gordos como ciruelas, saltaron sobre sus motocicletas y se largaron gritando: «¡Ya nos volveremos a ver!».

Pero no los siete. La condenada chica permaneció allí imperturbablemente apoyada en una pilastra de la cancela, fumándose un cigarrillo con todo descaro.

Don Camilo avanzó amenazador hacia la alborotadora, resuelto a darle su merecido.

La chica no se alteró, y, cuando don Camilo estuvo junto a ella, le dijo sonriendo:

—¡Hola, tiíto!

Don Camilo se detuvo y miró de arriba abajo a la pequeña desvergonzada. Vestida decentemente habría sido una guapa chica de dieciséis o dieciocho años, pero con aquella peluca roja, aquellos ojos tan pintarrajeados y aquella minifalda tan impúdica era sencillamente repelente.

—¿Quién eres tú, libertina? ¿De qué lupanar te has escapado? —rugió don Camilo.

—Vengo de casa de tu hermana Giuseppina y soy tu sobrina Cat —respondió ella.

—¡No tengo ninguna sobrina que se llame Cat! —gritó don Camilo.

—Bueno, mi nombre de pila es Elisabetta —explicó con una sonrisa que daba ganas de abofetearla, por desvergonzada—, pero los chicos me llaman

Cat. Diminutivo de *Caterpillar*, porque, cuando entro en acción, soy peor que un *bulldozer*.

Don Camilo descubrió en aquel rostro rasgos conocidos, lo cual lo enfureció aún más.

—¡Y tú —chilló—; tú, mi sobrina; tú, hija de mi hermana, querías que tus amigos gamberros me pegasen y me dejasen en calzoncillos!

—Cortesía por cortesía, tiíto. ¿Acaso no dijiste a mi madre la semana pasada que no se preocupase por mí porque estabas seguro de convertirme en la más afable y humilde Hija de María? ¿Aún lo crees así o será mejor que me suba a mi motocicleta y vuelva a la ciudad para consolar a mi mamaíta?

Don Camilo empuñaba el palo de haya, y la pequeña desvergonzada seguía mirándole descaradamente a los ojos.

—¡Anselma! —gritó don Camilo.

Anselma era la mujer del campanero. Sería mejor decir el marido del campanero, por cuanto se trataba de una de esas mujeres que parecen carros armados y que, cuando sacuden una bofetada, hacen olvidar hasta las señas de casa.

—Yo no puedo ponerle las manos encima —explicó don Camilo a Anselma cuando apareció la mujer.

—Yo, en cambio, si puedo —respondió el carro armado, que, desde la ventana, había presenciado toda la escena.

Agarró por un hombro a la chica y explicó:

—Necesita un pequeño repaso general, reverendo. Yo la haré entrar en vereda, y luego, dentro de algunos días, se la devolveré.

La chica no se impresionó:

—¡Si se atreve a ponerme las manos encima, no respondo de lo que pueda pasar! —afirmó.

—No te preocupes, muchacha —la tranquilizó Anselma—. Nada de manos. Juegos de manos, juegos de villanos. Te zurraré en las posaderas con la pala del pan.

—¡Muy bien! —aprobó don Camilo—. Creo que es el único sistema para enseñarla a andar por el mundo.

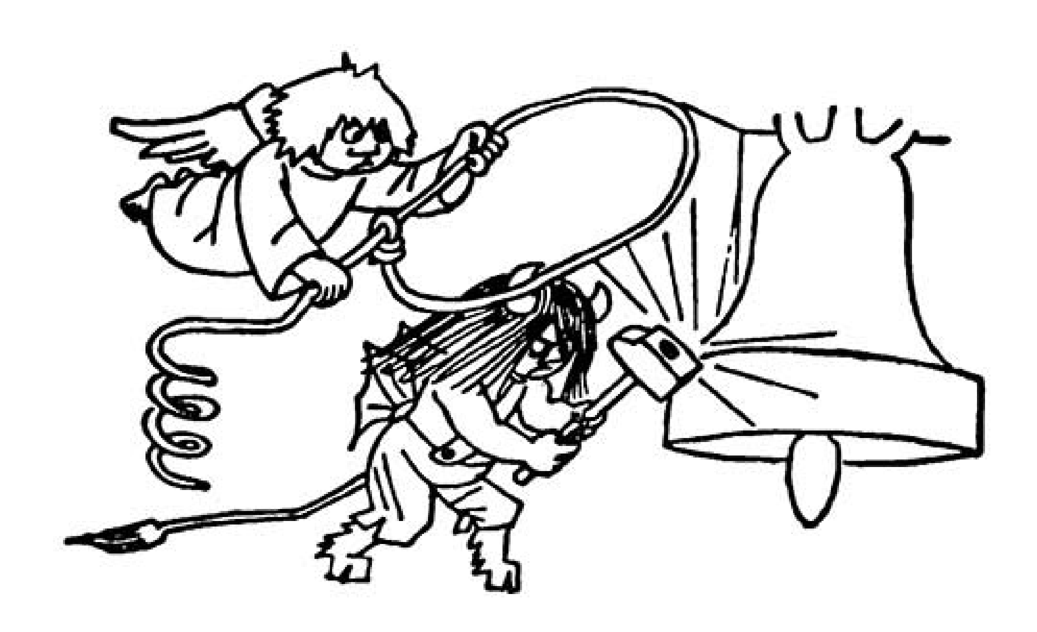
La chica intentó liberarse de un tirón, pero Anselma no se movió ni un milímetro.

—Se llama Anselma —explicó don Camilo a Cat—, pero todos la llaman El. Diminutivo de Elefante. Te aconsejo que empieces por alargarte al menos medio metro la falda.

—¡Eso nunca! —chilló rabiosamente Cat.

—Bueno —se burló don Camilo—. Entonces te acortaremos medio metro las piernas.

UN NOCTURNO QUE NO HACE DORMIR



Con la sobrinita de don Camilo entra en la casa parroquial el diablo en persona y, por desgracia, no se conforma con ello, sino que sube también al campanario, donde arma terribles líos que, sin embargo, permiten a Veneno recuperar sus cabellos.

Dios no paga solamente el sábado. Aquella vez pagó el lunes. En afecto, Cat resultó un verdadero castigo de Dios, y don Camilo comprendió por qué su hermana, viuda y enfermiza, le había suplicado que la ayudara a enderezar a la chica, que iba por mal camino.

La misma noche de su llegada, Cat puso las cartas boca arriba ante Anselma:

—Es del todo inútil que me trate como a una reclusa atrancando puertas y ventanas. No tengo la menor intención de escapar. Quiero que sea el curazo quien me ruegue de rodillas que me vaya.

—Muchachita —la amonestó Anselma—, no sabes lo que te dices, Acuérdate de que cuando aquí la cosa estaba que ardía, tu tío arrastró sin miedo a bandas desatadas de comunistas.

—¡Huy! ¡Los comunistas! —se burló Cat—. Títeres como los curas, los fascistas, los liberales, los socialistas, los burgueses, los militares, los policías, etcétera. Todos cadáveres ambulantes. ¡Somos nosotros, los jóvenes, los amos del mundo, y no hay fuerza que pueda detenernos!

—¿Ni siquiera Dios?

—¡Dios! —exclamó Cat riendo—. Dios ha muerto.

Anselma, que, por ser esposa del campanero, se consideraba empleada directa de Dios, se indignó:

—Si fueses mi hija —dijo apretando los dientes te daría una bofetada. Pero como no lo eres, ¡te voy a dar dos!

Como algunos motores de explosión, Anselma era más bien «anticipada». Por ello, cuando dijo «dos», los bofetones habían llegado ya a destino.

—Te ayudarán a dormir —explicó Anselma.

—A usted, en cambio, la harán perder el sueño —respondió Cat, amenazadora, encaminándose, escalera arriba, hacia su cuarto.

Cat fue profética: a las dos de la madrugada, las campanas se pusieron a tocar a rebato y todo el pueblo se levantó. También don Camilo saltó de la cama y, tan pronto como estuvo en la planta baja, se encontró con Anselma, semejante a la alegoría de la humillación.

—¿Qué demonios pasa? —gritó don Camilo.

Anselma abrió los brazos desolada:

—Pues que la ventana del desván da al tejado de la rectoría y, desde el tejado de la rectoría, un desequilibrado puede llegar al tejado de la iglesia y meterse en el tragaluz del campanario.

—Bien, ¿y qué?

—Pues que su sobrina, que es una desequilibrada, está ahora allí divirtiéndose, tras haber quitado las escaleras y cerrado las trampillas de los rellanos.

Había llegado gente, y Peppone se acercó.

—Reverendo, o acaba con este escándalo, o tendré que tomar yo las medidas pertinentes.

—Tómalas, pues, camarada alcalde —respondió don Camilo—. Si tienes un helicóptero, sácalo y procede.

Cat le había tomado gusto al asunto, y, habiendo descubierto el mecanismo del carillón, volteaba las campanas a ritmo *beat*, acompañándose

con terribles alaridos. Al oír aquellos chillidos, Smilzo bromeó:

—¡Debe de ser la favorita del párroco, que llama para el café!

Don Camilo, que no toleraba bromas de aquel tipo agarró a Smilzo por las solapas, pero Peppone intervino:

—¡Reverendo, no negará que esos chillidos son de mujer!

—¡Son los rugidos de una tigresa! —gritó don Camilo—. ¿Qué delito he cometido para tener que cargar con esa chalada?

Brusco intervino:

—¡Ah, reverendo! ¡Entonces se trata de aquella graciosa sobrinita suya que ayer tarde vino con sus amiguitos y quería verle en calzoncillos!

Peppone y sus socios se divertían como unos condenados, y, mientras tanto, Cat seguía tocando las campanas con energía cada vez mayor.

—¡Señor! —gimió don Camilo—. ¿Qué hacer para que no siga?

El buen Dios tuvo piedad de él. Se acercó el campanero y le dijo en voz baja que alguien le esperaba en el granero.

En efecto, allí había alguien: un buen mozo que parecía salido de una historieta gráfica. Mono negro, guantes negros y un pasamontañas negro que sólo le dejaba descubiertos los ojos.

—Reverendo —dijo aquella especie de «Diabolik»—, yo me encargo de eso.

—¡Veneno! —exclamó don Camilo—. ¿Cómo es que te has disfrazado así?

—He de tener el color de la noche —respondió el muchachote—. Además, no quiero que me vean rapado a cero.

—¿Y el servicio militar?

—Útil —respondió Veneno—. Partiré con el segundo reemplazo.

—Ha retirado las escaleras y cerrado las trampillas —se preocupó don Camilo—. ¿Cómo te las arreglarás para llegar allí?

—Si llega el cordón del pararrayos, también puedo llegar yo.

—No; es demasiado peligroso.

—Peligroso para un cura, no para mí.

Salió por el tragaluz que daba al tejado de la rectoría y se agarró al cable metálico del pararrayos. La noche se lo tragó.

«¡Señor —lloriqueó don Camilo cayendo de rodillas—, ayúdale!».

«Don Camilo —respondió la voz lejana de Cristo—, ¿me equivoco o me dijiste que ése no es una oveja de tu grey?».

«No, Señor, no te equivocas: me equivoqué yo. ¡Pero, por el amor de Dios, no te distraigas! ¡Ponle una mano en la cabeza!».

«Y si resbala, ¿cómo podré salvarle agarrándole del pelo, dado que tú lo has esquilado?».

Don Camilo sudaba a mares y, mientras tanto, continuaba el infernal tañido.

Pero, de pronto, cesó.

Don Camilo bajó corriendo a la estancia al pie del campanario: se oía movimiento arriba, en la torre: se abrían las trampillas de los distintos rellanos y eran sacadas las escaleras. Finalmente, se abrió también la última trampilla, bajó la escalera y apareció Veneno con un paquete bajo el brazo.

El paquete era Cat.

Para manejarla mejor, Veneno la había envuelto con la cuerda de una campana: además, había silenciado a la chica metiéndole en la boca uno de sus guantes de piel.

Cuando hubo bajado, Veneno tendió el paquete a don Camilo, pero éste apartó las manos rugiendo:

—¡Tírala en aquel rincón!

Luego llamó a gritos a Anselma, quien llegó a todo correr.

—¡Llévate esa porquería de aquí! —chilló don Camilo indicando a la muchacha—. Y di a la gente que el espectáculo ha terminado y que pueden volverse a la cama.

La operación había sido laboriosa, y Veneno se echó al coleto, de buena gana, un par de vasos de vino.

Estaban solos en el comedor de la rectoría, y Veneno, se había quitado el pasamontañas para airearse un poco la rapada cabeza.

Don Camilo hubiese querido saber los detalles de la empresa, pero Veneno meneó la cabeza:

—Reverendo, dejemos eso y hablemos de cosas serias. Se ha traído usted la peste a casa. La conozco; ¡menudo tormento!

—¿Dónde la conociste?

—En Castelletto, hace dos meses. Iba con los «Escorpiones», una pandilla de estúpidos de la ciudad. Fueron a Castelletto para ponerlo todo patas arriba; pero como Castelletto es zona nuestra, los molimos a palos y tuvieron que largarse con el rabo entre las piernas. Los seis que ayer acompañaban a la

chica son los capitostes de la pandilla. Les ha zurrado usted la badana y no se lo perdonarán. Volverán.

—No pasará nada —murmuró don Camilo—. Aún me quedan garrotes de haya en la leñera.

Veneno movió la cabeza:

—Tengo un informador en la ciudad, el cual ha telefoneado para decirme que los «Escorpiones» proyectan una expedición en grande. Quieren venir con todos sus efectivos, ponerlo todo patas arriba y liberar a la chica por la fuerza.

—Pueden venir cuando quieran —rezongó don Camilo—. Llamaremos que los reciban los carabineros.

—Reverendo, todo será inútil: llegarán cuando nadie los espere. Son unos cincuenta y están bien organizados. Saben que los carabineros no les pueden disparar y darán el golpe.

Veneno, que echaba espumarajos de rabia, empezó a andar por la estancia como un león enfurecido.

—Pero ¿por qué? —gritó al fin parándose ante don Camilo—. ¿Por qué me rapó usted?

—¿Qué tienen que ver tus cabellos con esos gamberros?

—Tienen que ver, porque si aún los tuviera, podría organizar a mi banda y les haría un servicio completo a los «Escorpiones». Debe tener presente que nosotros, los jóvenes rebeldes, tenemos sistemas completamente nuestros, y entre nosotros podemos arreglar las cosas sin tragedias. ¡Ah, si aún tuviese mi pelo!

—¡El pelo! —exclamó riendo don Camilo—. ¡Estupideces!

—No puedo en modo alguno presentarme así, pelado, a mis chicos. Es una cuestión de honor, de prestigio.

—Un hombre es siempre el mismo, sea cual fuere la longitud de sus cabellos.

—Reverendo, entonces le diré que un cura es siempre el mismo, sea cual fuere su atuendo. Pero ¿qué pasaría si celebrase la misa en calzoncillos?

—¡Tonterías!

—Sí, tonterías, pero ¡menudo terremoto organizó usted ayer cuando esa condenada quería que le dejasen en calzoncillos!

—Está bien —atajó don Camilo—. Es mejor así: se evitará un choque entre vuestras pandillas.

—Sí, pero no puede usted evitar que alguno del pueblo, por defenderse de los «Escorpiones», saque la escopeta y dispare. Reverendo, cuando un

boxeador se lía a puñetazos con un hombrecillo cualquiera, éste, si va armado se defiende disparando, y tenemos un muerto. Pero cuando se sacuden dos púgiles de la misma categoría, sólo resulta un combate de boxeo y no muere nadie. Eso quiero decir.

Don Camilo estaba cansado de discutir. Buscó en un cajón del escritorio y sacó un sobre, que alargo a Veneno:

—Milán —dijo— queda cerca. Y en Milán hay de todo. Sansón quedo arruinado por Dalila porque no podía ir a Milán. Tú, en cambio, puedes ir.

A las tres y veinte, Michele Bottazzi, alias Veneno, exclamó *Okay!*, como acostumbran hacer los jóvenes de hoy, se puso el pasamontañas, salió y desapareció en la noche.

Cat estuvo encerrada dos días. Sobre las seis de la tarde del jueves, Anselma la descargó en el patinillo de la rectoría, donde don Camilo, en su tumbona, tomaba el fresco.

La pequeña criminal no llevaba ya minifalda, sino que se había embutido en un vestido negro, de cuello cerradísimo, que llegaba hasta el suelo y con mangas que colgaban veinte centímetros más allá de la punta de los dedos. También se había cubierto la cabeza con un pañolón negro y espolvoreado con harina la cara sin afeites. Parecía la crisis de la agricultura.

—¿Está bien así, tiíto? —preguntó con insolencia mientras encendía un cigarrillo.

—No —contestó con calma don Camilo—. El cigarrillo desentona: un tipo como tú debería fumar toscanos. Pero siéntate.

Cat quería que la gente que pasaba por la calle la viese ataviada de aquella guisa y respondió que prefería seguir de pie.

Y la gente que pasaba y la veía no podía por menos que reírse.

Todos sabían perfectamente lo que la chica había organizado en el campanario. Además, la noche antes, en el Consejo Municipal, Peppone, tras haber recordado que Busseto había sufragado los estudios de Giuseppe Verdi preguntó si no sería cuestión de hacer estudiar a cargo del municipio a la sobrinita del reverendo párroco, que durante la ejecución pública de su *nocturno*, había demostrado tanta disposición para la música.

La gente, pues, pasaba y volvía a pasar, riéndose, ante el jardincito de don Camilo, pero de pronto se oyeron roncar potentes motores y todos se

agolparon en las aceras.

Y he aquí que, poco después, empezaron a desfilar de dos en dos seis melenudos motorizados, con los negros chaquetones de cuero, y luego, aislado y seguido a la debida distancia por el pelotón al completo, a caballo de su potente moto de cilindrada mil con aderezos de cuero bollonados y con flecos, el jefe, con el poderoso busto hinchado hasta reventar, embutido en un corpiño negro que lucía en la espalda la blanca calavera y el nombre «Veneno».

Su mirada fulguraba, y ondeaban al viento sus larguísimos, relucientes y suaves cabellos.

Veneno estaba majestuoso, monumental. Al verlo, Cat abrió los ojos de par en par.

—¡Maldito sea! —exclamó con odio y ferocidad. ¡Le haré pagar la historia de Castelletto y la bribonada de la otra noche!

—Pequeña —le aconsejó, sonriendo, don Camilo—, procura mantenerte alejada de él. Es un tipo que por menos de nada te hace tragar medio frasco de aceite de hígado de bacalao.

—¡Usted no me conoce! —replicó, furibunda, Cat—. Usted no imagina siquiera qué significa meterse con los «Escorpiones». ¡Le arrancaré esos piojosos pelos uno a uno! ¡Quiero oírlo aullar de rabia y de dolor!

—Será difícil —murmuró don Camilo, alegre, pero no demasiado, porque pensaba en lo que le había costado la peluca de Veneno.

Cat había perdido la calma y, volviendo la espalda a don Camilo, se encaminó resuelta hacia la verja que daba al patio del campanero. Pero olvidó que llevaba un vestido cuyo borde le arrastraba y cayó de bruces en la mata de hortensias.

—El amor por las flores es un signo de exquisitez —observó don Camilo en voz alta.

ES MÁS IMPORTANTE EL SÓTANO QUE EL TEJADO



En veinte años ha pasado mucha agua bajo los puentes del Po, pero hay quien no lo ha notado porque, en vez de razonar con su cerebro, desrazona con el cerebro de Mao: así, vuelve el pasado, pero don Camilo lo aguarda en el paso.

Don Camilo no pasaba días alegres, como sí Cat no bastase, también el curita enviado por la curia le amargaba la vida con su manía de reformas. Por tanto, era lógico que pasara la mayor parte de su tiempo en la casa adquirida con la ayuda de Dios y, en cierto sentido, de Garibaldi.

En la capilla había dispuesto el viejo altar con el gran crucifijo, el san Antonio abad y todas las demás fruslerías que el celo reformista de don Quiquí había desahuciado de la iglesia parroquial. A don Camilo le interesaba

sólo la capilla, pero ésta formaba parte de la casa solariega que, maciza y sólida, tenía el tejado bastante maltrecho.

Por ello, cuando no estaba en la capilla hablando con Cristo, don Camilo se hallaba en el tejado remendando vigas y tejas.

Y, así, una tarde vio llegar, desde el tejado, una camioneta, que paró frente a la herrumbrosa verja del huerto invadido por las ortigas. Se apearon Peppone, Brusco y Smilzo, quienes —se veía a las claras— no esperaban encontrar a don Camilo.

El primero en verlo fue Smilzo, quien dio la alarma gritando a Peppone:

—Jefe, ¿qué pajarraco es aquel que hay allí arriba?

Peppone miró a lo alto y contestó con todas sus fuerzas:

—Una corneja negra. ¡Una especie que, por fortuna, está desapareciendo!

Una teja llovida del cielo, tras haberlo rozado, se hizo añicos a los pies de Peppone, quien pegó un brinco.

—¡Eh, reverendo! —chilló—. ¿Qué bromas son ésas?

—¡Ah, dispénseme, camarada alcalde! —gritó desde el tejado don Camilo —. Lo he confundido con el verdugo del Verdugo. Lo malo es que todos los camaradas sois iguales.

Aquello era una auténtica perversidad por parte de don Camilo, porque no había ninguna semejanza, externa ni interna, entre el camarada Giuseppe Bottazzi, alias Peppone, y el camarada Egisto Smorgagnino, alias el Verdugo.

Aquel Verdugo había vuelto al pueblo al final de la guerra como un héroe, y fue él, prácticamente, el jefe espiritual de todos los rojos gracias a su heroico pasado de combatiente clandestino.

Después, en 1947, aquel pasado fue considerado menos heroico, y el Verdugo, que precisamente se había ganado aquel título por la mucha gente que eliminó, fue condenado a prisión por asesino. El Verdugo logró huir entonces y se refugió al otro lado del telón de acero. Veinte años después, fue indultado sin haber estado ni un minuto en la cárcel y volvió al pueblo, gordo como un cerdo y lleno de presunción.

Aquella historia no gustó a Peppone ni a sus camaradas, y cuando un pez gordo de la federación dijo a Peppone, que el día tal llegaría el Verdugo al pueblo, y por tanto, había que organizar agasajos en su honor y preparar, ante todo, un adecuado servicio de protección, Peppone contestó:

—En efecto, diré a los carabineros que no le quiten el ojo de encima para impedirle que asesine a más gente.

Y el mandamás, en vista de como estaban las cosas, no insistió. Pero cuando llegó el Verdugo, todos los muros del pueblo estaban llenos de pasquines con frases de exaltación y bienvenida. Y el coche del Verdugo iba seguido por un cortejo de automóviles cargados de gente y de trapos rojos. Había incluso un camión con una banda de música que tocaba *Bandiera rossa* y *Bella ciao*.

Pero Peppone no tenía nada que ver con aquello. Lo habían organizado los Bognoni y los «chinos» de La Rocca. El cortejo desfiló por las desiertas calles del pueblo y se detuvo en la plaza, donde los Bognoni, que estaban junto al Verdugo en el camión de la banda, pronunciaron sonoros discursos de bienvenida al valeroso camarada que traía de nuevo a La Bassa el espíritu de la lucha proletaria. Sin olvidar aludir a los camaradas «aburguesados» y «tenderos».

Peppone, que junto con su estado mayor, escuchaba desde el salón del municipio, ordenó entonces:

—¡Gigiòla, procede!

Gigiòla, jefe de la guardia municipal, había sido un duro de la guerra clandestina y no lo había olvidado. Bajó a la plaza, seguido por sus cuatro guindillas y empezó a colocar papeles de multa bajo los limpiaparabrisas de todos los coches del cortejo estacionado en sitio prohibido. Empezando, naturalmente por el del Verdugo.

Desde lo alto del camión, el Verdugo vio, saltó abajo y se encaró, amenazador, con Gigiòla.

—¡Camarada Gigiòla! —gritó—. ¿Ya no me conoces?

—Cuando estoy de servicio no conozco a nadie —respondió el otro—. Si está usted conforme, son mil liras. Aquí está prohibido estacionarse.

El Verdugo, rebosando sudor y odio por todos los poros, pagó y dijo:

—¡Iré a aparcar adonde esté permitido a los camaradas que no se han aburguesado!

En efecto, se fue seguido por toda la pandilla «china», a La Rocca, donde encontró casa, y se convirtió en jefe espiritual de la sección autónoma comunista.

La verdad era ésta. Por eso era pura maldad afirmar que Peppone y el Verdugo se parecían. Pero a don Camilo le molestaba ver a Peppone y sus camaradas merodear en torno a su casa.

¿Qué habían venido a hacer allí? ¿A ver a un cura en el tejado?

No podían haber pasado por allí casualmente, pues para llegar a aquel lugar había que recorrer un largo camino particular, que desembocaba frente a la verja del jardín de ortigas. Habían venido con mala idea. Y lo demostraba el hecho de lo mal que les sentó comprobar que la casa no estaba desierta.

—¡Reverendo! —gritó Peppone—, ¿no nos invita siquiera a entrar?

—No estoy en condiciones de recibir a nadie —respondió don Camilo—. Como veis, tengo albañiles en casa.

—Yo sólo veo un cura en el tejado —bromeó Smilzo—. Y no es un hermoso espectáculo.

—Si esperas un momentín procuraré mejorarlo con un poco de música —replicó don Camilo aferrando una teja y haciendo ademán de arrojársela a la cabeza.

—¡Porque se ha comprado una casucha de cuatro perras, se da aires de gran señor! —exclamó Smilzo pegando un salto atrás.

Subieron rezongando a la camioneta y se marcharon.

Hacia el ocaso, don Camilo bajó del tejado y fue a confiarse a Cristo:

«Señor, ¿qué malvados propósitos les han traído aquí?».

«Don Camilo, los hombres no siempre obran impulsados por propósitos malvados».

«Señor, la casa estaba abandonada hacía años. ¿Por qué han venido precisamente ahora que la casa es mía? No cabe duda de que tienen algún proyecto contra mí».

«Don Camilo —le amonestó Cristo—, ¿por qué te consideras tan importante? Sí, de improviso, este pavimento se hundiese bajo tus pies, ¿pensarías que una bóveda construida hace trescientos años ha esperado precisamente este momento para derrumbarse y provocar tu indignación?».

«Claro que no, Señor. De todos modos, no corro ningún peligro de ese género, porque debajo de este pavimento sólo hay tierra firme».

Don Camilo, para dar mayor fuerza a su afirmación, dio unas cuantas patadas sobre el enlosado y oyó como un lejano eco. Debajo no había tierra, sino el vacío.

Era ridículo pensar que hubiese una cripta bajo una capilla habilitada hacía menos de doscientos años en el ala de una casa solariega. Más lógico resultaba pensar que también allí debajo había un sótano como en el resto de la casa.

Tomando la lámpara eléctrica bajó a inspeccionar los sótanos en los que se pudrían antiguos chirimbolos. Contra la pared maestra transversal que separaba la capilla del resto del edificio, había un gran montón de duelas de

tonel, y, una vez apartadas éstas, don Camilo vio un rectángulo de muro que, pese al cuidado puesto en disimularlo, se revelaba de construcción bastante reciente. Con su trozo de viga, don Camilo derrumbó la pared que cerraba una estrecha puerta y se encontró bajo la capilla.

Y allí dentro, cuidadosamente engrasadas y envueltas en papel parafinado, había noventa metralletas, ochenta pistolas y un gran montón de cajitas metálicas, herméticamente cerradas y atiborradas de municiones.

Como en muchas viejas casas solariegas construidas con pretensiones de castillo, en el sótano había un profundo pozo en desuso, pero rico aún en agua, ya negra y nauseabunda.

Fue una labor tremenda, pero don Camilo logró, en un par de horas, arrojar al pozo armas y municiones, así como, para completar la obra, algunas toneladas de grandes piezas y cascotes recogidos en el sótano. El agua negra se tragó todo, y todo lo cubrió. Para moverse con más soltura, don Camilo trabajó en calzoncillos y camiseta. Una vez terminado, el trabajo, subió, se lavó y se vistió; luego se tumbó en un viejo canapé y se sumió en el abismo de un sueño profundo.

Despertó poco después de medianoche. Había gente dando vueltas por la casa: tres individuos que hablaban en voz alta, seguros de que no había nadie en ella.

Era inevitable que don Camilo, tras haber limpiado con sumo esmero una de las metralletas para percatarse de qué se trataba, olvidase arrojarla al pozo junto con las demás. Y precisamente con aquel antipático artefacto fueron a tropezar los tres cuando don Camilo, tras encender la lámpara, les salió al paso.

—¡Oh —exclamó don Camilo—, el señor alcalde! ¿A qué debo el honor de su visita?

Peppone no tuvo tiempo de contestar, porque empezaba a llegar más gente. Pero no entraban por la puerta, como Peppone y compañía, sino por una ventana de la planta baja. No les preocupaba en absoluto el estruendo que armaban al arrancar la verja a martillazos.

Don Camilo apagó la lámpara y se agazapó en su rincón.

Eran también tres los de la segunda oleada y hablaban en voz alta, tranquilamente.

—La mercancía está aún en el sótano bajo la capilla —explicó uno de los tres—. Lo comprobé anoche. Hay que recuperarla en treinta y dos minutos, porque dentro de treinta y dos minutos llegará Gino con el tractor y el remolque cargado de cajas de tomates. Es la temporada del tomate, y las

carreteras están llenas de carros agrícolas que transportan el tomate a las fábricas. Cuando llegue el chico, todo debe estar a punto en el camino para ser cargado.

Bajaron al sótano, pero regresaron a los pocos minutos, furibundos.

—¡Nos la han jugado! —dijo uno de los tres.

—Sólo puede ser ese traidor de Peppone. Era el único, además de mí, que conocía el escondrijo. Pero ya haré cantar yo a ese cacho de… De todos modos, hay que avisar en seguida al chico para que no venga con el tractor y los tomates.

—Nada de eso —dijo don Camilo, encendiendo la lámpara y acercándose, mientras Peppone y sus camaradas seguían agazapados en su rincón—; hazme caso, Verdugo; deja que el tomate llegue hasta aquí. Un paseo al fresco le sentará bien.

El Verdugo miraba, fascinado, la metralleta de don Camilo.

—Verdugo, ¿has visto con qué cuidado la trato? —dijo don Camilo—. Ídem para el resto. Vuélvete a La Rocca tranquilo: cuando Mao te mande desencadenar la revolución proletaria, no tienes más que venir aquí y recoger las armas.

El Verdugo, gordo como un cerdo, sudaba manteca y odio por todos los poros de su cuerpo, y a don Camilo le dio pena.

—Podéis iros —dijo don Camilo acompañándolos a la puerta.

El Verdugo fue el primero en salir a la noche fresca y estrellada, y un puntapié atómico de don Camilo le ayudó a salvar de un solo brinco los doce Peldaños de la escalinata.

—Le faltaba ese timbre a tu gracia —explicó don Camilo—. Ahora puedes circular tranquilamente en espera de que Dios te meta en el albañal del infierno.

Los otros dos socios recibieron también el mismo viático y los tres volvieron a La Rocca con el trasero caliente.

Ultimada la expedición de los tres bultos, don Camilo reanudó los contactos con los hombres de la primera oleada.

—Si esta historia llega a saberse, haría reír a media Humanidad —explicó con calma don Camilo—. Pero soy un egoísta y quiero reír a solas. Dentro de una semana el tejado debe estar arreglado, camarada Bottazzi. El camarada Smilzo tiene razón: no es un hermoso espectáculo un cura en el tejado.

—¡No pretenderá que me suba yo al tejado! —se indignó Peppone.

—¡Jamás! El camarada Brusco es capataz y puede mandar a trabajar en el tejado a quien mejor le parezca. Lo importante es que pagues tú, camarada.

—¡Eso es un asqueroso chantaje! —protestó Peppone tratando de poner cara feroz, pero sin lograrlo, porque, a fin de cuentas, todo había ido muy bien.

VINIERON POR LANA Y SALIERON TRASQUILADOS



El curita nuevo, demasiado impaciente, quisiera revolucionarlo todo, y don Camilo se esfuerza por frenar el ardor del jovenzuelo. Entretanto, la terrible Cat trama en la sombra, pero Veneno no duerme, y los invasores se marchan con el rabo entre piernas.

El curita progresista enviado por la curia a hacer entrar en vereda a don Camilo se llamaba don Francesco, pero en gracia a su personita enjuta y nerviosa, a su atildado traje de *clergyman*, a aquella su continua agitación, había sido rebautizado por la gente, que lo llamaba don Quiquí, apodo que no significaba nada en concreto, pero que da una idea perfecta del personaje en cuestión.

Don Quiquí, una vez desmixtificada exteriormente la iglesia, desencadenó su ofensiva en profundidad con una serie de sermones que eran una continua y ardiente denuncia de la maldad y las culpas de los ricos.

Mucha gente dejó de asistir a misa, y don Camilo, al encontrarse con Pinetti, le preguntó por qué no se dejaba ver ya por la iglesia.

—Yo —respondió Pinetti— he trabajado honradamente toda la vida para conseguir lo que tengo y no me va eso de ir a la iglesia para oírme insultar por don Quiquí.

—A la iglesia no se va por respeto al sacerdote, sino por respeto a Dios. Y al no ir a la iglesia, se ofende a Dios, no al sacerdote.

—Sí, reverendo. Mi cerebro lo comprende, pero mi hígado no.

No se trata de un gran razonamiento, pero tenía su lógica, y, dado que las defecciones aumentaban, don Camilo habló de ello con el curita.

—Está escrito: «Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico por la puerta del Reino de los Cielos» —respondió perentoriamente don Quiquí—. La puerta de la Iglesia no debe ser más ancha que la del Paraíso. Dios creó el mundo para que sea de todos los hombres, y el rico, es tal porque ha robado lo de otros. Si no hubiera ricos, no habría pobres, y tampoco habría robados si no hubiese ladrones. El rico es un ladrón y, por ende es exacto decir que la propiedad es un robo. La Iglesia de Cristo es la Iglesia de los pobres, porque solamente de los pobres es el Reino de los Cielos.

—La pobreza es una desgracia, no un mérito —replicó don Camilo—. No basta ser pobres para ser justos. Y no es verdad que sólo los pobres tengan derecho y sólo los ricos deberes. Ante Dios, todos los hombres tienen exclusivamente deberes. Aparte lo demás, usted aleja de la Iglesia también a gente que no es rica. Su campaña contra la guerra, por ejemplo, es justa; pero no se puede tratar de criminales a quienes la hicieron y, con frecuencia, dejaron en ella la salud o la vida.

—¡Quien mata es un asesino! —gritó don Quiquí—. No existen ni guerras justas ni guerras santas: toda guerra es injusta y diabólica. La ley de Dios dice: «No matarás», «Amarás a tu enemigo». Reverendo: ¡ésta es la hora de la verdad y hay que llamar al pan pan y al vino vino!

—Es peligroso llamar pan al pan y al vino vino donde el pan y el vino son la carne y la sangre de Jesús —rezongó don Camilo, terco.

Don Quiquí le miró con expresión de sincera compasión.

—Don Camilo, la Iglesia es una gran nave que, hace siglos, estaba anclada. Ahora hay que zarpar y hacerse a la mar de nuevo. Y es menester

renovar la tripulación: liberarse sin piedad de los malos marineros y poner proa hacia la otra orilla. Allí es donde la nave hallará las nuevas fuerzas para rejuvenecer a la tripulación. ¡Ésta es la hora del diálogo, reverendo!

Don Camilo se encogió de hombros:

—Veinte años atrás, cuando usted balbucía las primeras palabras, yo ya andaba a trompadas con los comunistas.

—¡No estoy hablando de rebeldía, de intransigencia, de violencia —gritó don Quiquí—, sino de diálogo, de coexistencia!

—Litigar es el único diálogo posible con los comunistas —respondió don Camilo—. Al cabo de veinte años de litigios, aquí estamos aún todos vivos: no veo mejor coexistencia que ésta. Los comunistas me traen sus hijos a bautizar y se casan ante el altar, mientras yo les concedo, como a todos los demás, el único derecho a obedecer las leyes de Dios. Mi iglesia no es la gran nave que dice usted, sino una pobre barquita; pero siempre ha navegado de una a otra orilla. Ahora es usted quien la guía y yo le dejo hacer porque así se me ha ordenado; pero le aconsejo que no se propase. Usted aleja a muchos hombres de la vieja tripulación para embarcar a otros nuevos en la otra orilla: cuide de no perder a los viejos sin encontrar a los nuevos. ¿Recuerda la historia e aquellos frailecitos que se orinaron sobre las manzanas pequeñas y feas porque estaban seguros de que saldrían otras estupendas, y luego éstas no salieron y los pobrecitos tuvieron que comerse las pequeñas y feas?

—¡Los chistes de frailes han pasado ya de moda! —exclamó, riendo, don Quiquí—. El buen sembrador no arroja la semilla a la tierra sin haber arrancado antes la mala hierba.

Don Camilo era un pobre cura rural, y a diferencia de don Quiquí, había leído pocos libros y leía poquísimos periódicos. Por tanto, aparte las reformas litúrgicas, no comprendía cuál era el nuevo camino emprendido por la Iglesia. Ni podía comprenderlo porque, hacía ya veinte años, y antes que nadie, don Camilo caminaba ya por su propia cuenta por este nuevo camino, lo cual le había procurado grandes disgustos. Por tanto, era lógico que no sintiese simpatía por aquel curita inexperto, llegado allí para enseñarle a hacer de sacerdote y que sólo conseguía vaciarle la iglesia.

Sic stantibus rebus, Pinetti llegó a la casa parroquial.

—Mi hija ha de casarse —dijo Pinetti—. Pero quiero que se case como nos casamos mi mujer y yo, mi padre y mi madre: ante el mismo altar y con el mismo rito.

—¡Su hija se casará conforme a lo establecido por la Iglesia! —le respondió, agresivo, don Quiquí—. Acuérdese, señor Pinetti: ésta no es

ninguna tienda donde uno escoge el artículo que desea. ¡Y recuerde también que, ante Dios, su dinero no vale nada!

Vale algo para mi hija y para su futuro marido —replicó ásperamente Pinetti—. Por tanto, si ambos quieren que suelte las perras de la dote, deberán casarse ante el alcalde.

Don Quiquí se puso en pie de un brinco:

—Si ésa es su fe cristiana —chilló—, ¡la Iglesia hace un buen negocio al perder a un cristiano como usted!

—¡En cambio, para la Iglesia es un mal negocio tener curas como usted! —replicó Pinetti encaminándose hacia la puerta.

Don Camilo había permanecido en silencio, —pero cuando Pinetti se hubo marchado, suspiró:

—Es el primer matrimonio civil que se celebrará en mi parroquia.

—¿Y por eso —exclamó don Quiquí— había que aguantar tal vez el chantaje de ese granuja?

—No es ningún granuja y no pedía nada que fuese contra las leyes de Dios.

—¡La Iglesia debe renovarse! —gritó el curita—. ¿Acaso no sabe usted nada de lo que se ha dicho en el Concilio?

—Sí, he leído algo —respondió don Camilo—, pero es demasiado difícil para mí. Y no, puedo ir más allá que Cristo. Cristo hablaba de modo sencillo, claro. Cristo no era ningún intelectual, no usaba palabras difíciles, sino sólo las humildes y fáciles palabras que todos conocen. Si Cristo hubiese participado en el Concilio, sus discursos habrían hecho reír a los doctísimos Padres conciliares.

—¡Tiene usted ganas de bromear, reverendo! —respondió el curita—. Pero no cabe duda de que si Cristo volviese a la Tierra, hablaría de manera distinta a como lo hizo entonces.

—¡No! —afirmó resueltamente don Camilo—. De lo contrario, los pobres ignorantes como yo no lo entenderían.

—¡Don Camilo, la verdad es que usted no quiere comprender!

—Yo sólo comprendo los hechos. Y, para mí, el matrimonio civil de la hija de los Pinetti es un hecho mucho más importante que todos los doctísimos discursos de los Padres conciliares progresistas. Un matrimonio civil es una mortificación para la Iglesia y un ultraje a Dios. Y eso precisamente cuando el verdadero problema consiste en que la Iglesia se abre a un mundo que en gran parte no cree. Millones de personas han perdido la fe

religiosa. Ésta es la única cosa que he comprendido de todo cuanto se ha dicho sobre el Concilio. Y es la más importante, porque la ha dicho el Papa.

Don Quiquí abrió los brazos:

—Sin exagerar las cosas —dijo—, convengo en que sería mejor que no se celebrara ese matrimonio civil. ¿Por qué, reverendo, no los casa usted en su capilla? Es privada, y allí todo estaría en regla.

—Es algo que debe meditarse largamente —respondió don Camilo.

En realidad no lo reflexionó ni siquiera un segundo, pues era precisamente lo que soñaba. En efecto, la hija de Pinetti se casó en la capillita de don Camilo, y asistió tanta gente, que se llenó no sólo la iglesita, sino también el jardín. Y entre la gente se hallaban también todos aquellos a quienes don Quiquí había alejado de la iglesia, lo cual fue un gran consuelo, para don Camilo. Un consuelo del que tenía gran necesidad, pues su tremenda sobrina le amargaba cada vez más la vida.

Cat era diminutivo de *Caterpillar*. Desde luego, quien le había puesto el apodo a la sobrinita de don Camilo conocía sólo superficialmente a la muchacha, pues ni siquiera el más terrible de los *bulldozer* sería capaz de llevar a cabo la mitad de los estropicios que podía organizar la infernal muchacha.

Anselma tenía las ideas claras y las manos duras, y poco le costaba sacudirle a Cat donde la espalda pierde su nombre. Pero aquello no cambiaba la situación.

—Se lo devolveré todo con intereses —decía siempre Cat.

Anselma se echaba a reír. Pero no se habría reído si hubiese podido imaginar lo que la chica estaba tramando. Veneno no se había equivocado, y el escándalo estalló en una vulgarísima, soleada y soñolienta tarde laboral.

El pueblo estaba silencioso. En la plaza, las sillas y los veladores de los cafés se caldeaban, vacíos, al sol. Bajo los porches, los tenderos dormitaban tumbados en silloncitos de mimbre, frente a sus establecimientos. En bares y tabernas, los habituales viejos se hallaban en mudo coloquio con sus vasos de tinto.

Fue como cuando se abatió sobre el pueblo el tornado del año 65. De pronto estalló el infierno. Treinta «Escorpiones» con chaquetón negro irrumpieron en la plaza con sus estrepitosas motocicletas.

Los melenudos eran cincuenta cuando salieron de la ciudad, y luego, en un punto determinado, veinte tomaron el camino de Castelletto mientras los demás se apostaban detrás de un seto.

Al llegar a Castelletto, los veinte invadieron la pequeña localidad y se dedicaron a romper todo lo rompible. Avisados telefónicamente, el brigada y cuatro de los seis carabineros a quienes estaba confiada la seguridad de todo el territorio municipal se dirigieron rápidamente a Castelletto, dejando en el cuartelillo del barrio mayor sólo al centinela y a un funcionario de guardia. Entonces el grupo de los treinta «Escorpiones» arremetió contra el barrio mayor, indefenso.

Eran treinta melenudos desencadenados los que, una vez destrozados, con su loco carrusel, los veladores y sillas de la plaza, saltaron de sus motocicletas, empezaron a devastar las tiendas y apalearon ferozmente a quienes intentaban oponerse a ellos.

Mientras tanto, un grupo escogido llegaba, por callejuelas secundarias, a la casa parroquial. Cat, que lo había organizado todo por teléfono, tan pronto como oyó el rugido de los motores, se asomó a la puerta de la casita del campanero.

—Entrad —ordenó a los revoltosos— antes de raptarme tenéis que ayudarme a ajustar unas cuentas.

Anselma dormía en el primer piso y, por suerte, había cerrado con candado la puerta de su cuarto. Pero los «Escorpiones» eran cuatro, y la puerta no pudo resistir mucho tiempo a sus furiosas acometidas.

Cat fue la primera en entrar. Empuñaba la pala del pan e, indicando a Anselma, que trataba de cubrirse los hombros con una blusa, ordenó:

—Vosotros sujetadla mientras yo le ajusto las cuentas.

Anselma se agitaba como una leona, pero los cuatro jovenzuelos no tardaron en inmovilizarla y mantenerla de bruces sobre la cama.

Cat levantó la pala.

—No podrás sentarte en tres años —aulló feroz—. Ni tú ni tu curazo, porque a él también lo arreglaremos.

Todo ocurrió en un instante. Una manaza grande como una pala la agarró por los cabellos, mientras otra mano le quitaba la pala. Había llegado Veneno con ocho de sus melenudos rurales. Los cuatro «Escorpiones» ocupados con Anselma fueron fácilmente inmovilizados.

Fue algo laborioso arrojar por la ventana al primero de los cuatro melenudos de la ciudad, mas para los otros tres, resultó muy fácil.

Las viejas casas de La Bassa son bajas, y un vuelo desde el primer piso no tiene nada de espantoso. Además, los cuatro eran chicos duros, y al tocar tierra sólo se rompieron algún hueso secundario.

—Anselma —dijo Veneno—, tenemos que irnos. ¿Se siente capaz de dominar sola a esta mocosa?

—Marchaos tranquilos —los tranquilizó Anselma—. A ésa me la guiso yo solita.

En la plaza, los «Escorpiones» resistían bastante bien a la banda de melenudos rurales, pero la llegada de Veneno y de los otros tres animalotes marcó su completa derrota.

Veneno era un chico lleno de sentido común, y cuando se dio cuenta de que los «Escorpiones» habían completado su carga de chichones, dijo a los suyos:

—Si continuamos, tendremos que llevarlos a casa nosotros; es mejor que lleguen por sí solos. Dejemos que se vayan.

Los «Escorpiones», tras subir fatigosamente a sus motocicletas, marcharon a todo gas.

La oportuna intervención de Veneno y su pandilla de melenudos rurales logró convencer a los hombres del pueblo —que se habían organizado apresuradamente para rechazar al invasor— de que no intervinieran en la batalla. Pero no quisieron dejar que los «Escorpiones» se marchasen sin un pequeño recuerdo.

Los «Escorpiones» marchaban con el vientre pegado al depósito de la moto, como los corredores, y aquellos traseros hacia arriba sugirieron a los hombres del pueblo la idea de espolvorearlos con alguna perdigonada, como a los gorriones. Pero el jefe de aquellos hombres sabía, aunque superficialmente, algunas palabras de latín y dijo:

—No, camaradas. Nada de plomo. Hay que obrar *cum grano salis*.

Y, así, cargaron sus cartuchos con granitos de sal.

Todo el que ha recibido alguna perdigonada de sal en el trasero asegura que es difícil pensar en volver a un pueblo en el que se reparten *souvenirs* de este tipo.

Los veintiséis traseros ciudadanos quedaron convenientemente salados cuando ya fuera del pueblo, cruzaron la línea de tiro. Y sólo veintiséis porque los cuatro cabecillas que Veneno y los suyos habían arrojado por la ventana, habían quedado aturdidos en el huerto del campanero. Se hizo cargo de ellos Peppone, y precisamente mientras, ayudado por Smilzo, Brusco y Bigio, cargaba Peppone en un camión a los cuatro maltrechos «Escorpiones» para ir

a entregarlos, junto con sus motocicletas, a los carabineros, llegó don Camilo, que había pasado la tarde en su casucha perdida en medio del verdor y estaba en ayunas de todo.

—¿Quiénes son esos cuatro piojosos? —preguntó don Camilo.

—Forasteros, reverendo —replicó Peppone—. Gracias a su simpática sobrinita, tenemos un gran movimiento turístico. Es una chiquilla muy lista, don Camilo. Tendría usted que presentármela.

—Ya conoce a bastantes salteadores de caminos —masculló don Camilo.

¡SÍ, VENGANZA, TREMENDA VENGANZA…!



Don Quiquí está demasiado seguro de tener razón y procede como un carro armado: pero tropieza contra un muerto testarudo que le quita el sueño. Don Camilo está contento, porque Cat ha sentado la cabeza. Pero, en realidad, la chica está peor que antes.

La agresividad del curita iba despoblando cada vez más la iglesia, y, como había previsto fácilmente don Camilo, los del otro lado, aunque halagados y solicitados, no acudieron a llenar los huecos.

Pero, a las recriminaciones de don Camilo, don Quiquí respondió una vez más, tranquilamente, que el buen sembrador, antes de arrojar la semilla, limpia la tierra de las malas hierbas.

—El buen sembrador —objetó don Camilo—, antes de arrojar la semilla, se asegura también de que la tierra no sea mala.

—¡No existe tierra mala! —gritó el curita—. Basta un arroyuelo para que hasta en la árida arena del desierto surja, lozana, la vegetación. He aquí el

error de la Iglesia tradicional: el mundo dividido en buenos y malos. Precisamente en esa tierra árida es donde la Iglesia reformada se propone esparcir la buena simiente, tras haberla fertilizado con su sudor, con sus lágrimas y, si fuese preciso, con su sangre. Yo llevaré a Cristo a las criaturas marginadas de la sociedad; a los escombros humanos obligados a mendigar; a las pecadoras que se venden por un pedazo de pan; a las desgraciadas muchachas seducidas y abandonadas que la sociedad hipócrita aísla elevando en torno a ellas el muro del desprecio.

—Comprendo —dijo don Camilo—, usted tiene intención de trasladarse a otra sede.

—¿Por qué dice eso?

—Porque aquí no existe esa mercancía que usted busca —explicó don Camilo—. Se ven algunos mendigos, sí, pero se trata de profesionales que vienen de lejos en coche de línea o ferrocarril los días de mercado. En cuanto a las pecadoras, las hay como en todos los pueblos del mundo, pero no lo hacen como oficio.

—¿Quiere decir que ni siquiera hay madres solteras? —preguntó, con mucho sarcasmo, don Quiquí.

—Sí, hay varias.

—¡Llevaré a Cristo a esas pobres desgraciadas!

Entró la vieja Desolina con el correo.

—Puede empezar en seguida su labor —dijo don Camilo al curita—. Desolina es precisamente una de esas desgraciadas a las que usted se propone llevar a Cristo.

—¡El desgraciado lo será él! —exclamó Desolina señalando a don Quiquí —. En cuanto a Cristo, sé dónde encontrarlo sin necesidad de ese aprendiz de sacerdote.

Don Quiquí sintiose muy ofendido.

—¿Cree usted que es forma —gritó a Desolina de dirigirse una pecadora a un ministro de Dios en vez de humillarse?

—¡Pecadora lo será su abuela! —precisó, agresiva, la mujer—. A los dieciséis años tuve un hijo, que crié con mi honrado trabajo; luego, cuando él formó una familia, le ayudé a criar a sus hijos. Ahora que el mayor de esos chicos tiene un hijo de ocho meses, también lo estoy criando, y aún me queda tiempo para prestar algunas horas de servicio en la casa parroquial. ¡Me parece que ya me he humillado bastante durante mis sesenta y dos años de vida!

Desolina se marchó con la frente muy alta, y don Camilo explicó al curita:

—Ése es un caso extremo de madre soltera que, además, es abuela soltera y bisabuela soltera. Pero hay también otros muchos casos normales. Por desgracia, todas son chicas que viven con sus padres y no conviene ir a molestarlas. Tienen padres y hermanos de manos muy largas que no sienten simpatía por quien mete la nariz en sus asuntos de familia.

—Pero ¿puede saberse en qué salvaje pueblo he ido a parar? —gritó don Quiquí.

Don Camilo abrió los brazos:

—Lo único que le queda es rogar al Señor que mande también aquí pedigüeños, mujeres perdidas y madres solteras rechazadas por la sociedad.

—No me hace gracia, reverendo —afirmó el curita—. ¡La podredumbre, la injusticia, existen también aquí, como en todas partes, aunque la hipocresía las tape con su burdo manto!

—¡Ánimo! —exclamó don Camilo—, pues quien busca encuentra.

Don Quiquí buscó y encontró.

Allí, en la faja de tierra grasa que se tuesta al sol tendida sobre la margen derecha del Po, los aldeanos han descubierto que hacer en casa pan y pasta o cuidar un pedazo de huerto es una molestia inútil, por lo cual compran todo, a veces hasta el vino. Giosvè era el único que tenía un huerto con algunos frutales y dos hileras de uva moscatel, por lo cual, con un traqueteante birlocho arrastrado por un decrépito caballo, recorría las fincas para vender fruta y verduras.

Don Quiquí se tropezó con él, una calurosa tarde de verano, en medio de un camino, cuando —con barro hasta las rodillas— trataba de enderezar el birlocho cuya rueda derecha se había hundido en la zanja.

Don Quiquí bajó de su descapotable rojo, echó una mano al viejo y luego entabló conversación con él.

—¿Cuántos años tiene, abuelo?

—Ochenta y siete.

—¿Y aún ha de trabajar para vivir?

—No: estoy obligado a vivir para trabajar.

Don Quiquí se indignó:

—¡Es una infamia! ¡Tiene usted derecho a descansar!

—No hay prisa; descansaré cuando me muera.

—No; debe usted descansar ahora. La sociedad tiene el deber de mantenerle.

—¡Me mantengo perfectamente solo, jovenzuelo!

—No me llame jovenzuelo: soy el vicepárroco.

—¿Cura usted? ¿Y vestido así?

—¿Qué tiene que ver el traje?

—Tiene que ver, sí. Como tienen que ver el sombrero de alpino y el de *bersagliere*. Yo hice la guerra del 15-18 y lo sé muy bien.

—¡Estupideces, abuelo! El hecho es que la sociedad está en deuda con usted y debe pagarle.

—La sociedad siempre me ha pagado lo que le he dado. ¡No me dé más la lata, jovenzuelo! —dijo Giosvè dando un latigazo al caballo, el cual comprendió que había de echarle una manita e hizo una salida de gran premio.

Don Quiquí estaba ya lanzado y nada podía detenerlo. Corrió resuelto a ver al alcalde y le dijo que era una vergüenza dejar que anduviera por ahí un pobre viejo de ochenta y siete años.

—¡Un día de ésos encontrarán al pobrecito muerto en una cuneta, y lo habrá matado usted!

—¿Yo? —balbuceó Peppone.

—No usted personalmente, sino la comunidad que representa.

Don Quiquí era de palabra fácil y enterró a Peppone bajo un alud de pesadas acusaciones. Tanto, que Peppone dijo:

—Reverendo, dígame qué debo hacer.

—Hay un asilo de ancianos en el pueblo —hágalo ingresar en él.

—Giosvè es un viejo testarudo y no sé qué hacer para convencerle.

—Oblíguele a ingresar antes de que sea demasiado tarde.

Peppone se comprometió a estudiar el caso, y el azar quiso que, unos días después, encontrasen al viejo Giosvè sin sentido en su birlocho, parado a orillas de un canal. Peppone, aprovechando la ocasión, hizo llevar el anciano al asilo, que era un caserón con un amplio jardín, a un kilómetro del pueblo.

Don Quiquí se enteró en seguida y fue a contar, triunfante, toda la historia a don Camilo.

—Es la mayor estupidez que podía usted haber hecho —respondió ásperamente don Camilo.

—Reverendo, le han encontrado moribundo.

—¡Qué moribundo ni qué ocho cuartos! Simplemente se había tomado unos cuantos vasos, y el calor lo amodorró. Siempre le pasa lo mismo en verano. Mañana por la mañana iré a liberarle.

Don Quiquí hinchó su exiguo tórax:

—¡Yo se lo impediré, don Camilo! Si es necesario, con la fuerza.

—Con la fuerza pública, me imagino —se burló don Camilo—, porque con su fuerza privada, la verdad, no podría usted.

Don Camilo no pudo liberar a Giosvè, porque se liberó él solo. Disipada la borrachera y al verse en el asilo, Giosvè, aquella misma noche, saltó la tapia del asilo. Por desgracia, aterrizó con la cabeza por delante; pero logró arrastrarse hasta el cementerio, donde, a la mañana siguiente, lo encontraron muerto frente a la puerta de una capillita del tercer vial.

—Es su capillita —explicó don Camilo a don Quiquí—. Giosvè seguía trabajando para poder terminarla. Decía: «Quiero ser enterrado como un señor en mi capillita, junto a mi mujer: mientras no la termine, no puedo morir».

—¡Tonterías! —exclamó don Quiquí—. Ante la muerte todos somos iguales. ¿Qué importancia tiene la sepultura? Será preciso dictar una ley que establezca un tipo único de sepultura y un tipo único, de funeral. Giosvè era un viejo chocho prisionero de la superstición. Yo lo he hecho por su bien.

—Entonces, según usted, es mejor morir de rabia encerrado en un asilo de beneficencia, que vivir libre y feliz del propio trabajo, ¿verdad?

—¡Los viejos tienen el deber de descansar! —afirmó el curita.

—Yo diría que también tienen el derecho a vivir —rezongó don Camilo.

—Pasaron algunos días y no se habló más de Giosvè. La muerte de un viejo de ochenta y siete años no es noticia. Fue Cristo crucificado quien volvió sobre el tema:

«Don Camilo —dijo—, ¿no oyes a ese pobre curita caminar arriba y abajo, cada noche, en su cuarto?».

«No, Señor: finjo no oírle».

«¿Y logras engañar a tu conciencia?».

«No, Señor. ¡Pero no me parece justo ese afán de encontrar a toda costa el mal hasta donde no está, ese querer revolucionarlo todo!».

«Don Camilo, yo también fui un revolucionario».

«¡Señor, tal comparación no puede sostenerse!».

«Entonces, ¿por qué dejas que ese pobre joven sufra en la cruz?».

Por ello, don Camilo habló con el curita.

—No me gusta su aspecto —le dijo—. Vaya al médico, que le recete algún tranquilizante.

—Ninguna píldora podrá impedir que cada noche me vea ante aquel viejo. ¿Qué querrá de mí?

—Probablemente, que le ayude a terminar su capillita.

Don Quiquí había leído muchos libros y respondió:

—¿Por qué tirar dinero por un muerto que no necesita nada, cuando tantos vivos carecen de todo?

—Eso no tiene usted que decírmelo a mí, sino al viejo Giosvè cuando venga a importunarle.

—Giosvè murió, y los muertos no importunan a nadie.

—Explíqueselo a él. ¡Convenza a Giosvè de que se comporte como un muerto!

Don Quiquí se echó a reír. Pero también aquella noche lo oyó don Camilo andar largo rato arriba y abajo por su cuarto.

Una mañana, don Quiquí no pudo más y dijo:

—¿Cómo puede saberse de qué manera se proponía terminar su condenada capillita?

—Es sencillo —respondió don Camilo—. El proyecto lo tengo yo. La capillita era un secreto entre Giosvè y yo. Quería dar una sorpresa a todos. Decía. «El pobre Giosvè muere sin una perra, y cuando todos esperan que lo metan en un hoyo en la tierra, he aquí que lo ven entrar en una capillita como un gran señor. ¡Y, como le gusta estar acompañado, Giosvè se hace traer a su mujer!». Se divertía imaginando la cara que pondría la gente. Cuando tenía un poco de dinero ahorrado, me lo traía, y yo mandaba hacer los trabajos. Harán falta unas doscientos cincuenta mil liras para terminarlo todo.

Don Quiquí afirmó que sería una locura tirar tanto dinero. Pero vendió su flamante descapotable y se conformó con un «seiscientos» de segunda mano. Pagó su deuda con el viejo Giosvè y, finalmente, pudo dormir.

Tal vez se diga: «¡Cuentos!». O bien: «¡Tonterías!». Pero no es posible imaginar la terquedad de algunos muertos enterrados a orillas del gran río.

Es una tierra muy especial: llana, uniforme, y en aquel cielo interminable, hay todo el espacio que se quiera para los muertos, en tanto que los vivos están aplastados por aquel cielo inmenso que los hace sentirse más pequeños aún de lo que son.

También Cat, después de sus violentas acciones revolucionarias, se calmó.

Y quizá fue aquel cielo la que la transformó en una chica como las demás.

En consecuencia, Cat tuvo sus horas libres para poder salir, y nunca las aprovechó para armar estropicios. Estaba bien claro que Cat había roto sus puentes con el pasado.

Don Camilo rebosaba de contento, y cuando, la tarde de un caluroso día de agosto, Peppone y su estado mayor cruzaron la plaza de la iglesia, donde estaba disfrutando de un poco de sombra, don Camilo saludó jovialmente al camarada alcalde:

—¡Buenos días, camarada! ¿Qué tal van los graciosos chinitos de La Rocca?

Peppone y su séquito se detuvieron.

—No tengo quejas, reverendo —respondió Peppone—. ¿Y su graciosa sobrinita? Hace mucho que no se la oye tocar las campanas.

—Señor alcalde —dijo don Camilo—, prometí a mi hermana transformar a esa muchacha en una buena Hija de María y lo estoy consiguiendo.

—Me alegro —respondió Peppone—, me alegro por usted. No por la muchacha. La consideraba más inteligente y avispada.

—Jefe —intervino Smilzo—, no puedes culparla de tener un tío cura.

—Tienes razón —admitió Peppone—. Tener un tío cura es una gran desgracia.

Don Camilo sintió que se le subía la mosca a la nariz:

—¿Usted considera una desgracia para una mocosa tener un tío que la aparta de un rebaño de gamberros desvergonzados y la devuelva entre la gente honrada y civilizada?

—No me he explicado bien, reverendo. Quise decir que una chica también puede comportarse honrada y civilmente sin necesidad de incorporarse a un rebaño de solteronas mojigatas. No me gustaría ver a esa pobre chica salmodiando en una procesión con un cirio en la mano.

—Lo siento por usted, señor alcalde, pero la verá pronto. Y será un magnífico espectáculo.

Peppone abrió los brazos.

En aquel momento se oyó un gran alboroto al otro lado de la plaza, y en la entrada de la calle que conducía al campo de deportes, apareció la cabecera de un largo cortejo.

—¿Qué pasa? —dijo don Camilo—. ¿Ha estallado la revolución proletaria?

—Tranquilícese, reverendo —explicó, riendo, Peppone. Ya no necesitamos revoluciones para alcanzar el poder: llegaremos a él con los votos. Es la gente que sale de la fiesta de *L'Unità*.

Entretanto, el cortejo avanzaba por la plaza, y la charanga que lo encabezaba atacó *Bandiera rossa*.

Todo el pueblo se agolpó en la plaza y flanqueó al cortejo que marchaba hacia la explanada de la iglesia.

Detrás de la banda, arrastrado por un tractor, iba un remolque agrícola adornado con trapos rojos. Sobre la caja del carro habían colocado un alto pedestal con peldaños, festoneado de claveles rojos. Sobre el pedestal, un

trono dorado, y de pie, apoyada en él, una muchacha, elegantemente envuelta en un manto rojo con cola, pero con una impresionante abertura en el costado izquierdo de modo que quedase bien a la vista una estimable pierna completa.

La reina se tocaba con una resplandeciente corona, rematada por una hoz y un martillo cruzado y, en bandolera, una gran faja de seda con el letrero: «Miss Unità».

Era un espectáculo vistoso, porque se trataba de una chica verdaderamente agraciada, cuya pierna izquierda garantizaba la excelencia de todo lo que se adivinaba bajo el manto.

Al llegar frente a la explanada de la iglesia, mientras la banda entonaba *Bella ciao*, se detuvo el tractor. Y, tras haber saludado con el puño cerrado a la multitud que aplaudía, la reina bajó majestuosamente del trono por una escalerilla de madera con alfombra roja, que un grupo de jovenzuelos había colocado rápidamente junto al remolque.

Don Camilo se quedó sin resuello.

—Como Hija de María no está mal —dijo Peppone, quien, junto con su estado mayor, se había quedado perversamente cerca de don Camilo.

—Cierto —añadió Smilzo—, debe de ser una gran satisfacción, para un párroco, ver cómo su sobrinita es objeto de tantos honores.

Cat, que parecía el retrato de la desvergüenza, se encaminó hacia la rectoría con garbo de maniquí, seguida por cuatro descaradas damas de honor que le aguantaban la cola.

Al pasar delante de don Camilo, le sonrió y, saludándole con el puño cerrado, dijo:

—¡*Bai*, *bai*, tiíto!

Bloqueado por Peppone y compinches, don Camilo no podía siquiera mover un dedo. Pero había en sus ojos una determinación tal de proyectar un puntapié en el trasero de Cat, que la chica lo notó y saltó hacia un lado para esquivarlo.

Una vez en casa del campanero, Cat se asomó al balcón del primer piso, saludó con el puño cerrado al ruidoso gentío y le arrojó flores y besos.

Don Camilo jadeaba, y por un momento creyó que le iba a dar un patatús. Luego se rehízo y dijo a Peppone:

—Camarada, has cometido una gran canallada.

—Nunca tan grande como la de hacerme competir a nado con Bognoni. Por poco dejo la piel. Además, puede usted tener la gran satisfacción de leer de gorra *L'Unità* durante un año. Entre los premios ganados por su sobrinita figura precisamente una suscripción anual a *L'Unità*.

—Y yo se la llevaré personalmente todas las mañanas —dijo Smilzo.

Y se salvó sólo porque una mirada, aunque sea la de un cura hidrófobo, no puede matar.

EN EL SITIO DEL CORAZÓN NO TENÍA UN DISCO «BEAT»



En compensación, en el sitio del cerebro, Cat tenía un polvorín, y sus pensamientos eran explosiones: se advirtieron varias, pero, gracias a Dios, también hay un Dios para los tipos así, y lo que parecía una tragedia, acabó serenamente con una colección de chichones.

De entre todas las bromas perversas que le había gastado la terrible Cat, la de hacerse elegir «Miss Unità» resultó, indudablemente, la peor para el pobre don Camilo. Le sentó tan mal, que el médico tuvo que ponerle una inyección para calmarle.

No volvió a ver a la chica hasta la tarde del día siguiente.

—¡No deberías haberme hecho eso! —le gritó don Camilo furibundo.

Y no la emprendió a bofetadas sólo porque estaba presente don Quiquí.

—¿Por qué? —preguntó insolente Cat—. Sabía que con ello iba a darle un disgusto tremendo, y ahora estoy muy contenta de haberlo conseguido.

Como es natural, Smilzo metió por debajo de la puerta de la casa parroquial un ejemplar de *L'Unità*, Y don Camilo arrojó el diario ante la chica.

—¡Mira la que has armado, mal bicho! —gritó.

¡Piensa en lo contentas que se pondrán tu madre y tu abuela Celestina cuando vean esa porquería!

—La vieja y la «cadávera» no leen *L'Unità* —riose Cat mientras examinaba, complacida la fotografía insertada en el periódico.

—Puedes estar segura de que habrá quien se lo lea.

—¿Y qué? ¿Qué tiene de malo ser nombrada reina en una fiesta? Además, estuvieron la mar de amables: «Cat, la bellísima y simpatiquísima sobrina del párroco don Camilo, ha sido proclamada "Miss Unità", etc. ¡Lo contento que se pondrá su tío!». Como ve, he sido discreta: sólo he dado mi nombre de batalla, limitándome a rogarles que precisaran que soy su adorada sobrinita.

—¡Lo habrían hecho constar igualmente! —gritó, furioso, don Camilo.

Don Quiquí se echó a reír:

—Don Camilo, ¿por qué se enfurece tanto? No la han hecho, ni mucho menos, reina de *L'Unità* Además es algo relajante que sirve para tonificar el diálogo.

—¡Jovencito! —rugió don Camilo—. ¡Si cometí la estupidez de arrancarte de las manos de los amigos de esta cretina, también puedo ahora darte lo que entonces te evité! ¡Vete a dialogar lejos de aquí!

Don Quiquí se largó sin rechistar, mientras Cat exclamaba, riéndose a carcajadas:

—¡Qué graciosa ha sido esta riña entre el grajo y el grajuelo!

Entonces don Camilo se acordó del quinto mandamiento, lo cual fue un bien, mas, para evitar la tentación de estrangular a la muchacha, se fue a dar una vuelta por el campo, lo cual fue un mal.

En efecto, poco después, un taxi dejó frente a la rectoría a la vieja Celestina, abuela paterna de Cat, que entró corriendo en el comedor, donde la chica estaba contemplando satisfecha la fotografía del periódico.

La vieja Celestina parecía enloquecida y, tras arrancar el diario de manos de la chica, le espetó con furia:

—¡Desvergonzada, siempre te he defendido, pero ahora no lo haré! ¡Has cometido una infamia haciéndote elegir reina de esos tipos!

—Ésos o aquéllos, para mí son iguales —respondió, riendo, Cat—. Y no comprendo por qué se acalora tanto mi abuelita. ¡Yo quería simplemente exasperar al grajo, y lo he conseguido!

—¡No! ¡Has indignado a tu padre!

—¿A mi padre? —preguntó Cat sorprendida—. ¿Qué tiene que ver él?

—¡Tiene que ver porque lo mataron ellos! Y su asesino ha vuelto ahora aquí, libre y triunfante, sin haber cumplido un solo día de cárcel. ¡Lo que debe de divertirse el maldito Verdugo viendo esa foto!

Don Camilo entró entonces y, agarrando a la vieja, se la llevó fuera casi en volandas y la metió en el taxi que esperaba frente a la rectoría. Pero era demasiado tarde.

Cuando volvió a la rectoría, la chica seguía fumando tranquilamente:

—¿Qué le ha dado a la vieja? —preguntó.

—Ya te lo ha explicado ella y no hay nada que añadir.

—¿Por qué no me lo dijo nadie nunca?

—Porque los hijos deben caminar hacia el porvenir sin arrastrar el peso de un pasado que no es suyo. Y, además, porque tú eres una insensata como él. ¿Qué digo? Mucho peor que él. Él primero hacía las cosas y luego las reflexionaba. Tú haces las cosas sin reflexionar ni antes ni después. Era un hombre que no tenía miedo a nada ni a nadie y decía siempre lo que pensaba. Fue paracaidista durante la guerra y había aprendido a despreciar el peligro.

—¿Por qué lo mataron?

Don Camilo abrió los brazos:

—Dejemos eso, pequeña…

—¡Pequeña de qué! —gritó Cat—. Nací en octubre de 1946, y dentro de unos meses cumpliré veinte años. ¡Y cuando sea mayor de edad, ya os enseñaré yo…!

—No creo que puedas cometer estupideces mayores de las que has hecho hasta ahora. De todos modos, aquí, en 1946, el aire apestaba de réprobos. La guerra había terminado hacía poco. La guerra exterior, quiero decir, porque la civil seguía aún. La vida tenía entonces un valor relativo. Los ánimos estaban envenenados por los odios y la política, y los extremistas, educados en la escuela de la violencia, actuaban como amos y señores. Los rojos estaban convencidos de que conquistarían el poder y no les gustaba la gente que se las cantaba claras. Krik…

—¿Qué Krik? —preguntó la muchacha.

—Tu padre. Le llamaban Krik por su fuerza. Era un tipo como Veneno…

—¿Un animalote cretino como ése? —le interrumpió Cat apretando los puños.

—Veneno no es ningún animalote ni un cretino.

Krik hablaba bien claro y alto en público: en los cafés y en la calle. Y hasta en los mítines, cuando oía algo que no le cuadraba, se levantaba para oponerse a ello. Y, así, una noche, cuando regresaba a casa, le dispararon una ráfaga por la espalda. Tú tenías entonces dos meses, porque aquello ocurrió en diciembre. Tu abuelo y tu abuela Celestina se vendieron la finca y se fueron a vivir a la ciudad, al lado de tu madre, y la ayudaron a criarte. Y con el bonito resultado que todos estamos admirando.

—Y ese Verdugo, tras haber asesinado a mi padre y a un montón de gente y haber sido condenado a prisión, se escapó, y ahora, indultado, ha vuelto aquí con los honores del triunfo, ¿no es eso?

—Más o menos —balbuceó don Camilo.

—¡Qué asco de sociedad! —exclamó Cat con disgusto—. Ya notaba yo que había un vacío en mi vida.

—El vacío está en tu cabeza —replicó don Camilo.

—¡No, muy reverendo tío cura! Ese vacío está en vuestra cabeza de viejos embusteros. Si los jóvenes somos rebeldes e inquietos, es porque hay una razón. Sentimos que el vuestro es un asqueroso mundo de bellacos. Y vuestras leyes sirven para cubrir de virtud cívica a vuestra bellaquería. Los jóvenes no tenemos fuerza para destruir ese piojoso mundo, pero sí la valentía de escupirle en la cara. De todas formas, mi padre era un estúpido. De lo contrario, no lo habrían matado.

—¡Era honrado!

—Cuando se trata con forajidos, la honradez es necedad.

—La honradez es siempre y sólo honradez: tu padre tenía razón.

—Quien muere, siempre se equivoca.

—¡No! —gritó don Camilo—. La justicia de Dios es la que lo ordena todo.

—Eso he oído decir —replicó la chica riendo—. Por desgracia, desde que los milagros han pasado de moda, esa justicia nunca concede la gracia a un muerto para hacerle resucitar.

Don Camilo había temido siempre que la intervención de Celestina trastornase a la muchacha. Pero al ver, en cambio, que Cat aceptaba la revelación con desinterés, casi con indiferencia, pese a rebullir de indignación, dio gracias a Dios y puso fin a la discusión.

La muchacha siguió con su acostumbrado estribillo, y, al cabo de una semana, don Camilo dedujo que Cat debía de tener, en lugar de corazón, un disco de los «Beatles».

Una tarde llegó a la rectoría Anselma para decirle que Cat había roto el candado de la leñera y desaparecido con la motocicleta.

—¡Buen viaje! —exclamó don Camilo—. Habrá regresado a su casa. Mejor para todos.

—No lo creo —refunfuñó Anselma—. Ha dejado todos sus trastos aquí. Hasta su tocadiscos y sus malditos discos.

—Las chicas de su calaña, si tuviesen que elegir entre salvar a su hijo o el álbum de discos, arrojarían al hijo al mar. Eso quiere decir que volveremos a verla pronto. Pero ya la arreglaremos cuando vuelva.

Pero no pudieron esperar a que volviera porque, cuando subió a su cuarto, don Camilo vio colgados en la pared la escopeta de dos cañones y el rifle, pero no la «Browning» de cinco tiros. Y el cargador estaba vacío.

Entonces sintió como si tuviera la cabeza vacía y exclamó:

—¡Jesús, piensa por mí! ¡Yo no puedo ya!

Peppone, estaba en casa, dedicado a cotejar registros ayudado por su mujer, cuando apareció don Camilo con una cara que nunca le había visto.

—¡Asesino! —gritó don Camilo—, ¿no te bastaba haberla hecho reina? ¡Era necesario hacer que publicasen en tu maldito diario la fotografía de la hija de Krik!

—¿La hija de Krik? —balbuceó Peppone—. ¿Qué hija de Krik?

—¡Cat! —vociferó don Camilo—. ¡Cat es la hija de Krik! ¡Y la madre de Krik ha visto la foto, y ha venido y se lo ha dicho todo! ¡Y ahora la chica ha desaparecido con la moto y mi «Browning» de cinco tiros!

Peppone quedó como alelado.

—No lo sabía —dijo con un hilito de voz—. Tiene usted tres hermanas; ¿cómo podía imaginar yo que fuese la hija de Krik? No ha querido dar su nombre.

—¡Está bien! ¡No lo sabías, pero eso no me importa nada! —gritó don Camilo—. Es una insensata como su padre, y como organice alguna, el responsable serás tú.

—Reverendo, corre usted demasiado —dijo la mujer de Peppone—. A lo mejor ha ido a disparar contra las ranas.

—¡Dios lo quiera! —exclamó don Camilo—. Pero ¿y si ha ido a tirarle al Verdugo y le mata?

Peppone se levantó de un brinco.

—Eso sería lo de menos —dijo—. ¡El hecho es que el Verdugo siempre viaja con dos guardaespaldas y, a veces, también logra matar él! El Verdugo está en viaje de propaganda. Hay que encontrarle, detenerle. ¡O bien encontrar a la muchacha!

Peppone organizó la expedición. Él iría en el «millecento»; Brusco, en su «seiscientos»; Bigio, en la camioneta, y Smilzo, en la moto.

—No sabemos dónde habrá ido el Verdugo, y las carreteras que parten de La Rocca son cinco —explicó Peppone—. Ella no puede haberse apostado en el pueblo, porque el granuja ese vive en la plaza. Le esperará en alguna de esas carreteras. Es preciso que lleguemos rápidamente a La Rocca, para volver luego y batir cada uno una carretera. María, en cuanto llegue Michelone lo mandas a La Rocca y le dices que vuelva por la carretera general.

—Mientras tanto, yo me adelantaré —dijo don Camilo—. Tengo bicicleta. Cruzaré el Stivone, que está seco, y batiré la carretera general hasta La Rocca. Luego regresaré.

Cat sabía perfectamente dónde había ido el Verdugo y por cuál de las cinco carreteras regresaría, y estaba apostada junto a la general, escondida detrás de una decrépita mansión rodeada de matorrales. La chica había estudiado el plan en todos sus detalles. Al margen de la zanja, a un lado de la capillita, había un chopo, que Cat cortó por la base, dejando intacto un trozo de corteza hacia la carretera. Un cordel atado a la capillita mantenía de pie el árbol. Bastaba cortar el cordel para que el árbol se desplomase y obstruyese la carretera. Tenía escondida la moto detrás del seto. Lo sabía todo. Conocía el coche del Verdugo y su matrícula. Había tenido ocasión de aprenderse de memoria las facciones del Verdugo.

«Tendrás que pasar de todas formas, canalla, y apearte para despejar la carretera. Y aunque bajen tus dos gorilas, te fulminaré a través de la ventanilla».

Mientras tanto, don Camilo, llegado ya a la carretera general, pedaleaba rumbo a La Rocca. «¡Jesús —rezaba—, dame mucho aliento y mucha vista!». Había llegado ya junto a la capillita cuando un coche le adelantó, pero casi en seguida rechinaron los frenos, porque el chopo que se levantaba junto a la capillita se había desplomado sobre la carretera.

Don Camilo apretó los pedales y alcanzó al coche, mientras sus tres ocupantes se apeaban para quitar el obstáculo. Reconoció al Verdugo y se lo acercó para avisarle, pero no llegó a tiempo.

—¡Quítese de en medio o lo mataré también a usted! —gritó Cat.

Don Camilo se detuvo ante el Verdugo, cubriéndolo con su cuerpo.

—¡Quítese de ahí! —vociferó Cat, furibunda—. ¡Y vosotros dos, quietos donde estáis, u os achicharraré!

Uno de los dos se quiso pasar de listo, y Cat le envió un tiro junto a los pies, haciéndole dar un brinco cinematográfico.

—¡Apártese de ahí! —chilló por tercera vez Cat—. ¡Verdugo, a mí no me la jugarás como se la jugaste a mi padre! ¡Y cuando te haya quitado de en medio, nadie te indultará!

Cat parecía haber enloquecido, y daba miedo mirarla a la cara. Pero Veneno, que había dado la vuelta a la posición, veía los hombros de Cat y no sentía miedo alguno.

Cat se vio desarmada y sujetada en el cuello por una zarpa que la dejó sin respiración.

—Reverendo, coja la escopeta mientras arreglo a esta tonta —dijo Veneno.

Don Camilo se acercó para recuperar el fusil, mientras Veneno… tras quitarse la correa, inmovilizó con ésta a la muchacha, a la que ató, apretados hasta casi rompérselos, los brazos a los costados.

—¡Eres un granuja como tu padre, que me ha hecho elegir reina para divertir al asesino de mi padre! —gritó Cat agitándose.

—Si el padre de ese gamberro es Peppone —dijo el Verdugo, que había recuperado su petulancia—, será difícil que consiga divertirme. En cambio, yo sí que haré que se divierta ese traidor.

—Mientras tanto, quizá me diviertas a mí —dijo Veneno tirando al suelo, como un guiñapo, a Cat y acercándose al Verdugo.

El Verdugo era un auténtico verdugo, pero los rusos, además de haberle enseñado a llamar «gamberros» a los melenudos, lo habían engordado como a un cerdo, por lo que al primer guantazo que le propinó Veneno en el morro le hizo chorrear manteca por todos los poros de su cuerpo.

Veneno tenía veinte años y, por muy melenudo que fuese, sentía un incomprensible respeto por las personas mayores que él. De aquí que no usara nunca los puños y se limitara a sacudir bofetadas. Y, para mayor consideración, se había puesto los guantes.

Mientras tanto, uno de sus gorilas había sacado él gato de debajo del coche y se acercaba a Veneno por la espalda.

—Déjalo, Falchetto —le aconsejó Don Camilo, que había empuñado el fusil—, es un asunto de ellos.

Cuando los guantes empezaron a deshilacharse, Veneno dejó de dar masajes al Verdugo.

—Eso es por haberme tratado de gamberro —explicó—. Para lo demás, ya te entenderás con mi padre. Yo no me meto en política.

El Verdugo y sus guardaespaldas se fueron. Poco después llegó Bigio, y Veneno arrojó en el interior de la camioneta a Cat, la moto de Cat y la bicicleta de don Camilo.

Don Camilo subió a la camioneta y se puso junto a Bigio.

Con su ruidosa motocicleta, Veneno dio escolta a la camioneta hasta la casa del párroco.

Era ya de noche, y Veneno se quedó a cenar.

Cat sólo habló al final.

—¿Puede saberse por qué se ha entremetido? —preguntó, agresiva, a don Camilo—. ¿Por qué no ha dejado que le matase?

—Por dos razones —explicó don Camilo—. Primera, porque los viejos curas aún respetamos los Mandamientos. Segunda, porque si le hubieses matado, te habrían salido treinta años de cárcel y nadie te habría indultado.

Cat miró, agresiva, a don Camilo:

—¿Y dice usted que los jóvenes no tenemos motivos para ser enemigos de su piojosa sociedad, que honra a los asesinos y se mete con los chicos porque llevan el pelo largo? ¿Y pretendería, además, que hiciésemos la guerra para defender a esa puerca sociedad?

—No habla del todo mal la chiquilla —murmuró Veneno.

Cat lo miró con desprecio:

—Sí, hablo bien, pero tú harás el servicio militar. Y se comprende: el servicio militar es adecuado para los cobardes como tú, que tienen miedo de las pútridas leyes de esta sociedad de hipócritas. Se necesita más valor para no hacer el servicio militar que para hacerlo. Y cuando te hayan rapado al cero, ¿llevarás aún el chaquetón con el letrero «Veneno»?

Veneno, que sudaba bajo la peluca, enrojeció y se levantó.

—Buenas noches a todos —murmuró, y se fue.

—¿Es ésa la manera de tratar a un hombre que te ha impedido cometer una irreparable estupidez? —le reprochó don Camilo.

—Sólo yo puedo juzgar si las cosas que hago son estúpidas o no. ¡No el cretino ese!

—Ya te he dicho que no es ningún cretino.

—¡Todos los hombres son unos cretinos! —afirmó furiosamente Cat.

Don Camilo se sintió ofendido:

—¡Cuidado, mocosa! ¡Que también yo soy un hombre!

—¡Usted ni entra ni sale aquí! —replicó la chica—. Un cura no es un hombre. ¡Es algo menos…! O algo más. Depende.

Don Camilo se quedó sin respiración, porque no podía esperar una cosa así.

EL DEMONIO NO SIEMPRE TIENE CUERNOS Y RABO



El demonio no es tan feo como lo pintan. A veces es bellísimo, pero entonces es más demoníaco aún que el diablo feo. Por eso Cat no podía matarse como Cleopatra, haciéndose morder por una serpiente, porque habría muerto ésta.

Después del suceso de la carretera, Cat había cambiado de la noche a la mañana. Abandonó toda rareza y vestía con modestia, como una chica normal de vieja familia burguesa. Parecía, en suma, una bonita y buena chica.

Además, participaba con devoción en todas las funciones religiosas, tanto, que don Quiquí —quien, a causa del trato recibido de los melenudos amigos de Cat, no le tenía mucha simpatía— hubo de convenir con don Camilo:

—Su sobrina parece otra. No comprendo lo que le ha pasado.

Don Camilo abrió los brazos y respondió: «¡Sólo Dios lo sabe!»; pero él también lo sabía perfectamente.

Cat escuchaba con atención los inflamados sermones del curita, y un día, acercándose tímidamente a don Quiquí, le confió:

—Sus sermones no están hechos, como de costumbre, de lugares comunes. Usted habla de Dios sin olvidar la tierra. Me gustaría que le oyesen los chicos de mi grupo.

Don Quiquí se echó a reír:

—Los chicos de su grupo no sienten gran simpatía por mí, al menos a juzgar por como me sacudieron aquella tarde de marras.

—Los chicos se equivocaron —explicó Cat—. Le tomaron por uno de esos curas tipo don Camilo. Pero usted no es un papagayo que repite en el púlpito la leccioncita aprendida en el seminario. Usted no tiene miedo de la verdad. A propósito de esto, me asombra que usted, pese a condenar valerosamente la guerra, toda guerra, no haya afrontado nunca el tema de la objeción de conciencia.

—Es un tema delicado, señorita.

—Lo reconozco, don Francesco. Pero hay sacerdotes que lo abordan, aunque luego tengan que responder ante un tribunal.

—No es cuestión de miedo, sino de consideración —afirmó el curita—. Su tío fue capellán castrense y tiene ideas distintas.

—¡Diga usted más bien erróneas! —exclamó Cat—. ¡Mi tío es un fósil! ¡Y en cuanto a consideración, bien poca le tiene él a usted! Para mí no es correcto que celebre, en su capillita, misas clandestinas con el viejo rito.

—No hace nada de clandestino —respondió don Quiquí—. Me tiene al corriente, No es en verdad ningún mal que él recoja en torno a su viejo altar a aquellos que ya no vienen aquí porque les ofende mi franqueza.

—¡Pues yo creo que es un gran mal! Usted, don Francesco, echa de la iglesia a los falsos cristianos y él los vuelve a admitir. Usted los condena y él los absuelve, destruyendo así su obra. De tal modo, prosigue el equívoco. Además, ¡él crea una Iglesia disidente, una Iglesia de oposición, una anti-Iglesia! Don Francesco, usted sabe muy bien que dividir a los católicos es una verdadera herejía.

—¡La conclusión es demasiado dramática! —exclamó don Quiquí—. Pero muchas de sus observaciones son sensatas. El domingo trataré el tema de la objeción de conciencia.

—¡Le admiro, don Francesco! —exclamó la chica, conmovida.

El domingo siguiente, cuando subió al púlpito para su sermón, don Quiquí se quedó sin respiración: con sus chaquetones negros y los larguísimos cabellos enmarañados, sombríos y con los brazos cruzados, cuarenta

«Escorpiones» lo contemplaban. Se habían agrupado junto a la puerta, prestos a defender sus motocicletas, que habían dejado apoyadas en la fachada de la iglesia, custodiadas por dos centinelas. Y Cat, con su modesto vestidito oscuro y la mantilla negra sobre el pelo color cobre, estaba allí, en medio de la primera fila de melenudos, y le sonreía.

Estaba casi angelical.

Don Quiquí arrostró el peligro. Condenó todas las guerras, desde Caín y Abel hasta Julio César, las Cruzadas, Corea y Vietnam. Y estableció que la única actitud del buen cristiano respecto al servicio militar es la objeción de conciencia. Sin omitir una sarcástica alusión al belicismo patriotero de los capellanes castrenses.

Los cuarenta melenudos de la ciudad asentían con su frondosa cabezota, y la sonrisa de Cat era tan radiante, que habría deslumbrado a un obispo.

Al terminar la misa, Cat fue a felicitar al curita en la sacristía:

—Les he avisado yo —explicó—. Y lo que les dije de usted les interesó tanto, que han venido pese al gran peligro que corrían. Don Francesco, ha estado usted maravilloso. ¡Esos cuarenta chicos volverán a sus casas muy mejorados!

(Pero la realidad fue que volvieron a ellas bastante empeorados, por cuanto Veneno y sus melenudos rurales los esperaban fuera del pueblo, armados con gruesos garrotes de haya. Fue una verdadera película. Veneno, Dios sabe por qué, tenía una cuenta pendiente con Ringo, jefe de los «Escorpiones», y, mientras los dos animalotes más fuertes de la banda sujetaban a Ringo, Veneno le reunió los larguísimos cabellos en el cogote; los ató con una cuerda y lo rapó al cero).

Cat estaba angelical con aquellas lágrimas que temblaban en los grandes ojos: don Quiquí sintió su corazón henchido de dulzura, Pero le duró poco, porque en seguida llegó don Camilo, que había oído el sermón escondido en el coro y traía las venas del cuello tan gruesas como cepas de seis años.

—Don Quiquí —dijo amenazador— ¡vale más ser capellán de los soldados como fui yo: que capellán de los gamberros como es usted! ¡Y tú, mocosa, lárgate!

Cat rompió a llorar y se marchó con la cabeza baja. Don Quiquí sintió que aborrecía a aquel cura gordo, atrasado y brutal, que hacía sufrir a aquella afable y delicada criatura. Al contemplar sus hombros agitados por los sollozos, el curita se asombró de que careciesen de blancas alas.

Y su indignación fue tal que, metiéndose en el «seiscientos», salió disparado para la ciudad.

Al día siguiente, don Camilo recibió de la curia una carta que le cortó la respiración. En espera de ser trasladado a Rughino, ínfima parroquia perdida en medio de la montaña, y para evitar más graves disposiciones, don Camilo debía: 1.º No actuar más como subversivo secesionista. 2.º Dejar de celebrar en su capilla privada. 3.º No inmiscuirse, en modo alguno, en los asuntos de la parroquia, que, cuando él se fuese, sería confiada a don Francesco.

A don Camilo le dio fiebre y tuvo que meterse en la cama.

El demonio no es tan feo como lo pintan. Por el contrario, debe de ser guapísimo, pues si no, ¿cómo podría seducir y engañar a la gente?

La frase tiene otro sentido, aunque erróneo, porque, guapo o feo, el demonio es siempre y sólo el demonio. Además, pretendo decir que Cat era el demonio.

Cuando supo que don Camilo estaba indispuesto, la chica fue a visitarle.

—Muy reverendo tío —le dijo tan pronto como entró—, ¿cuál es su última voluntad?

—¡Que te vayas al infierno! —le gritó don Camilo—. Puedes hacer las maletas y volverte a casa.

—¿Así echa usted a la calle a una pobre huerfanita? —gimió la descarada.

—¡No! —exclamó don Camilo tirándole la carta que había dejado en la mesita de noche—. ¡Tú eres quien me ha echado a mí a la calle!

Cat leyó la carta y se encogió de hombros.

—¿Y yo qué tengo que ver en eso?

—Tú le has llenado la cabeza a don Quiquí. Nunca pude pensar que fueses tan perversa. De todos modos, has ganado tú. ¡Dichoso tu padre que murió sin ver la joya que había traído al mundo! ¡Y ahora largo de aquí o te achicharro de un escopetazo!

Cat bajó canturreando, y, cuando salía de la rectoría, para dirigirse a casa de Anselma, se encontró con Veneno.

—Con los mejores saludos de Ringo —dijo Veneno arrojándole a los pies la melena del jefe «Escorpión».

—¡Miserable! —gritó Cat horrorizada—. ¡Lo has descortezado!

—No, pero lo haré si vuelve por aquí. Antes de que pueda levantarse de la cama, el pelo le habrá crecido de nuevo hasta las rodillas.

Dio media vuelta y se fue. Al llegar a la verja se volvió:

—La verdad es que quien te hace caso sale siempre perdiendo —rezongó—. No te hagas morder por una serpiente, como Cleopatra: moriría envenenada.

Cat, dando un puntapié lleno de rabia, mandó a un rincón la cabellera de Ringo.

Luego llegó don Quiquí, quien, enterado por Cat de lo ocurrido a don Camilo no se mostró contento.

—No creí que terminase así —dijo—. ¡Han exagerado!

—No —replicó Cat—, han tomado la decisión justa. Conozco Rughino: es la parroquia que le conviene. Todos los jóvenes, hombres y mujeres, han emigrado al extranjero a trabajar, y en el pueblo sólo han quedado las viejas y los niños pequeños. Allí no podrá hacer mucho daño. Éste, en cambio, es un pueblo vivo y necesita un párroco joven y moderno. Don Francesco, no se me ponga sentimental o perderé la gran estima que siento por usted. En cuanto…

Calló y se fue, tras haber saludado al curita con una sonrisa llena de tristeza.

No se dejó ver hasta dos días después, y lo primero que le dijo don Quiquí fue:

—¿En cuanto… a qué?

—Déjelo, don Francesco. Si se lo dijese, le dolería. Es algo que no puedo decirle a un sacerdote. ¡Los sacerdotes no se hacen, nacen!

—Se equivoca, señorita Cat —replicó don Quiquí—. Soy sacerdote no por inspiración, sino por razonada convicción. Me he dado cuenta de que la Iglesia puede hacer mucho bien a quien sufre. Alimentar la fe en quien la posee, devolverla a quien la ha perdido, darla a quien no la tiene.

—Comprendo —exclamó Cat—. La fe es el don más preciado. Pero en un mundo tan distinto del de hace dos mil años, en un mundo saturado de materialismo, la fe sólo puede darse con hechos, no con palabras. Se han hecho demasiadas promesas en nombre de Cristo. La Humanidad está cansada de oír cómo le prometen el Paraíso después de la muerte.

—Señorita Cat —protestó don Quiquí—, la fe ayuda a vivir.

—No, don Francesco. Ayuda a morir. Si uno va descalzo, aunque crea firmemente que en el Paraíso tendrá maravillosos zapatos de oro, se moja los pies y coge una pulmonía. «¡Oh, pobre hombre que andas descalzo por la nieve helada! ¡En el Paraíso tendrás zapatos de oro: mientras tanto, empero, resguarda tus pies en estos humildes pero impermeables zapatos de cuero!». ¿No sería mejor poderlo decir así?

—Sí, y por eso precisamente la Iglesia se ha situado en el plano social —exclamó don Quiquí.

—Decisión muy justa —exclamó Cat—. Pero a quien hoy se muere de hambre, ¿qué consuelo puede darle la fe en la comida del año que viene? La fe es el pan del espíritu, no del cuerpo.

—Señorita Cat —intentó protestar el curita—, permítame que le diga que esta conversación es demasiado materialista.

—Lo admito, don Francesco. Pero el Papa, para la India hambrienta, no ha pedido fe y oraciones, sino dinero, arroz, medicamentos y camiones. Todo triviales expresiones de la materia.

—Sí, pero la Iglesia no puede…

—Precisamente —lo atajó Cat—. La Iglesia no puede resolver esos problemas prácticos. Entonces, ¿no piensa usted en el bien que podría hacer a la Humanidad si aplicase al terreno práctico su inteligencia, su cultura, su entusiasmo, su palabra dulce y persuasiva, su profunda y sincera fe cristiana? ¡Usted nunca imitaría a quienes tratan de poner a Cristo al servicio de la política, sino que pondría la política al servicio de Cristo!

—Pero yo… —balbuceó don Quiquí.

—Usted —prosiguió Cat—, ¿no sabría acaso tratar con justicia a los trabajadores si diese trabajo? ¿No sabría estudiar y proponer leyes en favor de los pobres si fuese diputado o senador? ¿No sabría poner en el buen camino a las masas trabajadoras si fuese un poderoso jefe sindical? ¿No sabría propugnar una política de paz si fuese ministro de Asuntos Exteriores?

—Verdaderamente —balbuceó don Quiquí—, no sé si podría…

—¡Pero yo sí! —gritó, exaltándose, Cat—. ¡Yo lo sé! Yo sacrificaría toda mi vida, todo mi patrimonio, todo mi amor si…

Se interrumpió y agitó tristemente la cabeza:

—Perdóneme —susurró—, estoy diciendo locuras…

Luego escapó sollozando.

Y aquella vez, don Quiquí no pudo asombrarse: en la espalda, Cat llevaba dos blancas alas.

Una semana después, don Camilo, apaciguado el corazón, había recuperado sus fuerzas y, levantándose de la cama, bajó al piso y empezó a preparar melancólicamente las maletas.

—¿Qué hace usted, reverendo tío? —le preguntó Cat con su habitual impertinencia.

—Me preparo a dejar el sitio a don Quiquí —respondió sombríamente don Camilo.

—Entonces, déjelo. Don Quiquí se fue anoche.

—¿A dónde?

—No sé. Debe de atravesar esa famosa crisis espiritual, superada la cual, muchos sacerdotes cuelgan los hábitos y se casan. ¡Pobre don Quiquí! No volverá nunca más aquí.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo se porque, antes que casarme con un ex-cura, iría a sepultarme en un convento de frailes.

Don Camilo la miró horrorizado.

—¡Tú! —chilló—. ¿Tú, desventurada, has tenido el descaro de…?

—¡Claro que yo! Supongo que no habrá sido usted el que le ha hecho perder la cabeza.

Don Camilo hinchó su amplio tórax.

—¡*Vade retro*, Satanás! —gritó con voz terrible—. ¡*Vade retro*!

La chica le miró divertida y dijo riendo:

—Lo siento, reverendo tío. Es verdad que «Cat» deriva de «Caterpillar»; pero no tengo marcha atrás.

Don Camilo levantó los ojos al cielo.

«Señor —dijo—, ¿podrás nunca absolver a esta desventurada cuando se presente ante el tribunal de Dios?».

«No puede decirse, don Camilo —respondió la voz lejana de Cristo—. Todo depende del planteamiento que su abogado dé a la defensa».

Era una voz lejana y, además, sólo don Camilo podía oírla.

LOS VIEJOS PÁRROCOS TIENEN LOS HUESOS DUROS



El progreso llama también a la puerta de don Camilo y pide vía libre, pero el viejo sacerdote está convencido de que la religión de Cristo no puede ser cómoda ni divertida y que el demonio ya no deja tufo a azufre, sino a gasolina.

La calle que cruzaba el pueblo de Este a Oeste dividía el gran rectángulo de la plaza en dos cuadrados, uno de los cuales, protegido en tres lados por toscos poyos de piedra, era considerado como espacio vital de la iglesia.

Una mañana llegaron a la plaza unos cuantos hombres, del municipio y se pusieron a excavar, con picos y palas alrededor de uno de los poyos. Poco después, don Camilo se personó allí.

Esto pertenece a la iglesia-dijo-y no debe tocarse…

—El alcalde nos ha mandado… —trató de hablar el que mandaba la cuadrilla.

—Decid al alcalde que si quiere quitar les poyos, que venga él —le interrumpió don Camilo.

En otros tiempos, Peppone no hubiese titubeado un minuto y se habría presentado en la plaza armado de pico, pala y mazo. Pero los años pasan también para los alcaldes comunistas. Así, se tomó las cosas con calma y no llegó a la plaza hasta una hora después, al volante de una de las enormes excavadoras empleadas en las obras del Puente Nuevo.

Paró el mastodonte a unos metros de uno de los poyos y bajó el brazo de la máquina. Se apeó, ató al poyo el cable de acero que colgaba de lo alto del brazo y don Camilo lo dejó hacer. Luego, cuando Peppone se disponía a subir de nuevo al artefacto para accionar el brazo, don Camilo se sentó tranquilamente en el poyo.

Aunque el concilio haya desautorizado a los párrocos en beneficio de los obispos y de los seglares, no está permitido arrancar un poyo en el que está sentado tranquilamente un párroco. En unos segundos, la plaza se llenó de gente.

—¡No puede usted obstaculizar las obras del interés público ordenadas por el municipio! —gritó Peppone a don Camilo.

—Y usted tampoco puede arrancar estos poyos, colocados en terreno de la iglesia por el muy reverendo párroco don Antonio Bruschini en 1785 —replicó don Camilo encendiendo un medio toscano.

Pero también Peppone se había preparado.

—¡Reverendo! —gritó Peppone—, olvida usted que en 1796 este territorio entró a formar parte de la República Cispadana y, por tanto…

—Por tanto —le atajó don Camilo—, si Napoleón no ordenó arrancar estos poyos, tampoco puede hacerlo usted, que, sin ánimo de molestar, es mucho menos importante que Napoleón.

Peppone tuvo que darse por vencido, porque don Camilo sacó a relucir también a la mujer de Napoleón y el Ducado de Parma, Piacenza y Guastalla, Pero dos días después, irrumpía en la casa parroquial el secretario del obispo. El joven sacerdote, como todos los curas progresistas de la *nouvelle vague*, despreciaba y aborrecía a los viejos párrocos, y, además le escocía horrores la poco brillante prueba de don Quiquí.

—¡Reverendo! —gritó—. ¿Será posible que no pierda usted nunca la ocasión de demostrar su insensibilidad política y social? ¿Qué significa esa nueva payasada suya? Precisamente el señor alcalde, para incrementar el

turismo y adaptar el pueblo a las nuevas exigencias, de la motorización, quiere crear en la plaza un amplio aparcamiento, y viene usted y se opone.

—No. Nosotros sencillamente no permitimos que se le quite la explanada a la iglesia.

—¡Que explanada ni qué porra! Usted no puede ocupar con su explanada media plaza. ¿No comprende que, aparte lo demás, es también una ventaja para usted? ¿No se da cuenta de que mucha gente no va a misa porque las iglesias no tienen sitio donde aparcar los coches?

—Sí, lo sé, por desgracia —respondió con calma don Camilo—. Pero no creo que la misión de un pastor de almas pueda ser la de organizar un aparcamiento y misas ye-ye para ofrecer a los fieles una religión provista de todas las comodidades modernas. La religión de Cristo no es ni puede ser cómoda ni divertida.

Era un razonamiento trivial de cura, y el secretario estalló:

—Reverendo, demuestra usted no haber comprendido que la Iglesia debe actualizarse y ayudar al progreso, no obstaculizarlo.

—Usted, en cambio, no ha comprendido que su «progreso» ha tomado el puesto de Dios en el alma de mucha gente y que el demonio, cuando pasa por los caminos de los hombres, ya no deja tufo a azufre, sino a gasolina. Y que el *Pater Noster* no debería decir ya «líbranos del mal», sino «líbranos del bienestar».

No se podía discutir con un fósil como aquél, y el secretario atajó:

—Eso quiere decir que se niega usted a obedecer.

—No. Que Su Ilustrísima el señor obispo nos ordene transformar la explanada en un aparcamiento, y nosotros obedeceremos aunque el Concilio haya establecido que la Iglesia de Cristo debe ser la Iglesia de los pobres y, por tanto, no debería preocuparse de los automóviles de los fieles.

Como era lógico, la orden no llegó, pero estaba predestinado que el secretario del obispo volviese a la carga.

Puntualmente, todas las mañanas, Smilzo metía por debajo de la puerta de la rectoría *L'Unità*, que don Camilo, no menos puntualmente, hojeaba con justificada indiferencia, ya porque se trataba del órgano oficial de los comunistas, ya porque le recordaba la triste empresa gracias a la cual Cat había conseguido la suscripción gratuita al diario.

Pero un día, don Camilo pegó un brinco. En la tercera página vio la fotografía de un altar rematado por un gran crucifijo y un pormenor del mismo crucifijo. No eran fotografías muy nítidas, por cuanto eran reproducidas de una revista. Pero no había duda alguna: se trataba del altar y Cristo de don Camilo.

Don Camilo leyó rápidamente el artículo, luego saltó a su bicicleta y corrió a su capillita clandestina.

«¡Señor —jadeo mostrando a Cristo el diario—, tu fotografía en *L'Unità*!».

«Ya lo veo, don Camilo —respondió Cristo—. Esperemos que no te haya buscado un lío como hizo tu sobrinita. De ser así, yo no tendría la culpa».

Era una historia extraordinaria. Se remontaba a 1944, cuando una unidad alemana se había establecido en el pueblo. En dicha unidad figuraba un oficial que, pese a su condición de militar provisional, no había olvidado que era un famoso profesor de historia del Arte. El Cristo y ciertos detalles ornamentales del altar le impresionaran, y los fotografió con todo el esmero posible. Luego, de vuelta en casa, examinó las fotografías y descubrió que se trataba de una de las mejores obras de un artista alemán de 1400, especializado en imágenes sacras de madera policromada. Al cabo de veintidós años, el alemán había vuelto a Italia para fotografiar con mayor cuidado, y en colores, la imagen, pero no encontró ya ni el altar ni el crucifijo. Entonces publicó la historia de su hallazgo en una importante revista alemana, ilustrándola con algunas de las fotografías tomadas en 1944. Y *L'Unità* reprodujo artículo y fotografía. *Sic et simpliciter*, Ciñendo el comentario a pocas palabras: «¿A dónde había ido a parar aquel pobre Cristo? Como tantos pobres Cristos, ¿también se había visto obligado a emigrar?».

Otros periódicos reprodujeron el artículo de la revista alemana, lo cual levantó un pequeño revuelo, por lo que, un buen día, el secretario del Obispo irrumpió de nuevo en la casa parroquial.

Estaba indignado y espetó furiosamente a don Camilo:

—¡No para usted de buscarnos líos, reverendo! ¿Dónde están el Cristo y el altar de que hablan los periódicos?

—Vosotros nos habéis ordenado cambiarlo todo, y todo ha sido cambiado —respondió don Camilo con calma—. Es más, como quiera que no cumplíamos vuestras órdenes con la suficiente diligencia, nos habéis mandado un comisario político para acelerar las operaciones.

—Debió usted habernos comunicado que se trataba de una importante obra de arte —objetó el secretario.

—No lo sabíamos ni podíamos siquiera sospecharlo, dada nuestra profunda ignorancia de pobre párroco rural. Pero por si acaso, hemos puesto a buen recaudo el altar y el crucifijo.

—¡Menos mal! —se alegró el secretario—. Recupere en seguida el altar y el crucifijo. Embálelos cuidadosamente y tan pronto como esté todo listo, telefonéenos. Lo, trasladaremos al Obispado, donde tendrán digno marco.

Don Camilo inclinó la cabeza en señal de obediencia.

—Señor alcalde…

Peppone levantó los ojos de sus papeles y, al ver ante si a don Camilo, apretó los puños.

—¿Qué quiere usted? —rezongó agresivo.

—Deseaba comunicar al señor alcalde que he reflexionado acerca de la idea del aparcamiento —respondió don Camilo—. Puede hacer quitar los poyos.

Peppone le miró con recelo.

—Cuando un cura te regala un botón —dijo—, como mínimo quiere a cambio un traje completo. ¿Cuál sería la contrapartida?

—Camarada alcalde —expuso humildemente don Camilo—, vemos que, desde hace algunos años, su Partido se ocupa con gran amor y devoción de los pequeños y grandes problemas de la Iglesia. Quisiéramos simplemente que usted y algunos de sus camaradas estuviesen presentes en el acto de la partida de nuestro valioso crucifijo, que, al cabo de trescientos cincuenta años de honrado servicio en nuestro pueblo, se traslada a la ciudad, donde le espera un buen sitio en el Obispado.

Peppone pegó un bote en la silla:

—¡Está usted loco, reverendo! Ese Cristo es una obra de arte que pertenece al pueblo y en él se quedará.

Don Camilo abrió los brazos:

—Le comprendo, señor alcalde. Por desgracia, todavía no dependo de su Partido, sino de mi obispo. Por tanto, deberé entregar al secretario del obispo el crucifijo y el altar. Comprendo que ese Cristo forma parte del más valioso patrimonio artístico y espiritual del pueblo y que su sitio debería ser el que ha ocupado durante trescientos cincuenta años: encima de ese altar, al que usted se acercó para la Santa Comunión y para casarse, Ante el cual rezó su madre

cuando estaba usted en la guerra. El pobre viejo párroco comprende todo eso, pero no puede sino obedecer. Y obedecerá a menos que alguien se lo impida por la fuerza. Ante la fuerza, ¿qué puede hacer un pobre viejo párroco? Camarada alcalde, se lo ruego. Explique mi angustiosa situación a sus superiores y téngala usted también muy en cuenta cuando compile mis observaciones características.

—¡Reverendo —gritó Peppone—, si cree usted que estoy dispuesto a dejarme tomar el pelo, se equivoca!

Peppone hablaba en serio, y, a la mañana siguiente, el pueblo estaba tapizado de grandes pasquines que denunciaban el presunto abuso y terminaban con dos líneas en gruesos caracteres: «¡El Cristo es nuestro! ¡El Cristo no sale de aquí!».

Hacia el mediodía, don Camilo, que no se había alterado lo más mínimo por la toma de posición de Peppone, se dirigió tranquilamente en bicicleta a la capilla clandestina de la vieja casa perdida en medio de los campos; pero le esperaba una gran sorpresa. Los hombres más duros del grupo de Peppone habían acampado en el gran huerto inculto y se dedicaban a arrancar las malas hierbas.

—¿Os dais cuenta de que ésta es una propiedad privada y de que podría denunciaros por allanamiento de morada? —dijo don Camilo a Brusco y a Bigio, que capitaneaban el destacamento.

—Sí, reverendo —respondió Brusco.

—¿Puedo entrar para embalar el Cristo y las piezas del altar? —preguntó don Camilo.

—Si, puede entrar, mas no para embalar nada. Usted es cura, no embalador.

—No quiero líos con los sindicatos —dijo don Camilo volviéndose a casa.

La polémica cundió. Los diarios dedicaron gran espacio al «Cristo disputado». Peppone, lanzado sin freno, celebró reuniones y desparramó por el campo su sección de propaganda.

Nunca como en aquella ocasión se había dado tanta unanimidad. De pronto, el pueblo se sacudió de encima la indiferencia y se sublevó. Era la revuelta del campo contra la ciudad, que siempre había despreciado, explotado, tratado de matar al campo.

Olvidando toda rivalidad política, el Pueblo en masa se agrupó, compacto, en torno a su Cristo. Hasta los ateos, hablaban de su Cristo y del patrimonio histórico, artístico y espiritual que se intentaba robar al pueblo.

Día y noche estaba lleno de gente el jardín del viejo caserón perdido en media de los campos. Y como quiera que don Camilo se había olvidado de cerrar con llave la puerta de la mansión, los ocupantes podían dormir bajo techo.

Una comisión mixta, compuesta por los representantes de todos los partidos y asociaciones, se trasladó a la ciudad para ver al obispo, al que Peppone expuso la respetuosa pero enérgica protesta de los habitantes del municipio.

El obispo escuchó atentamente y luego abrió los brazos sonriendo.

—Es sólo un equivoco —dijo—. Nada impide que, pese a celebrarse la santa misa de acuerdo con el nuevo rito, el altar, dado su excepcional valor artístico y espiritual, pueda volver completo allí donde siempre estuvo. Suponiendo que el párroco, no tenga particulares y válidas razones para oponerse a ello. A él, y sólo a él incumbe, por tanto, la decisión.

Cuando la comisión explicó al párroco lo que había decidido el obispo, don Camilo contestó humildemente:

—Estamos aquí para obedecer las órdenes de Su Ilustrísima el señor obispo.

Era una suave mañana de otoño, y en el aire y los campos todo era polvo de oro.

Durante la noche, una cuadrilla de voluntarios trasladó el altar al sitio que ocupara durante siglos, y los habitantes del municipio —todos, viejos, jóvenes, mujeres y hombres sin excepción alguna— esperaban en dos interminables filas, a ambos lados del camino que conducía al viejo caserón solitario.

Por la verja salió la banda, y la voz de los metales cubrió los dorados campos. Detrás de la banda, un millar de niños, y detrás de los niños, don Camilo, que llevaba el gran crucifijo y avanzaba con paso lento y firme. Detrás, el estandarte del municipio, y luego, Peppone con la faja tricolor, seguido por toda la administración municipal.

A medida que avanzaba el cortejo, la gente que ocupaba ambos lados de la carretera se ponía en marcha.

El gran crucifijo de madera pesaba mucho, y la correa de cuero que sostenía el pie de la cruz segaba los hombros de don Camilo. Y el camino era largo.

«Señor —susurró don Camilo en un momento dado—, antes de que me estalle el corazón, me gustaría llegar a la iglesia y verte de nuevo allí, en el altar».

«Llegaremos, don Camilo, llegaremos», respondió Cristo, que ahora parecía más hermoso a todos.

Y llegaron.

Los viejos párrocos, hasta los de corazón tierno, tienen los huesos duros, y por eso la Iglesia de Cristo, que pesa sobre sus hombros, resiste todos los vendavales.

Deo gratias.

SON COMPLICADOS LOS JÓVENES DE HOY



Nadie sabe qué puede haber en la cabeza de los jóvenes; su vida es una continua protesta la cual adquiere a veces tonos dramáticos y llega incluso a poner a un melenudo rebelde a merced de una chica.

Llegó a la casa parroquial un funcionario del Ministerio competente para ver y estudiar el famoso crucifijo del que tanto habían hablado los diarios y cuando lo hubo visto y examinado, dijo que procedería a mandarlo retirar para su restauración correspondiente.

—El crucifijo no se mueve de aquí —le respondió don Camilo con expresión dura—. No hay que restaurar nada.

El funcionario del Ministerio competente iba acompañado por el secretario del obispo y el joven sacerdote, que se la tenía jurado a don Camilo, arremetió contra él.

—Reverendo, no digamos tonterías. El Cristo tiene la mano derecha rota por la muñeca, y también está roto el brazo de la cruz, que unas manos pecadoras unieron malamente con un trozo de hierro atornillado por detrás. ¿No lo ha notado?

—¿Cómo no? —respondió don Camilo—. Precisamente fueron mis manos pecadoras las que hicieron la reparación.

El funcionario ministerial era uno de esos individuos capaces de paralizar durante veinte años la construcción de un puente que es necesario si —al excavar los cimientos de las pilastras— encuentran un pedazo de vasija de 1925, en tanto que permanecen en silencio si alguien derriba el arco de Tito para instalar, en su lugar, un surtidor de gasolina. Meneó la cabeza con una risita de conmiseración:

—No perdamos el tiempo, reverendo. El que venga a llevarse el crucifijo le entregará un recibo en regla.

Don Camilo, con una admirable franqueza, explicó al funcionario el uso que haría de aquel recibo y le recordó que la puerta para salir de la iglesia era la misma que se usaba para entrar. Pero el funcionario poseía un diploma que lo permitía calentar con el trasero un importante sillón, y se ahuecó como un pavo.

—¡Reverendo —gritó—, yo represento al Ministerio de Instrucción Pública!

—El Ministerio de Instrucción Pública no estaba aquí la mañana del 15 de octubre de 1944 —replicó don Camilo—. En cambio, si estaban mis representados.

—¡Reverendo, ahórrese sus chistes! —exclamó, enojado, el secretario del obispo.

—No es ningún chiste: tengo por lo menos trescientos testigos oculares del hecho. Si quieren, tocaré a rebato un momento a martillazos y se presentarán todos en seguida.

Aunque el cura joven fuese de montaña y el funcionario ministerial fuese de Roma, sabían que allí, en aquella faja de tierra grasa extendida a lo largo de la margen derecha del gran río, había personas que se acaloraban fácilmente.

—No se preocupe —dijo el funcionario—. Cuente, cuente.

—Es una historieta de guerra —explicó don Camilo—. Los alemanes llegaron al pueblo y escondieron *panzers* y vehículo bajo los árboles del vial, bajo los porches y en los patios de las casas. También aquí había quien, con una emisora clandestina, señalaba a los aliados todos los movimientos de los alemanes. Por ello, los liberadores no tardaron en quedar informados, y sus aviones irrumpieron sobre el pueblo un domingo por la mañana. Aquello fue un infierno. Pero la gente no se movió de la iglesia, en la que se celebraba la misa. Tampoco me moví yo, pero en mí no había mérito alguno, porque había sido capellán castrense y estaba familiarizado con las bombas. En el momento de la elevación estalló una bomba sobre el tejado de la casa del campanero. Un gran casco de metralla entró por el ventanal del coro, detrás del altar. Pero Jesús nos protegía y detuvo el casco de metralla con la extremidad del brazo derecho de la cruz. Ustedes, naturalmente se reirán. El Cristo crucificado del altar no es más que madera policromada; pero aquellos hombres y aquellas mujeres no eran de madera, sino de carne. Mas su fe era más fuerte que su miedo y nadie se movió. El casco de metralla rompió la extremidad del brazo de la cruz y la mano del Cristo. Y la mano clavada en el pedazo de madera cayó frente al balaustre del altar, y todos vieron en el suelo aquella pobre mano contraída. *Agnus Dei qui tollis peccata mundi*… Ustedes me entienden, Una historia que, contada en el Concilio, habría hecho desternillarse de risa a los santos Padres conciliares: pero aquí la gente es aficionada a ese tipo de historietas, por lo que todos —los viejos que recuerdan y los jóvenes que se han enterado por los viejos— siguen teniendo los ojos fijos en aquella pobre mano herida. Yo también soy como esa gente. Soy un viejo cura y considero que Cristo no debe recurrir a la cirugía estética para ocultar las señales de sus desgarros. El «pedazo de hierro» —como justamente lo ha llamado el señor secretario— es la metralla que dañó la cruz y la muñeca de Cristo: la metí con berbiquí para atornillarla detrás y sostener la cruz. La guerra había de servir para algo. De todos modos, le comprendo. Usted no puede hacer caso de esas historietas, porque representa al Estado…

—No siempre —dijo el funcionario ministerial—. A veces me represento a mí mismo, Para mí, todo está bien así. El crucifijo es una obra de arte excepcional, pero creo innecesario encarecerle que lo cuide.

—Estoy de acuerdo con usted —respondió don Camilo inclinándose.

Los hombres habían logrado encontrar la manera de dominar la energía nuclear, pero ninguno había descubierto aún la forma de regular los cerebros desordenados, como el de Cat.

Cat había adoptado una nueva táctica. Permanecía encerrada en casa del campanero leyendo o escribiendo, y luego, de vez en cuando, saltaba sobre la maldita motocicleta y desaparecía.

¿A dónde iba?

Nadie tenía la menor idea. Don Camilo disponía sólo de una bicicleta y no podía contar siquiera en seguir aquella condenada de cerebro de mosquito. Por eso decidió pedir ayuda, y tan pronto como vio pasar a Peppone por delante de la rectoría, lo hizo entrar.

—Camarada alcalde —le dijo—, quisiera hablar con su hijo Michele. ¿Me hace el favor de decírselo?

—No —respondió Peppone—. Lo único que le podría hacer a ese desgraciado sería darle un mazazo en la cabeza.

—Me sorprende usted, señor alcalde. Hace tiempo que la zona está tranquila. Ya no se tienen noticias aquellas peleas y actos de gamberrismo que revelaban el espíritu inconfundible de su hijo. Ni siquiera se le ve por ahí, hasta el punto de que cabe pensar si estará enfermo.

—¡Lo está! —gritó Peppone—. Enfermo del cerebro. Ahora que está a punto de tocarle el turno se niega a hacer el servicio militar. Quiere echarse al monte, ¿comprende? ¡Vivir al margen de la ley!

—¡Debería estar orgulloso de ello, camarada! —exclamó don Camilo—. Evidentemente, el buen Michele ha escuchado sus discursos antimilitaristas. Recuerdo que, en su último mitin, dijo usted que si las prisiones son las escuelas en que se perfeccionan los ladrones, los cuarteles son las escuelas en que se perfeccionan los asesinos.

—¡Yo hablaba de América a propósito del Vietnam! —protestó Peppone —. ¡Michele ha oído hablar de objeción de conciencia no en mis mítines, sino en su iglesia de usted!

—No soy responsable de lo que pueda haber dicho don Quiquí —gritó don Camilo—. Yo soy yo, y don Quiquí es don Quiquí.

—Lo cual equivale a decir dos condenados curas que hablan desde el mismo púlpito en nombre del mismo Dios y encienden una vela a Dios y otra

al diablo.

Peppone, que se había embalado, dijo a propósito de los curas cosas como para erizar el pelo a un calvo.

Don Camilo respondió a tono, pero de pronto, cuando ya iba a perder el dominio de sí mismo, recobró de pronto la calma.

—Camarada —dijo con voz sosegada—, en esta tierra, donde medio mundo se ríe del otro medio; en este mundo dominado por el egoísmo y por la indiferencia, nosotros seguimos sosteniendo un combate que terminó hace un montón de tiempo. ¿No se te ha ocurrido pensar que somos un par de fantasmas? ¿No te das cuenta de que, dentro de no mucho después de haber luchado tanto, cada cual por su bandera, nos echarán a patadas —a mí, los míos, y a ti, los tuyos— y nos encontraremos, miserables y sin una perra, durmiendo debajo de un puente?

—¿Y qué importa eso? —respondió Peppone—. Seguiremos peleando bajo el puente.

Don Camilo pensó que en un sucio y cochino mundo donde no es posible tener un verdadero amigo, consuela saber que se tiene un verdadero enemigo y respondió:

—De acuerdo, camarada. Mándame a Veneno.

Llegó Veneno, con semblante sombrío y el pelo sobre los ojos.

—Si tienes calor puedes quitarte la peluca —le dijo don Camilo.

—La peluca está en casa, en la cómoda —replicó Veneno—. Estos cabellos son míos. También a Sansón volvió a crecerle el pelo.

—Claro. Y, como Sansón, has recuperado las fuerzas y estás meditando destruirlo todo, empezando por el Ejército.

—No quiero destruir nada de nada —mascullló el melenudo—. No quiero ser soldado eso es todo. Basta de guerra. Los jóvenes queremos la paz. Si ustedes, los viejos quieren la guerra, háganla por su cuenta.

—Yo tampoco quiero la guerra —explicó don Camilo—. Solo me gustaría saber que demonios está tramando Cat, De vez en cuando desaparece. Me da miedo que haya restablecido contacto con aquellos gamberros de la ciudad. ¿Sabes algo?

Veneno movió su frondosa cabezota:

—La verdad es que también lo he pensado yo, y una vez la seguí. Pero ella se dio cuenta, se detuvo y me dijo que me ocupase de mis asuntos. Entonces la mandé al infierno. Al fin y al cabo, no tengo ningún derecho a censurar sus actos.

—Yo, en cambio, no sólo tengo derecho, sino también el deber —afirmó don Camilo—. Alquila un coche y prepárate. Te pagaré por la molestia.

—Basta que pague el coche. La satisfacción de hacer la pascua a esa mocosa es el mejor pago para mí. Cuando llegue el momento, me avisa.

Don Camilo ni siquiera tuvo necesidad de avisar. Cuando, dos días después, Cat saltó a la motocicleta y salió disparada, Veneno, al cabo de un minuto, estaba ya con el coche frente a la casa parroquial.

Don Camilo subió en seguida y salieron en persecución de la chica. Veneno conducía como si hubiese de recuperar un día de pista en Indianápolis, y Cat no tardó en ser avistada. Iba tranquila, sin recelo, y pudieron seguirla con facilidad.

A unos diez kilómetros de la ciudad, Cat dejó la carretera provincial y entró en otra de segundo orden que se adentraba en la campiña. También Veneno giró, y, al poco, Cat se metió en un cercado del que arrancaba un largísimo vial bordeado de chopos. Don Camilo y Veneno encontraron cerrado el cercado y tuvieron que detenerse.

A la izquierda del cercado había una casucha. Veneno pulsó el claxon y apareció el guarda.

—¿Son ustedes socios? —preguntó el hombre.

—¿Socios de qué? —preguntó don Camilo.

—Si no saben de qué se trata es inútil que se lo diga, —refunfuñó el hombre, que debía de sentir una particular antipatía por los curas y los melenudos. Se metió en su casucha.

La propiedad estaba circundada por una alta alambrada, que bordeaba la carretera.

—Demos la vuelta hasta que encontremos la forma de entrar o de ver de qué se trata —dijo Veneno poniendo en marcha el coche.

La finca debía de ser un enorme cuadrado de tierra, y al doblar la esquina se encontraron lo mismo que antes: foso, alambrada y tupido seto.

Veneno paró el coche.

—Reverendo —dijo—, si usted quiere cojo las tenazas, corto la alambrada y entro a ver qué pasa. Esto me huele mal.

—No —replicó don Camilo—. Primero demos la vuelta completa.

En aquel momento se oyó acercarse el ronquido de un motor, y un avión que volaba a no más de cincuenta metros de altura y provenía de la parte del recinto, pasó sobre sus cabezas. Bajaron del coche para mirar. El avión tomó altura, luego volvió atrás y repitió su carrusel hasta que hubo alcanzado los dos mil metros.

De pronto, algo se desprendió del aparato, y una gran flor blanca se abrió en el cielo astral del otoño.

—¡No comprendo cómo pueda haber chiflados que se diviertan lanzándose en paracaídas!

Ya que estaban allí, podían disfrutar del espectáculo. El hombrecillo enganchado a la gran sombrilla blanca manejaba muy bien las cuerdas y parecía que todo funcionase de maravilla cuando, de pronto, llegó de Dios sabe dónde un condenado viento que embistió al paracaídas y lo empujó hacia el río.

—¡Vete a saber dónde irá a caer ese desgraciado! —exclamó don Camilo —. ¡Vamos allá!

Subieron al coche y partieron en busca del náufrago del cielo, mientras Veneno refunfuñaba:

—¡Así son los curas! En cuanto ven la posibilidad da agarrar a un muerto para expedirlo certificado al Padre Eterno, ya no se fijan en nada.

El paracaídas perdía altura lentamente, y Veneno, corriendo como un loco por carreteras, caminos y senderos, lograba seguirlo.

—¡La alta tensión! —gritó de pronto don Camilo, al ver que el paracaídas se acercaba al tendido eléctrico.

Pero si hay un Dios para los locos, para los paracaidistas trabaja especialmente la Santísima Trinidad en pleno, por lo que el paquete volante superó milagrosamente los cables.

—¡Ése acaba en el Po! —grito Veneno.

Pero no; el paracaidista acabó en un prado junto al dique, y el gran paraguas blanco se desinfló sobra la hierba verde aún.

Veneno corrió dique abajo por un sendero muy peligroso, corrió a todo gas una era, sembrando el desconcierto en una bandada de gallinas y, por fin, enfiló unas roderas.

El paracaidista chapoteaba en la empapada hierba. El hombrecillo se había liberado ya de las cuerdas y estaba quitándose el casco.

Brillaron al sol los rojos cabellos de Cat.

Don Camilo dio los últimos pasos brincando como un canguro.

—¿Es posible que sólo puedas hacer cosas de desequilibrados? —gritó don Camilo.

Cat encendió un cigarrillo y replicó irónicamente:

—Claro que éste no es un deporte de curas ni de paletos.

—¿Y quién te manda hacerlo? —jadeó don Camilo.

—Si lo hacía mi padre, ¿por qué no habría de hacerlo yo?

—¡Tu padre lo hacía porque había guerra, y la guerra impone a los hombres las cosas más descabelladas! —dijo don Camilo.

—Mi padre lo hacía porque era un hombre de redaños. Y cuando demuestra tener redaños, hasta un soldado es respetable.

Llegaron los del campo de lanzamiento. Estaban preocupados, pero Cat les tranquilizó:

—Todo ha ido muy bien. El único incidente molesto ha sido la llegada del muy reverendo tío cura acompañado por su sacristán. Ya sabéis lo que pasa: las desgracias nunca vienen solas.

—No estoy de acuerdo —dijo don Camilo—. El único incidente molesto es que el paracaídas se haya abierto.

Veneno estaba devorado por la rabia y no encontró fuerzas para hablar hasta que hubo dejado a don Camilo frente a la casa parroquial.

—¡Ya le enseñaré yo a esa mocosa qué clase de sacristán soy! —dijo Veneno; y habla tanto odio en su voz, que don Camilo quedó casi aterrorizado.

A partir de aquel día, Veneno desapareció. Don Camilo oyó hablar de él mucho tiempo después por Peppone.

Es más, fue don Camilo quien preguntó a Peppone qué le había pasado a Veneno, y Peppone le contestó:

—¡Su Dios sabe lo que le ha pasado! Primero, no quiere ser soldado y habla de echarse al monte ¡Luego se presenta con un mes de anticipación y solicita alistarse como paracaidista! ¿Comprende usted? ¡Paracaidista! O sea, esos chiflados que se lanzan en paracaídas. ¿Puede usted entender a los jóvenes?

—Yo no, —contestó don Camilo—. Los jóvenes de hoy son tremendamente complicados.

—Es cosa de locos —exclamó Peppone—. Y ese insensato no se da cuenta de que hemos perdido el sueño pensando en el peligro que corre al lanzarse en paracaídas.

—El peligro más grave no es ése —murmuró don Camilo.

SAN MIGUEL TENÍA CUATRO ALAS



Es imposible una investigación acerca del comportamiento de los jóvenes de hoy. Su cinismo y su desenfado, a menudo sacrílego, hacen de los jóvenes una generación despiadada e imprevisible, No hay obstáculos que puedan detener a los jóvenes, quizá ni siquiera la muerte.

La sala seguía siendo la misma, pero don Camilo se sentía incómodo. La costumbre actúa de tal forma, que puede hacer ver hasta lo que ya no existe. Pero el subconsciente advierte el cambio. En efecto, el subconsciente se da cuenta de si se ha alterado una determinada relación de volúmenes, de salientes y huecos, de luces y de sombras.

Por cuarta vez, don Camilo miró en torno suyo y, al fin, descubrió que había desaparecido el pequeño y antiquísimo cuadro de san Juan.

Desolina dijo que no sabía nada y, tras vanas búsquedas, don Camilo dedujo que el cuadrito había sido robado, y dijo:

—¡Voy en seguida a denunciar el robo a los carabineros!

—No lo hará —observó Cat, que acababa de entrar en la sala y se estaba quitando la chaqueta de piel, brillante a causa de la larga carrera en moto que se había dado a través de la niebla.

—¿Por qué?

—Porque el cuadro está aquí —respondió Cat sacando el san Juan del bolso que traía y colgándolo de su clavo habitual—. Lo he llevado a un tipo de la ciudad. Está dispuesto a soltar quinientos de los grandes. Medio millón.

—No me interesa —respondió, brusco, don Camilo—. Me lo regaló hace veinte años mi antiguo obispo y estoy encariñado con él. —¿Por qué habría de venderlo?

—Para evitar habladurías —dijo con tranquilidad desenfado Cat—. Fíjese bien: El muy reverendo párroco accede a educar a su sobrinita y la traviesa niña le endilga un hijo natural. Dado que no puedo volver al lado de mi madre en este estado, porque le daría un patatús, pensaba irme lejos, buscar trabajo y criar al niño por mi cuenta. Mas para eso me hace falta dinero. A menos que quiera usted que me vaya a la ciudad a hacer de furcia.

—¡Yo sólo quisiera que Dios te fulminase! —gritó horrorizado don Camilo—. No me esperaba de ti una canallada tan gorda.

—Hacer un hijo no es ninguna canallada.

—Pero miserable, ¿no pensabas en lo que estabas haciéndole a tu madre? —gritó don Camilo.

—No, en aquel momento sólo pensaba en lo que Veneno me estaba haciendo a mí.

—¡Veneno! ¡Pero si no podías ni verlo!

—En efecto, no lo veía: eran las dos de la madrugada.

Aquel descaro clamaba venganza a Dios y don Camilo apretó los puños:

—Esta vez no hay quien te salve. Te romperé los huesos.

—¿Se atrevería a pegar a una mujer en tal estado? —le reprochó Cat—. ¡Bah!, pero como usted no ha sido nunca madre, no puede comprender…

Don Camilo era hombre de decisiones rápidas. Ante el descaro de la muchacha, salió corriendo y, una vez llegado al huerto, abrió el postigo de vidrio de la ventana de la sala, protegida por gruesos barrotes:

—Quédate lejos de modo que, alargando un brazo, no pueda agarrarte y destrozarte, y contesta: De manera que ha sido ese granuja el que te ha metido en el lío, ¿verdad?

Cat se había sentado junto a la lumbre de la chimenea y, encendiendo un cigarrillo, se puso a fumar tranquilamente:

—Yo no estoy metida en ningún lío, sino usted, Además, no hay granujas de por medio. Es obvio que, si yo no hubiese querido, Veneno…

—¡Veneno! —rugió don Camilo aferrándose a la reja—. Ese delincuente tendrá que soportar el peso de su responsabilidad. ¡Hace falta en seguida un matrimonio reparador!

La chica soltó una carcajada:

—Pero bueno, reverendo tío, ¿acaso estamos entre subdesarrollados que, por salvar el honor de la familia, hacen casar a los chiquillos de catorce años, los cuales, después, como conejos, siguen trayendo hijos al mundo para acampar, al fin, en la plaza o bajo los pórticos del Ayuntamiento porque, según ellos, la sociedad debe alimentarles y proporcionarles techo? ¿Es ésta la moral católica? ¿Cómo puede ser considerada sacramento un matrimonio entre dos chiquillos estúpidos? ¿Es ése el respeto por la familia? ¡Es mucho más inmoral casar a dos irresponsables, que poner en circulación a doscientas madres solteras! ¡Precisamente por el respeto que tengo a la familia y al matrimonio, nunca me casaré con un cretino desplazado como Veneno! ¡Matrimonio reparador! Para tapar un agujerito se abre una grieta. ¡Vaya una seriedad! Para conducir un asqueroso «quinientos» hay que sufrir un tremendo examen y obtener el permiso. Para casarse y llevar adelante una familia, cosa mil veces más importante, grave y peligrosa para la sociedad, basta decir simplemente «Sí» ante un cura.

Agarrado a la reja, don Camilo sufría atrozmente, destilando sudor y rabia.

—Te haré encerrar en un pensionado —dijo jadeando.

—Desde ayer soy mayor de edad, reverendo, y nadie podrá oponerse a mi voluntad.

Como no podía morder la reja y romper algún barrote de una dentellada, don Camilo gritó:

—¡Llévate el cuadro, véndelo y vete al infierno!

Cat tiró la colilla al fuego, se levantó, descolgó el cuadrito, lo metió en su bolso y se encaminó hacia la puerta.

—*Okay*, reverendo —dijo—. Si es chico, lo llamaré Camilo.

La mujer de Peppone tenía una obsesión: quería un abrigo de pieles, Pero no un abrigo de estrella de cine, desde luego, sino una cosita modesta de no más de un millón. Peppone estaba resuelto a no aflojar.

—¡Figúrate! ¡Me acusan ya de aburguesamiento y sólo falta que te compre un abrigo de pieles!

—Aquí no estamos en China ni hay guardias rojos —replicó su esposa.

—Pero estamos en un villorrio, y hay muchas malas lenguas que dirán que me he comido el dinero del pueblo y me he enriquecido a costa de él.

—¡Tonterías! La tienda es tuya y la pusiste con tu dinero y con el mío.

—¡María! ¿No comprendes que si salgo a la plaza a gritar que el pueblo sufre y luego te compro el abrigo de pieles quedaré desacreditado?

—¡Deja ya de repetir que el pueblo sufre! Porque no solo no sufre, sino que, además, va en coche. Por otra parte, el que sufre de veras seguirá sufriendo tanto si yo llevo un abrigo de pieles como de lana.

En aquel momento llamaron, y Peppone tuvo un pequeño respiro.

La mujer de Peppone fue a abrir y volvió acompañada por Cat.

—Señor alcalde —dijo Cat—, desearía una información.

—Tiene que ir al Ayuntamiento y dirigirse al secretario municipal —respondió Peppone.

—No puedo —explicó Cat—. El padre del niño no es hijo del secretario, sino del alcalde.

Peppone la miró boquiabierto:

—Señorita, ¿está usted loca?

No, según el tocólogo, espero un hijo.

—¡Vaya a esperarlo donde quiera, pero largo de aquí! —gritó fuera de sí la mujer de Peppone.

—Muy bien —respondió con tranquilidad Cat—. Ya que mi tío me ha echado, y el padre de la criatura —quiero decir, Veneno— es militar, iré esperar el hijo sentada en la escalinata del municipio.

—¡No nos consta que mi hijo Michele tuviese relaciones con usted! —dijo, perentorio, Peppone.

A mí sí me consta —se burló Cat—. Y dentro da algunos meses me constará aún más.

La mujer de Peppone estaba furiosa:

—Son cosas que debe tratar con mi hijo —gritó—. Nosotros no tenemos nada que ver. ¡Largo de aquí!

—Un momento, María —intervino Peppone—. ¡Esta chica está chiflada y es muy capaz de armar un escándalo!

—Lo mismo que ha dicho mi reverendo tío, quien, con tal de desembarazarse de mí, me ha soltado medio millón.

—¡Ah, la muy zorra! —estalló la mujer de Peppone—. Entonces lo que quieres es aprovecharte de la delicada situación de mi marido para hacernos un chantaje. ¡Te propones que se case contigo a la fuerza!

—¿Matrimonio? —rió Cat—. ¿Usted creo que una chica guapa y en forma como yo puede perderse con un gamberrete cretino como su hijo?

Peppone agarró al vuelo a su mujer, que se había disparado contra Cat para despedazarla, y dirigiéndose a Cat, dijo:

—Señorita, si no se trata de matrimonio, ¿quiere explicarme qué es lo que quiere?

—Quisiera irme de aquí. Encontrar un par de habitaciones y, una vez nacido mi hijo, criármelo por mi cuenta. No tengo la menor intención de formar una familia desgraciada casándome con un desplazado como su hijo. Yo tengo mi dignidad y mis principios morales.

—¿La oyes? —vociferó la mujer de Peppone—. ¡Se atreve a hablar de dignidad y de moral después de lo que ha hecho!

Cat se sentó y encendió un cigarrillo.

—Cierto, señora —respondió sonriendo—. Yo he hecho con su hijo exactamente lo que usted hizo con su marido. A menos que su primer hijo sea un fenómeno nacido a los cuatro meses. ¡Con la diferencia de que yo no me humillo sollozando y gritando que si no me caso me tiro bajo el tren!

—¡Yo nunca amenacé con tirarme bajo el tren! —protestó la esposa.

—Es verdad —reconoció Peppone—. Amenazaba con tirarse al Po. Muchacha, ¿quiere decir qué pretende de nosotros?

—No pretendo nada: pido un trabajo honrado.

—¿Trabajo? ¡No tengo ninguna clase de trabajo que darle!

—Señor alcalde. El dinero de mi reverendo tío me ha servido para comprar una magnífica «rubia» de ocasión y para alquilar y amueblar dos cuartitos en la Rochetta. Iré por ahí vendiendo su mercancía y usted me dará una comisión por cada género vendido.

—¿Por qué no va directamente a las casas de comercio? —farfulló Peppone.

—Lo he intentado, pero en todas partes, quieren de mi cierto tipo de prestaciones personales que no pretendo dar. Desde luego, oficialmente no venderé para usted, sino, por el contrario, para hacerle la competencia.

La perfidia de la chica no tenía límites. Desde el zaguán había oído la discusión entre Peppone y su mujer y se aprovechó de ello.

—No se asombre señor alcalde. Conozco a la gente. Y la gente, más que de su propia suerte, se alegra de las desgracias ajenas. El campesino está satisfecho cuando su cosecha es buena, pero aún lo está más cuando la cosecha del vecino está mal. En la iglesia pasa lo mismo: muchas personas se comportan santamente no por el placer de ir al Paraíso, sino por el gusto de saber que los demás irán al infierno. Y lo mismo ocurre en política. Sus proletarios indigentes luchan no por mejorar su condición, sino para empeorar la de los pudientes. ¿Por qué, señor alcalde, ya que no podemos contar con la bondad y la inteligencia de nuestro prójimo, no explotarnos su maldad y su estupidez? ¿Porqué, en vez de mandar por ahí a una esposa vestida como un ama de casa rural, no le compra un abrigo de pieles y un brillante bien gordo? Muchas personas lo odiarán por ello, y, con tal de fastidiarle, me comprarán a mí. Y todos haremos estupendos negocios.

—Yo diría que puede probarse —aconsejó la mujer de Peppone—. Esta condenada sabe tanto como el demonio.

Afirmación, desde luego, errónea, porque Cat sabía por lo menos, dos veces más que el demonio.

Cat, más guapa, pérfida y fulgurante que nunca, inundó la comarca de lavadoras, lavaplatos, neveras, televisores, transistores y artículos por el estilo.

La gente, que ignoraba la colosal actividad de la trastienda, disfrutaba de lo lindo al ver que cada vez escaseaba más la clientela en el establecimiento de Peppone. Y cuando veía a la señora María con el abrigo de pieles y el brillante, se reía a carcajadas saboreando de antemano el goce del momento en que la pobrecita tuviera que vender el abrigo y el diamante para tapar algún agujero del negocio.

Cuatro meses después, Cat había conseguido un giro formidable y todo seguía magníficamente cuando, de improviso, llegó Veneno con un breve permiso.

Su regreso fue teatral, como gusta allí, en el país del melodrama: Peppone estaba, hablando, desde la tribuna de la plaza, del Vietnam y de las atrocidades del militarismo americano. Lanzado en plena euforia, lograba decir «instrumentalización» con «zetas» que parecían cinceladas por Bodoni cuando, de repente, vio algo que lo dejó boquiabierto. Allí, en primera fila, estaba Veneno vestido de paracaidista. Daba la impresión de medir dos metros y medio, y a Peppone le pareció que sólo le faltaban dos alas en la espalda y una espada en la mano para ser el arcángel san Miguel.

Ya le importaba un comino lo del Vietnam y lo de América, por lo cual abrevió: «Y por eso cerramos nuestras palabras con el grito fatídico de ¡Viva la libertad, viva la paz!».

La mujer de Peppone, cuando tuvo ante si a Veneno, no mostró ninguna de las reservas del marido. Decidió que Veneno tenía, en efecto, alas en la espalda y una espada en la diestra. Vio también sobre la cabeza de su hijo la aureola dorada. Y, naturalmente, se deshizo en lágrimas y dijo la única cosa que no hubiese debido decir:

—Y ahora, Michele, ¿qué haremos con esa pobre Cat? Si supieses lo buena que es y como trabaja…

Veneno respondió que no sabía nada, y la madre le explicó que la chica esperaba un hijo y que él no podía dejar su sangre desparramada por el mundo.

Veneno salto a la moto y partió resuelto hacia la Rochetta.

Encontró a la pobre muchacha en la carretera. Una ligera neblina daba al ambiente una atmósfera de fábula.

Cat conducía su «rubia» cargada de electrodomésticos, y Veneno le cerró el paso.

Cat se puso pálida y se agarró desesperadamente al volante. La pobre chica creyó perder el aliento. No es normal encontrarse en una solitaria carretera, en medio del campo, a san Miguel en persona con dobles alas, doble aureola y una gran espada flamígero en el puño.

—¿Estás con permiso? —balbuceó Cat.

—Sí. Me han dicho que esperas un hijo de mí.

—También he oído decirlo yo —admitió Cat—. Pero no es cierto. No espero ningún hijo.

—Es mejor así —dijo san Miguel blandiendo la flamígera espada—. No comprendo por qué dijiste a tu tío y a los míos una cosa semejante, cuando entre tú y yo nunca hubo nada de nada.

Cat se dio cuenta de que las alas de san Miguel eran sólo dos y que la espada no flameaba, ni mucho menos. Reducida la visión a proporciones reales, la chica se encontró a sí misma.

—También yo tengo derecho a un lugar bajo el sol, ¿no? —respondió.

—¡No tenía más remedio que pensar en algo! ¿Cómo podía convencer si no a mi tío para que soltase dinero y a tu padre para que me diera trabajo? ¿O crees tener derecho a vivir sólo tú?

—No —balbuceó Veneno—. He querido decir: ¿por qué precisamente yo…?

—¡Porque sí! —gritó Cat, que ahora tenía también una espada flamígera y parecía Juana de Arco—. ¿Quién eres tú? ¿Acaso no eres un rebelde como yo? ¿Uno que protesta contra este asqueroso y podrido mundo? Aunque pertenezcamos a dos clanes diferentes, ¿acaso no somos iguales? Contesta, gran Veneno, gran rebelde: ¿te gusta el mundo repugnante que los viejos han construido y quisieran endilgarnos? Contesta: ¿merecen alguna consideración esos viejos hipócritas y sucios? ¿O es que en el cuartel, además del pelo te han rapado también tu espíritu revolucionario?

—¡No!

—Entonces, ¿por qué no valernos de esos viejos cretinos y embusteros para construirnos un mundo que sea de nuestro agrado? Los cobardes, los hipócritas, ¿tienen horror por el escándalo? ¡Pues bien! Yo los he aterrorizado amenazándoles con armar un escándalo. Como pretexto me has servido tú: Te he usado porque te creía uno de los nuestros. ¿No lo eres? ¿No te va? ¿Quieres ir a tu casa y explicar que no es verdad, que no tienes nada que ver, que eres un buen chico, mientras que yo soy una furcia? ¡Pues bien, ve!

—No —replicó Veneno—. No he cambiado y conozco los deberes de la solidaridad. De todos modos no estaría mal…

—¿El qué?

—Pues que si has dicho que esperas un hijo de mí, podríamos hacerlo. La protesta sería así más concreta…

—Soy enemiga de los extremismos —explicó Cat—. Además, tú no eres mi tipo.

—¿Cuál es entonces tu tipo? —se rebeló Veneno—. ¿Ese piojoso de Ringo? Le voy a partir la cara.

—No. Gracias a él he vendido una nevera a su tía, un lavaplatos a su hermana y una lavadora a su cuñado… Además, no he dicho nunca que Ringo fuese mi tipo.

Veneno meneó la cabeza:

—No comprendo por qué no soy tu tipo.

—¿Ya te tiras en paracaídas?

—Soy uno de los primeros de mi curso. Dicen que soy valiente.

—¿Como yo?

—Tú no eras valiente, tú estás loca. También se me da bien el judo, y estoy aprendiendo kárate.

—Ya es un buen paso adelante —reconoció Cat.

—A propósito del hijo —insistió Veneno—, cuando vean que no pasa nada, ¿cómo te las vas a arreglar?

—Tengo ya mi circuito, mi clientela. Sin embargo, por el momento, tú deberías seguir el juego.

—Desde luego. Veneno es joven y no traiciona a los jóvenes.

—¿Estarás mucho aquí?

—Mañana por la mañana me voy. Si quieres, te doy mis señas. Podrían servirte.

—Será muy difícil. De todos modos, dámelas. Yo te daré también mi tarjeta.

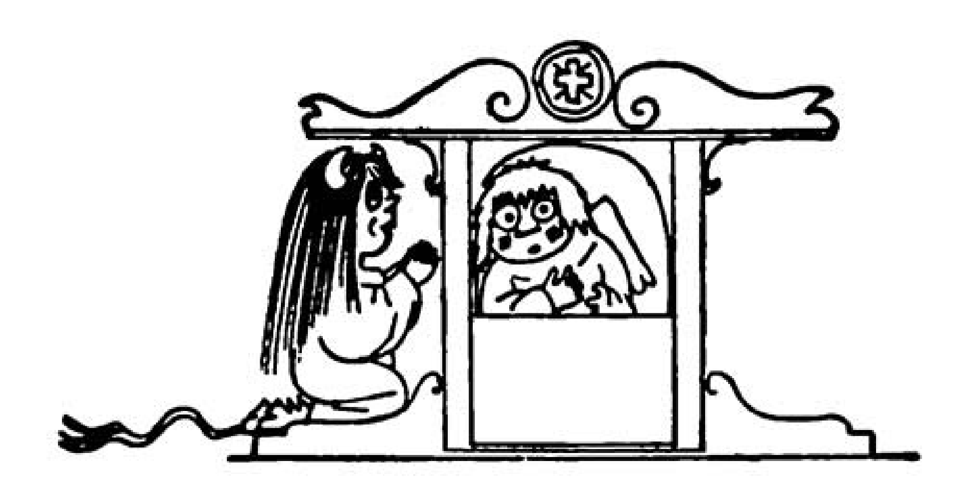
—Bueno. A lo mejor necesito una nevera en el cuartel.

Una vez tuvo en sus manos la tarjeta de la empresa Cat, san Miguel se arrancó una blanca pluma del ala, escribió en ella su dirección se la entregó a Cat. Luego se fue sin despedirse. Los jóvenes de hoy son así: duros. Más aún, coriáceos.

—Al verlo desaparecer en la neblina, Cat comprobó que las alas no eran dos, sino cuatro.

«Ya sabía yo que no me había equivocado», murmuró para sus adentros, mientras ponía primera sin pisar el embrague.

ESTÁ DE MODA EL AULLIDO DE LA OVEJA



Novísima hipocresía. Mientras en otro tiempo el malo procuraba parecer bueno, hoy el bueno se esfuerza a menudo en aparentar que es malo. Y —oveja— aúlla como lobo, mientras los lobos auténticos —que, sin embargo, van disfrazados de ovejitas— balan.

Don Camilo estaba asando castañas en la chimenea del comedor, cuando una voz le hizo estremecer:

—¡Buenos días, reverendo tío!

—Habíamos convenido en que no volverías nunca más aquí —respondió don Camilo sin volverse.

—En cierto sentido, sí —explicó Cat—. Pero cuando me he enterado de que me necesitaba, he superado el disgusto que me causa este encuentro y he venido.

—¿Necesidad de ti yo? —gritó don Camilo.

—No de mi personalmente sino de una buena nevera de doscientos litros con congelador.

Don Camilo apartó la sartén del fuego, se puso en pie de un salto y se plantó ante la terrible muchacha.

—¡Vete al infierno tú y tus neveras! —gritó amenazador.

—¡Ojalá! —rió la perversa—. Allí haría magnífico negocios.

Se sacó del bolso un catálogo ilustrado y lo desplegó sobre la mesa:

—Esta es la nevera que le conviene a usted. Doce plazos. Ni siquiera se dará usted cuenta de que la paga.

—¿Para qué quiero yo una nevera? —rugió don Camilo.

—En primer lugar, hará un buen negocio porque puedo dársela con un gran descuento. En segundo lugar porque, al comprármela a mí, fastidia usted a Peppone. Y en tercer lugar, porque podrá regalármela cuando me case.

Dan Camilo se quedó boquiabierto.

—¡Ah! Conque te casas, ¿eh? —exclamó.

—Pues supongo que me habré de casar un día u otro. ¿O cree usted que pertenezco a esas que no saben pescar un marido con tanto cretino como hay por ahí suelto?

La desilusión reavivó la ira de don Camilo.

—¡Entonces no queda esperanza de evitar el escándalo! —gritó.

—Ah, ¿para usted no sería ningún escándalo que una chica trajese al mundo un hijo sólo después de dos o tres meses de matrimonio? ¿Es ésa la moral que le enseñaron en el seminario?

—¿Ya estamos otra vez? —estalló don Camilo dando un puñetazo en la mesa.

—No, si le van bien doce plazos de ocho mil al mes.

La desfachatez de la chica era infinita, y don Camilo perdió la calma:

—¡Desvergonzada! Me robaste mi san Juan, ¿y ahora quieres robarme también ocho mil liras al mes?

—¿Qué sacrificios no haría un tío que no fuese cura por su sobrinita huérfana y gestante? —gimió la impune.

Cat seguía siendo guapísima, cínica y burlona; pero un asomo de tristeza velaba sus ojos. Además, había engordado y se veía algo torpe.

—Basta una firma suya aquí, en este contratito —explicó Cat. Se lo dejaré. Píenselo.

—Está bien, lo pensaré —refunfuñó don Camilo.

—Bueno —dijo Cat—. Ahora pasemos a la tienda.

—¿Qué tienda?

—La suya. Quiero confesarme.

—¿Y he de confesarte yo? —chilló, horrorizado, don Camilo—. ¿Yo?

—Claro —replicó sosegadamente Cat mondando una castaña—. Si la Magdalena fue oída por Cristo, ¿por qué un mísero párroco rural no habría de

oírme a mí? ¿Acaso es usted más importante que Jesucristo?

—¡No! —gritó don Camilo—. Pero soy el hermano de tu madre y no sé qué hacer con una sobrina como tú.

—El parentesco no tiene nada que ver con esto. Estoy aquí como pecadora y quiero confesarme al párroco.

—¡Vete a otro párroco a vaciar tu pozo negro!

—No, reverendo tío. Usted está enterado de todo, y así la cosa resulta más fácil.

—¡No! No podría tener la serenidad necesaria contigo. No podría despojarme de mi justo resentimiento. No podría juzgarte con la debida imparcialidad.

—Me río yo de su juicio, reverendo. Usted no es el Todopoderoso. Usted escuche, informe al Todopoderoso, y luego, Él decidirá. Comprendo: le escuece lo del cuadro de san Juan. El cura siente un sagrado desprecio por el dinero de los demás, se entiende: pero, ¡ay si el dinero es suyo!

—No me importa nada el cuadro. Te hubiese dado cuanto poseo con tal de que desaparecieses de mi vista. ¡Me indigna tu comportamiento inmoral!

—Trabajar honradamente no es inmoral —replicó Cat—. ¡Y mi trabajo es honrado, porque lo hago a la luz del día!

—Al decir inmoralidad me refiero al trabajo qué hiciste no a la luz del día, sino a oscuras, y que, dentro de muy poco, pondrá en circulación a una infeliz criatura sin padre. Además, desprecio tu maldad. He comprendido tu pérfido juego: por vengarte del hombre que te ha metido en ese berenjenal, tratas de hacer daño a sus padres robándoles la clientela.

La chica se echó a reír:

—Yo no robo nada: sé vender mejor y vendo más que ellos. Ellos esperan que los mirlos caigan en sus redes, mientras que yo voy a cazarlos en sus nidos. Es lo mismo que con ustedes. Permanecen arrellanados en su sillón como los recaudadores de impuestos, esperando que lleguen las ovejas. Lo malo es que en la recaudación de impuestos, las ovejitas tienen que acudir para hacerse trasquilar: de lo contrario, les embargan la cama y las meten en la cárcel. Pero ninguna ley las obliga a venir aquí. Reverendo tío: si quiere usted conquistar clientes, tiene que hacer como yo: irlos a buscar. Los curas nuevos como don Quiquí lo han comprendido así y van a las tabernas, a los lugares de diversión, a las fábricas a trabajar como obreros. Así aprenden a beber, a jugar al mus, a soltar tacos, a bailar el *shake*, a odiar a los pudientes. Luego, a veces, se casan y evitan convertirse en burócratas, que es en lo que se han convertido ustedes, los viejos párrocos.

—¡Si has venido aquí para hacer discursos sacrílegos —rugió don Camilo—, puedes irte!

—He venido para confesarme y si se niega usted a confesarme, iré a protestar al secretario del obispo.

—Está bien —se rindió don Camilo encaminándose, a grandes zancadas, hacia la iglesia.

Cat se arrodilló en el confesionario:

—Padre, perdóneme porque he pecado —dijo la muy pérfida—. Antes de confesarle los otros pecados, le diré el que mayormente pesa en mi corazón, porque lo cometí con malicia.

—Habla, hija mía, te escucho.

—Abusé de la ingenuidad de un viejo párroco rural y le hice creer que esperaba un hijo, con objeto de obligarle a darme dinero que me hacía falta para montar mi pequeño negocio. Además, esta mañana me até una sábana bien enrollada al talle para llamarlo a engaño e intentar colocarle una nevera. Después le conté todo aprovechándome, irreverentemente, del secreto de la confesión para impedirle que me castigase.

—Hija mía —respondió con tremendo esfuerzo don Camilo—, idéntica treta me jugó hace un año un individuo que, de noche, me apaleó. Yo respeté el secreto de la confesión, pero luego le di una patada en el trasero.

—*Errare humanun est, diabolicum perseverare* —lo amonestó Cat—. Dios no lo perdonaría esta vez.

—Hija mía, espero, con ayuda del Señor, poder despojarme de toda animosidad. ¿Quieres decir entonces que entre tú y ese joven no hubo relaciones pecaminosas?

—Ni con él ni con nadie —afirmó Cat—. Me da vergüenza decirlo, pero así es.

—¿Quieres decir, pues, que, pese a las apariencias, tienes sólidos principios morales?

—¡No! Me río yo de su moral. Digo que aún no he dado con mi tipo.

—Hija mía, andas por el camino del pecado. El pecado no está sólo en los actos, sino también en las palabras, en los pensamientos y en las omisiones. Es pecado escandalizar como has hecho tú. No basta que una muchacha no cometa materialmente pecado. Le está prohibido comportarse como pecadora.

En tu caso particular, cometiste un grave pecado, que no fue el haber engañado a tu viejo tío sacerdote, sino el haber inculpado de una grave falta a o inocente joven. ¿Qué dirá es, chico cuando sepa que lo acusaste falsamente?

—Ya lo sabe —afirmó Cat—. Hemos hablado de eso.

—¿Y qué te ha dicho?

—¿Qué podía decirme el pobre cretino? Que para él está bien así.

—Hija mía ¿te parece bonito lo que proyectas hacer en perjuicio de ese pobre chico?

—Pero si no me propongo hacer nada contra él… —protestó Cat.

—Quieres casarte con él, hija mía, está bien claro. ¿Crees sinceramente que sus errores son tales como para merecer un castigo tan grave?

—Yo no quiero casarme con él para castigarle, sino porque me gusta —dijo Cat.

—Pues si no quieres castigarle, ¿por qué causas tanto daño a su padre arruinando su negocio?

—Yo trabajo para Peppone —contestó Cat—. Le hago la competencia, pero toda la mercancía que vendo me la facilita él.

Don Camilo pidió ayuda mentalmente a Cristo: «Señor, ayúdame: es la primera vez que confieso al demonio en persona. ¿Qué puedo hacer?».

«Don Camilo —respondió la voz de Cristo—, es necesario saber si la chica está arrepentida o no. Todo depende de eso».

—Hija mía —preguntó don Camilo a Cat—; ¿estás arrepentida de lo que has hecho?

—Ni soñarlo —dijo la rebelde—. ¡Nunca me arrepiento cuando obro bien!

«¿Señor, has oído? ¡No hay arrepentimiento!».

«Es exactamente lo que esperaba oír de ella», respondió Cristo.

—*Ego te absolvo* —gimió don Camilo—. Como penitencia, irás a la capillita de al lado y rezarás ante la sagrada imagen de la Virgen tres padrenuestros, avemarías y glorias. ¡Date prisa, hija mía…! ¡Ten compasión de un pobre viejo párroco que se siente impulsado por el deseo de llenarte la cara de bofetones!

La voz de don Camilo revelaba la dura lucha que sostenía en su interior, y Cat comprendió y salió corriendo como una corza.

Poco después se oyó el motor de la «rubia» de la chica y don Camilo salió del confesionario y fue a desahogar su tristeza en el Cristo del altar mayor.

«Señor, si esos jóvenes que se toman a broma las cosas más sagradas son la nueva generación ¿qué será de tu Iglesia?».

«Don Camilo —respondió Cristo con voz afable—, no te dejes sugestionar por el cine y los periódicos. No es verdad que Dios tenga necesidad de los hombres: son les hombres quienes tienen necesidad de Dios. La luz existe también en un mundo de ciegos, Se ha dicho: “Tienen ojos y no ven”. La luz no se apaga si los ojos no la ven».

«Señor, ¿por qué se porta así esa chica? ¿Por qué, para obtener una cosa que podría conseguir fácilmente sólo con pedirla, ha de acudir a la extorsión, al robo?».

«Porque, como muchos jóvenes, está dominada por el miedo a ser juzgada como una chica honrada. Es la nueva hipocresía: antes, los deshonestos procuraban desesperadamente ser considerados honestos. Hoy, los honestos procuran desesperadamente ser considerados deshonestos».

Don Camilo abrió los brazos.

«Señor, ¿qué es ese viento de locura? ¿Será acaso que el círculo está a punto de cerrare y que el mundo corre hacia su rápida autodestrucción?».

«Don Camilo, ¿por qué tanto pesimismo? ¿Habría resultado inútil entonces mi sacrificio? Mi misión entre los hombres, ¿habría, pues, fracasado, porque la maldad humana es más fuerte que la bondad divina?».

«No, Señor. Sólo quiero decir que hoy la gente cree sólo en lo que ve y toca. Pero hay cosas esenciales que no se ven ni se tocan: amor, bondad, piedad, honestidad, pudor, esperanza. Y fe. Cosas sin las cuales no se puede vivir. Ésa es la autodestrucción a que me refiero. Me parece que el hombre está destruyendo todo su patrimonio espiritual. La única riqueza verdadera que había acumulado en miles de siglos. Un día no lejano se encontrará como el salvaje de las cavernas. Las cavernas serán altos rascacielos llenos de maravillosas máquinas, pero el espíritu del hombre será el del salvaje de las cavernas. Señor, la gente está asustada por las armas terroríficas que desintegran a hombres y cosas. Pero creo que sólo ellas podrán devolver al hombre su riqueza. Porque destruirán todo, y el hombre, liberado de la esclavitud de los bienes terrenales, buscará de nuevo a Dios. Y lo encontrará y reconstruirá el patrimonio espiritual, que hoy está acabando de destruir. Señor, si eso es lo que ha de ocurrir, ¿qué podemos hacer nosotros?».

Cristo sonrió:

«Lo que hace el labrador cuando el río arrasa las márgenes e invade los campos: hay que salvar la semilla. Cuando el río haya vuelto a su cauce, la tierra volverá a emerger y el sol la secará. Si el labrador ha salvado la semilla, podrá arrojarla en la tierra, que el limo del río habrá hecho aún más fértil, y la semilla fructificará, y las espigas turgentes y doradas darán a los hombres

pan, vida y esperanza. Hay que salvar la semilla: la fe. Don Camilo, es preciso ayudar a quienes aún tienen fe y mantenerla intacta. El desierto espiritual se extiende cada día más, cada día se secan nuevas alma, al ser abandonadas por la fe. Cada día es mayor el número de hombres de muchas palabras y de ninguna fe que destruyen el patrimonio espiritual y la fe de los otros. Hombres de toda clase, de toda extracción, de toda cultura».

«Señor —preguntó don Camilo—, ¿acaso quieres decir que el demonio se ha vuelto tan astuto que a veces logra vestirse de sacerdote?».

«¡Don Camilo! —le reprendió Cristo sonriendo—. ¿Apenas he salido de las dificultades de Concilio y ya quieras meterme en nuevos problemas?».

«Señor, perdóname —se excusó don Camilo—. Tengo la cabeza vacía. ¿Qué podría hacer?».

«Pues firmar el contrato de la nevera».

«Señor, ¿también Tú te ocupas en electrodomésticos?».

«Yo no, pero sí esa pobre chica».

Don Camilo volvió al comedor con la mente confusa. No podía aún creer que Cristo hubiese llamado a Cat «pobre chica». De todos modos, firmó el contrato y le costó hacerlo, porque, ya fuese por el humo de la chimenea, ya por el gas de azufre que había dejado Cat, lo cierta es que los ojos le lagrimeaban.

RECUERDO DE UN NOVIEMBRE LEJANO



Don Quiquí, hundido, logra recuperarse. Curado de su dolencia, ha construido una carretera y ha destruido una parroquia y ahora ocupa de nuevo su puesto junto a don Camilo. Pero el demonio prueba otra vez con la precisa intención de venderle una nevera.

Un buen día, don Quiquí desapareció, y don Camilo informó a la curia del hecho; pero le contestaron que ya lo sabían y que no se preocupase.

Y don Camilo no se preocupó. En todo caso, podía preocuparle la presencia del curita, no su ausencia. Por tanto, no pensó más en él. Pero cuatro meses más tarde se encontró con un cura rural de montaña, ex compañero de seminario y supo por él que a don Quiquí se le había confiado, inmediatamente después de su desaparición, la pequeña parroquia de Rughino, o sea, aquella para la que había sido nombrado don Camilo como castigo.

—Es un joven muy dinámico —le explicó el cura de la sierra—. Ya sabes que Rughino es una aldea despoblada, porque todos los hombres y mujeres útiles se han marchado a trabajar al extranjero y han dejado en el pueblo sólo a los viejos y las viejas para cuidar de los niños las casas. Está sólo a tres kilómetros de Lagarello, mi pueblo, pero hasta hace pocas semanas, para ir de Rughino a Lagarello había que recorrer más de nueve kilómetros, porque no había una carretera directa y un puentecito. Tal situación era ya crónica. Pues bien, aquellos viejos, ayudados por las viejas y los chicos mayorcitos, se pusieron a trabajar como condenados y ahora tienen, al fin, su carretera, gracias a tu don Quiquí, quien lanzó la iniciativa, estudió y organizó los trabajos e incluso arrimó el hombro con pico y pala.

—Me alegro —dijo don Camilo—. Debe de ser una gran satisfacción para don Quiquí.

—Sí y no —respondió, riendo, el cura montañés—. Porque ahora que tiene la carretera, la gente de Rughino, por no aguantar los sermones sociales de don Quiquí, recorre —entre ida y vuelta, seis kilómetros para oír la misa en mi iglesia. Me parece que, si saben aprovecharlo bien, don Quiquí es capaz de disponer toda la red viaria de la montaña.

Era, sin duda, una buena idea, pero los de la curia no la tuvieron en cuenta, y así, algún tiempo después, don Camilo fue llamado a capitulo por el obispo en persona.

—Nuestro don Francesco —explicó el obispo— está completamente curado. Tuvo una crisis espiritual y lo mandamos a que se curase a Rughino, donde el magnífico muchacho ha hecho grandes cosas, e incluso logró convencer a sus feligreses de que construyesen una carretera, con la que soñaban hacia siglos. La inauguramos junto con las autoridades civiles, y el señor gobernador dedicó entusiásticos elogios a don Francesco.

—¡Me alegro! —exclamó don Camilo—. Es un magnífico éxito.

—Un éxito doble —precisó el obispo—. En efecto, gracias al enlace de Rughino con Lagarello, nos ha sido posible eliminar una parroquia inútil como la de Rughino. Por tanto, don Francesco, una vez cumplida su misión, está disponible de nuevo y puede volver a ayudarle, don Camilo.

—La verdad es que nosotros —aventuró respetuosamente don Camilo— no tenemos problemas de carreteras…

—Don Camilo —le interrumpió el obispo—, su larga experiencia, unida al juvenil entusiasmo de don Francesco, darán nuevo impulso a su parroquia. Y a este respecto quisiéramos aconsejarle que buscara un alojamiento más

adecuado para su joven sobrina, que permítame decírselo, no me parece el tipo de chica más a propósito para frecuentar las casas parroquiales.

—La jovencita —explicó don Camilo, que empezaba a sudar— siempre ha sido huésped de la familia del campanero. Además, hace ya varios meses que se estableció en otra parte del municipio.

—Ya se nos ha informado de ello —replicó el obispo—. Nosotros queríamos sencillamente aconsejarle que la tuviese lo más lejos posible de su casa parroquial. Y por razones obvias. ¿Me comprende?

—No, Ilustrísima, —respondió don Camilo.

—Don Camilo —se impacientó el joven obispo—, aparte otras cosas, la particular postura política de la muchacha hace por lo menos inoportuna su presencia en una casa parroquial.

—Comprendo, Ilustrísima —dijo don Camilo con gran trabajo—, pero la muchacha no es responsable de que su padre fuese asesinado por los comunistas.

—No. Pero nuestro deber no es el mantener vivo el odio, sino apagarlo. La presencia de esa muchacha es un obstáculo al relajamiento, constituye el vivo testimonio de un pasado, que debe olvidarse. Además, no puede decirse que la chica sea el tipo ideal para engrosar las filas de las Hijas de María.

—En efecto —admitió don Camilo—, pero es una chica moderna, exuberante, más honesta.

—¡Honesta! —exclamó el obispo moviendo la cabeza—. También el fuego es honesto, pero no conviene ponerlo cerca de la gasolina.

Don Quiquí apareció pocos días después y sorprendió a don Camilo ocupado en una obra importante. En efecto, trabajaba en un cartel que se fijaría en la puerta de la iglesia, y ya había puesto con imprentilla MISA EN SUFRAGIO DE LAS ALMAS… El pincel se resistía a ser guiado por aquellas manazas y don Quiquí se brindó:

—¿Puedo ayudarle, reverendo?

—Gracias —respondió don Camilo continuando su labor—; he sabido por su Ilustrísima que está usted convaleciente de una grave enfermedad y no quisiera que se fatigase.

—¡No se preocupe! —exclamó, riendo, don Quiquí, mientras quitaba a don Camilo el pincel y se ponía al trabajo—. ¡Mi enfermedad es cosa ya

lejana!

Por el contrario, estaba muy cerca y entró precisamente en aquel momento:

—¡Buenos días, reverendo tío!

Al oír la voz de Cat, don Quiquí se puso pálido y pegó un brinco.

—¡Oh, don Francesco…! —exclamó Cat con voz diabólicamente angelical—. ¡Por fin ha vuelto! ¡Si supiese cómo le necesitamos aquí!

—¡Eso está por ver! —exclamó, sombrío, don Camilo—. ¡De todos modos, aquí nadie te necesita a ti! ¡Puedes irte!

—He traído la nevera —dijo Cat con voz llorosa.

—¡No necesito neveras! —gritó don Camilo—. Te la pagaré, desde luego pero llévatela a casa guárdala para meter en ella al merluzo que se case contigo.

—¡Tío! —protestó Cat sonrojándose adorablemente—. No pienso en absoluto casarme. Es más, he decidido meterme a monja.

—¡Está loca! —chilló don Camilo.

—¿Hay que estar loco —preguntó la chica— para sentir la necesidad de rezar por la salvación de una Humanidad que ha perdido el temor de Dios?

La desfachatez de Cat hizo perder la calma a don Camilo.

—¡Eso no me interesa! —gritó—. Vete y no me busques más líos. ¡El obispo no quiere que frecuentes esta casa!

—¿Y por qué?

—¡Porque no le gustas!

—Su Ilustrísima no me conoce —dijo Cat con angelical sonrisa—, pero si el buen Dios, y a Él le gustaré. Reverendo tío, ¿por qué quiere usted apagar en mí la santa llama de la fe y de la renuncia?

Don Quiquí, que entretanto había seguido trabajando con su pincelito, dijo:

—Reverendo: Ya he escrito «Misa en sufragio de las almas…». ¿Qué debo poner a continuación?

—«Misa en sufragio de las almas de los muertos de Hungría» —farfulló don Camilo—. Dentro de tres días se cumplen diez años de la represión soviética de los movimientos húngaros.

Don Quiquí dejó el pincel y meneó la cabeza.

—Don Camilo —dijo con voz que traducía la indignación suscitada en él por el bárbaro trato de que don Camilo había hecho objeto a la pequeña y frágil Cat—, usted ha perdido el contacto con el mundo. ¿No ha visto que

toda la Prensa, diarios y revistas, aun recordando las trágicas jornadas de Budapest, ha destacado no la represión, sino la Hungría renacida?

—¡Me río yo de su Hungría renacida! —gritó don Camilo. No han renacido los pobrecitos triturados bajo los tanques soviéticos. ¡Y tampoco los jóvenes encerrados en cárceles hasta que cumplidos los dieciocho años, fueran entregados al verdugo, que los ahorcó «legalmente»!

—Don Camilo —dijo con voz firme don Quiquí—, todo eso pertenece al pasado. De los muertos se encarga Dios. Nosotros debemos ocuparnos de los vivos, porque el diálogo sólo puede establecerse con los vivos. ¿Por qué reavivar el odio? ¿Por qué envenenar el alma de los jóvenes, que ni siquiera saben lo ocurrido hace diez años en Budapest? La Iglesia es amor, no odio. La Iglesia dice: «Amarás a tu enemigo».

Don Camilo se exasperó.

—Hace casi dos mil años que fue crucificado Jesús —dijo—, y todavía hoy, la Iglesia lo representa clavado en la cruz. No para hacer odiar a los enemigos de Cristo, sino para recordar el amor y el sacrificio de Jesús.

Cat intervino:

—Reverendo tío. Usted ve, sin embargo, que la nueva liturgia tiende a excluir cada vez más en las iglesias las representaciones de Cristo martirizado, y el arte Sacro va atenuando paulatinamente, el crudo verismo de la crucifixión. El concepto de don Francesco es exacto: Jesús padeció como hombre, y como hombre murió por amor de los hombres. De todos los hombres, sobre todo de quienes lo crucificaron, y a los cuales perdonó cuando agonizaba en la cruz, Al seguir representando el martirio de Cristo con el crudo realismo de un museo de figuras de cera, se ha conseguido sólo mantener vivo el odio hacia quienes lo crucificaron. Reverendo tío, ¿no significa nada para usted el hecho que los Padres conciliares hayan exonerado de toda culpa a los pobres judíos, acusados de deicidio durante diecinueve siglos? Por otra parte, y volviendo a nuestra conversación, ¿por qué recordar a los muertos de Hungría y no a los de la noche de San Bartolomé o a los del Terror?

—¡Porque sus verdugos han muerto! —chilló don Camilo—. ¡No mantienen un régimen que amenaza hoy la libertad del mundo entero! ¡Porque aún tienen detenido esos verdugos al cardenal Mindszenty, que representa a la Iglesia oprimida, la Iglesia del silencio!

Don Quiquí sonrió:

—La Iglesia del silencio no existe, porque Dios está en todas partes y habla con todos los que quieren escucharle.

—Entonces —preguntó don Camilo, que chorreaba sudor—, ¿de qué sirve la Iglesia? ¿Por qué el Hijo de Dios hubo de descender a la Tierra y sufrir y morir como hombre? De todos modos, escriba usted lo que le he dicho. ¡Del resto me encargo yo!

Don Quiquí se echó a reír al ver a aquel enorme cura rezumando sudor y rabia por todos los poros de su cuerpo:

—Don Camilo, veo que tiene otro cartel preparado. Sospecho que querrá usted anunciar también una misa solemne para el cuatro de noviembre.

—¡Exacto! ¡No pretenderá que olvide el día de la Victoria!

—¡Victoria! —exclamó don Quiquí con amargo disgusto—. Una fecha nefasta que se ha de borrar. No hay victorias en las guerras, pues en ella, todos pierden y sólo gana el mal. En todo caso, no es una victoria digna de ser recordada.

—¡Yo quiero recordar a los muertos de aquella guerra! —insistió don Camilo.

—La historia de siempre. ¡Los muertos de siempre! —exclamó con sarcasmo don Quiquí—. De ese modo, la Iglesia parece un sepulturero que se pasa el tiempo en le cementerio de la Historia desenterrando huesos calcinados y exponiéndolos en un escaparate. Reverendo, ¿qué es esa su religión cadavérica con sus lúgubres *slogans*? «Hemos nacido para sufrir», «Recuerda que debes morir». ¡No! ¡Recuerda que debes vivir! Éste es el sentido de la revelación de Jesús, el sentido de la Resurrección.

Cat admiraba a don Quiquí con ojos extáticos.

—Don Francesco —dijo Cat con voz conmovida— ésa es una observación muy profunda. He aquí el porqué los jóvenes se alejan de la Iglesia. Porque la Iglesia sólo habla de muerte, porque sólo enseña a morir y no a vivir. Porque niega al hombre todo derecho y sólo lo carga de deberes. Porque no admite la felicidad en la Tierra, sino que coloca el Paraíso en el cielo. Pero quien vive según la ley de Dios y de la solidaridad social, halla la felicidad también en la Tierra. Y crea, como sus sacerdotes, negros grajos para los cuales es pecado mortal el alegre e inocente gorjeo de los pajarillos que cantan, a voz en cuello, alabanzas al Señor.

—¡Cat —gritó Don Camilo—, no digas estupideces!

—Son verdades, reverendo tío, La dulce «Sor Sonrisa», que canta, acompañándose con su guitarra, alabanzas al Señor, y a la que oyen, conmovidas, millones de personas, ¿acaso no se ha visto obligada a colgar los hábitos y a abandonar la Orden? ¿Acaso no la han echado los negros grajos…? Don Francesco, ¿usted se habría atrevido jamás a hacer eso? Usted,

que es un sacerdote joven, inteligente, culto, al tanto de las corrientes actuales, moderno, ¿habría impedido a ese ruiseñor cantar alegremente alabanzas al Señor?

—¡No, jamás! —exclamó, conmovido, don Quiquí.

Y se asombró al comprobar que Cat, pese a vestir un abrigo de suave y espesa lana, llevaba libres, en la espalda, dos blancas alas. Evidentemente, los atuendos para ángeles llevan en la espalda dos aberturas para permitir que pasen las alas.

—Don Francesco, —prosiguió Cat con voz acariciadora—, deje al viejo párroco y sus cadáveres. Es todo cuanto le queda de una larga e inútil vida. Hágale los carteles. Algún fósil oirá la misa del cuatro de noviembre. Pero no acudirá nadie a la celebrada por los muertos húngaros. Y entonces el viejo párroco comprenderá que ya no es tiempo de muertos, sino de vivos. Si esto puede servirle de consuelo, sepa que estoy plena, entusiástica y devotamente de acuerdo con usted…

—¡Me basta! —exclamó don Quiquí, poniéndose de nuevo al trabajo.

Cat se volvió entonces hacia don Camilo, que seguía mirando en silencio a su descaradísima sobrina.

—Rev, ¿dónde hago poner la nevera?

—¡No me interesa! —rugió don Camilo.

—La haré poner en su dormitorio. Si en vez de meterse en la cama cada noche se encierra en la nevera se conservaría en ella bastante mejor. La Iglesia tradicionalista necesita cadáveres bien conservados.

Don Quiquí soltó una carcajada, divertido.

Don Camilo fue a vigilar las operaciones de descarga de la nevera. Luego, cuando Cat se disponía a subir a su «rubia», la asió de un hombro.

—¡Miserable! —le dijo en voz baja—, ¿puede saberse que te propones hacer ahora a don Quiquí?

—Venderle una nevera —respondió Cat con sencillez.

—¡No te acerques a él! ¡No me busques líos con el obispo!

—No se preocupe, Rev. También le venderé una nevera al obispo —se rió la desvergonzada.

—¡No digas eso ni en broma!

¿Por qué? Al secretario del obispo le he vendido una para regalar a su hermana. ¿Por qué no podría vender otra al obispo?

—Mientras Cat salía como un cohete en su «rubia», don Camilo dirigió los ojos al cielo.

«Jesús —dijo—, ¿qué piensas de todo esto?».

«No lo sé —respondió la voz lejana de Cristo—. No me ocupo en neveras».

La noche anterior a la misa por los muertos de Hungría, don Camilo recibió una carta en la que, por encargo de Su Ilustrísima, el secretario del obispo manifestaba su desaprobación por aquella iniciativa, políticamente, inoportuna. Recibió también una cajita que contenía, bien enmarcada, una gran fotografía, en colores, del cardenal Mindszenty, acompañada de una tarjeta: Obsequio de la «Firma Cat Electrodomésticos».

Don Camilo arrojó la carta al fuego y colgó el retrato bajo el cartel que campeaba sobre el portal.

Don Quiquí lo dejó hacer, y luego, cuando don Camilo bajó de la escalera, movió la cabeza y dijo contemplando el retrato del cardenal magiar:

—¿Por qué esa manía de martirio? ¿No habría podido encontrar también él un *modus vivendi* con las autoridades del su país?

—Hay que compadecerle —respondió don Camilo—. Lo descarrió ese otro individuo que fue clavado en la cruz. Los extremismos de siempre.

Fue una extraña misa, porque, salvo las escasas viejecitas que no se pierden ni un oficio sagrado, no asistió ningún clerical, y ello para demostrar como los católicos desaprobaban una iniciativa contraproducente a efectos del diálogo y de la distensión. Pero, en compensación, estaban presentes todos los socialistas, quienes se proponían demostrar que, aun cuando fuesen marxistas, pensaban de una manera distinta de la de los comunistas.

También acudió Peppone con todos los suyos, para demostrar que aún cuando fuesen comunistas, eran de muy otra madera que los extremistas soviéticos y chinos.

Don Camilo dijo pocas palabras:

—Hermanos, se habla mucho de diálogo entre quienes están en orillas opuestas. Esas almas que recordamos están en la orilla de la muerte y nos hablan a los que estamos en la orilla de la vida. Escuchemos lo que nos piden, y nuestro corazón hallará la justa respuesta. Amén.

El gran río venía crecido de agua cenagosa, y todos quienes, al salir de la misa, fueran a la orilla para ver si el nivel subía o bajaba, recordaron las sencillas palabras de don Camilo.

Y hubo incluso quien vio en el agua, hacia la otra orilla, rojos destellos como de sangre.

EL CHIQUILLO QUE VEÍA A LOS ÁNGELES



Esta vez, don Camilo no tiene líos como párroco, pero sí como dador de trabajo. Y ello, porque una cosa son los «derechos», y otra muy distinta las «rectitudes», lo cual complica la vida a mucha gente. Pero sólo es cuestión de algunos siglos; luego, todo se arreglará.

Un chiquillo flaco y andrajoso caminaba fatigosamente, descalzo, por el barro de la carretera, y en sus exiguos hombros llevaba un saco que parecía contener algo muy pesado. El silencio, los árboles negros y desnudos que, cual fantasmas, emergían de la gélida niebla para zambullirse luego de nuevo en ella, daban la impresión de vivir en otro siglo y hacían pensar en Cosetta y en *Los Miserables*.

Don Quiquí, una vez hubo alcanzado al chiquillo, paró el «600».

—¿Adónde vas? —preguntó, abriendo la portezuela.

—A la finca de los Piletti —respondió el chico dejando el pesado saco junto a la cuneta.

—Queda lejos y hace frío.

—No importa —replicó el chiquillo con tímida sonrisa—. Me gusta andar solo en medio de la niebla, porque puedo hablar con los ángeles.

Don Quiquí subió al chiquillo y su saco.

—Pesa un poco —explicó el chico—. Son patatas de esas pequeñitas que los campesinos dejan aparte para los cerdos. Me las he ganado con algunos trabajillos, y también me han dado una calabaza. Cocida bajo la ceniza es dulce y les gusta mucho a mis hermanitos más pequeños.

—¿Sois muchos?

—Cinco hermanas y cuatro hermanos. Pero la Cetti, mi hermana mayor, trabaja en la ciudad. Tiene ya dieciséis años.

—¿En qué trabaja tu padre?

—Vivimos solos con mamá: somos huérfanos de padre.

—¿Y cómo podéis vivir?

—No lo sabemos, reverendo. Sólo lo sabe el Señor, pero a nosotros nos basta que lo sepa Él. Ahora tiene usted que girar a la derecha. Nosotros vivimos en aquella casa de allá.

—No era una casa, sino un mísero cobertizo. En el recinto, dividido por una tambaleante pared de cajas de uvas, acampaban siete chiquillos y una mujer cuyas míseras ropas no lograban deslucir sus floridos treinta años.

Nada de camas, sino yacijas; nada de muebles, sino viejas cajas de embalaje. El único lujo era una maltrecha estufa, recogida de entre la chatarra.

Don Quiquí estaba conmovido e indignado y dijo que no era posible vivir en un tugurio semejante.

—Reverendo —replicó la mujer—, no nos quejamos. Nos bastaría que el amo reparase las goteras y abriese en aquel muro una ventana, porque aquí siempre parece de noche.

La casa de Piletti quedaba algo más lejos, y don Quiquí salió resuelto. Encontró al viejo campesino en la cuadra, y se fue derecho al grano:

—¿No cree usted un deber hacer algo por esa gente?

Piletti abrió los brazos:

—¿Qué puedo hacer, reverendo? He ido a ver al alcalde y los carabineros, y me han contestado que eso es cosa mía. La única solución es quitar el tejado, pero tendré que esperar a esta primavera.

—¿Quitar el tejado? —gritó, horrorizado, don Quiquí—. ¡Tiene usted la obligación de repararlo, de abrir alguna ventana, de construir retretes, de hacer en suma, habitable esa barraca!

Piletti lo miró aturdido:

—Esa marrana vino a parar aquí de noche con su tribu de Dios sabe dónde. A la mañana siguiente los encontré acampados en mi leñera. Cuando traté de echarlos, la mujer empezó a decirme a gritos que no se trata así a unos

pobres, víctimas de las inundaciones, y, como los niños lloraban cual si les estuvieran sacando las tripas, tuve que desistir.

—¿Y no siente usted el deber de ayudar a esa pobre gente que la furia de las aguas ha dejado sin nada? ¿No ha visto por televisión el horrendo espectáculo de desolación de las zonas inundadas?

—¡Si —rugió el viejo—, pero las inundaciones se produjeron entre octubre y noviembre, mientras, que esos desgraciados llegaron aquí en junio!

—¡La miseria es válida en todos los meses del año! —precisó don Quiquí —. Aquí hay una pobre viuda con nueve hijos, y la sociedad tiene deberes precisos para con esos desgraciados.

—¡Yo no soy la sociedad! —clamó Piletti—. Soy sólo una pequeñísima parte de la sociedad, y no es justo que todo, los deberes pesen exclusivamente sobre mí. Ésos han ocupado mi cobertizo, saquean mi huerto, me roban el gallinero, gastan mi leña, ordeñan mis vacas, me roban la ropa blanca, ¿y a usted le parece que aún he de arreglarles el tejado y hacerles confortable la casa? ¡Nos deslomamos para poder vivir, y el campo lo cultivamos ni mujer, mi hija y yo!

—Esa pobre viuda es joven y robusta —observó don Quiquí—. ¿Por que no le ofrece el modo de ganarse algo?

Piletti soltó un rugido:

—Reverendo, este verano, para la recolección del tomate la hice trabajar a ella y a los chicos mayorcitos, les pagué según las tarifas y los muy granujas me denunciaron como explotador de viudas y huérfanos. ¡Hicieron mandar aquí a un inspector del trabajo y, entre las multas y lo demás, se me han comido una vaca! Y aún he salido bien parado gracias a que a su debido tiempo denuncié, con mucho papel timbrado, a los carabineros, la ocupación arbitraria de la leñera. ¡De lo contrario, los de la inspección se me hubiesen comido todo el establo, pues la mujer se había calificado como asalariada fija residente en la finca y sin contratos, cartillas, mutuas, timbres y otras porquerías!

—¡Es justo que el Estado proteja los derechos de los trabajadores! —dijo don Quiquí.

—Y los dadores de trabajo —gritó el viejo—, ¿acaso son vagabundos que viven rascándose la barriga?

—Cristo ha dicho: «¡Ay de quien niega al trabajador el salario justo!».

—¡Ya lo sé! —chilló el viejo—. ¡Pero Él habló de salario en el sentido de recompensa o «merced», no de «Mercedes»! ¡Hay un montón de obreros que

no se conforman ya con el «600» o el «1200» y se consideran con derecho al «Mercedes»!

Don Quiquí estaba indignado.

—¡Qué vergüenza! —exclamó—. ¡No debe bromearse con la miseria de las clases trabajadoras!

Y se fue porque Piletti empuñaba la horca y parecía dispuesto a introducirla como argumento conclusivo de su discurso.

Don Quiquí se sentía investido de una santa misión, y una vez descrita a don Camilo la atroz miseria de la viuda y de sus huerfanitos, dijo:

—Reverendo, aunque tengamos ideas opuestas en muchos aspectos, en este punto debemos ponernos de acuerdo. Es menester, según nuestras posibilidades ayudar a esos infelices.

—Don Francesco —replicó don Camilo—, tendría que decir algo al respecto, pero renuncio a ello. Esa mujer tiene nueve hijos, Podemos internar gratis en nuestro asilo parroquial a las chicos más pequeños, y darles ropa y comida.

—Algo es algo, don Camilo. Pero pienso en aquel chiquillo que andaba descalzo y hablaba con los ángeles. Debe de ser sensible o inteligente. Que se quede aquí con nosotros. Nos servirá de monaguillo, llevará las hojas dominicales y circulares a los feligreses, mantendrá en orden la iglesia. Nosotros lo vestiremos, lo alimentaremos y le daremos el poco dinero que podamos. Reverendo: el chico me ha dicho una cosa maravillosa cuando le he preguntado cómo lograban vivir. «No lo sé, sólo lo sabe el Señor, pero a nosotros nos basta que lo sepa Él». Ese chico es un pobre a quien la miseria, el hambre y las fatigas no le han envenenado el corazón, como suele ocurrir. Por el contrario, su miseria le reaviva la fe en el Señor y le permite hablar con los ángeles. Si le ayudamos, alimentaremos en él la vocación que le convertirá probablemente en un digno sacerdote. Un verdadero sacerdote de la Iglesia de los Pobres, porque ha nacido y vivido en la pobreza, Don Camilo, acuérdese de Mateo, allí donde Jesús se identifica con los pobres: —«Tuve hambre y me disteis de comer… Estaba desnudo y me vestisteis… En la medida en que lo hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, me lo hicisteis también a Mí…».

Don Camilo, acuérdese también de Mateo y de Marcos, Lucas y Juan: «Todo el que acoja a un niño como ése en mi nombre, a Mí me acoge…».

Don Camilo se acordó de Mateo, Marcos, Lucas y Juan y olvidó todo lo demás.

Marcelino se mostró tal como había predicho don Quiquí. Un monaguillo perfecto, una voz sonora en el coro. Daba vueltas todo el día por la casa parroquial, siempre dispuesto a saltar sobre la bicicleta y hacer un recado. Era gentil de trato y de aspecto, y el domingo, cuando pasaba entre los feligreses con la bandeja, su sonrisa hacía soltar algunas perras hasta a los más tacaños. Pasaba largas horas en la iglesia, hablando con los ángeles o leyendo los libros que le prestaba don Quiquí.

Un domingo por la mañana, terminada la misa, Marcelino se acercó a don Camilo en la sacristía y, alargándole la bandeja llena de calderilla, le dijo con voz dulce y queda:

—Reverendo, ya es hora de que hablemos de la comisión.

—¿Qué comisión?

—La mía —respondió, sonriendo, Marcelino—. Yo recojo el dinero y tengo derecho a una comisión. Me correspondería el cincuenta por ciento, pero me conformaré con el cuarenta y cinco.

Don Camilo lo miró perplejo.

—Marcelino —preguntó—, ¿te han dicho eso los ángeles?

—No, reverendo —afirmó el chiquillo—, con los ángeles hablo de otras cosas.

—Entonces la cosa varía —dijo don Camilo echándolo de un puntapié en el trasero—. Procura no dejarte, ver más por aquí.

Marcelino desapareció sin decir una palabra, pero por la tarde llegó su madre.

La mujer venía en actitud de guerra y avanzaba en la clásica formación en cuña, con el chiquillo más pequeño en brazos, las dos niñas de cinco y cuatro años asidas a sus faldas y los otros cuatro chicos detrás.

—Reverendo, ¡me arruina usted quitándole el trabajo a Marcelino, precisamente ahora que hasta mi Cetti ha perdido la colocación en la ciudad!

Don Camilo precisó:

—No ha perdido la colocación: ¡ha perdido el decimocuarto empleo, y ahora tiene que cambiar de ciudad!

En aquel tiempo estaban muy de moda las sagradas reivindicaciones de los trabajadores. La regla era: «El dador de trabajo tiene siempre la culpa». De aquí que hubiese gente, como la buena de Concettina, llamada Cetti, que, poco después de haber conseguido un empleo, se comportase de modo tal como para que la despidieran. Entonces acudía en seguida a la Delegación del Trabajo y denunciaba al ex-amo por una cantidad enorme de infracciones. Enseguida, eficientes funcionarios caían sobre el ex-amo, le secuestraban los libros de contabilidad, le registraban hasta la cama e, infaliblemente, encontraban infracciones, que eran castigadas con elevadas multas, ya que el trabajador defraudado recibía la adecuada compensación. Era un sistema harto ingenioso para no trabajar, ganar dinero y, lo que era más importante, perjudicar al odiado dador de trabajo. La Cetti había hecho ya catorce veces el jueguecito, siempre con buen resultado, y como es natural, cundió la voz y ya nadie la quería en su casa.

—La culpa no es suya, pobrecita, si ha encontrado sólo amos deshonestos —protestó la mujer—. Usted no puede echar a la calle a mi Marcelino, pues soy una pobre viuda con nueve hijos.

—¡Nadie le ha mandado traerlos al mundo! —replicó Don Camilo.

—¡Reverendo! —gritó, indignada, la mujer—. ¡Yo no soy una de esas marranas que usan la píldora!

—Ya lo sé —respondió don Camilo con calma—. Usted es una marrana que ha traído al mundo nueve hijos sin haber tenido nunca marido y ahora pretende que se los mantenga la sociedad. ¡Largo de aquí!

La mujer se fue chillando, eficazmente apoyada por el alboroto y los sollozos de los siete hijos.

Don Quiquí, que había presenciado la escena, protestó dolido:

—Don Camilo, no se trata así a una pobre mujer que defiende a sus criaturas.

—No es una pobre mujer ni defiende a sus criaturas, pues son ellas las que la defienden. Hay muchas personas que traen al mundo montones de hijos sólo para atrincherarse detrás de su hambre y sus sufrimientos. Es una asquerosa explotación.

—Pero ¿qué culpa tienen los hijos?

—No les echo ninguna culpa a los hijos —afirmó don Camilo—, digo simplemente que no conviene estimular ni, mucho menos, elogiar —como

ocurre hoy demasiado a menudo— a sus malditos progenitores, sino que se ha de impedir que éstos conviertan a sus hijos en enemigos de la sociedad.

Dos días después irrumpió en la sala parroquial un fogoso funcionario sindical:

—Usted —dijo a don Camilo ha tenido a sus órdenes a un chico de trece años, y le ha hecho trabajar incluso los días festivos, ¿verdad?

—Ayudar a misa no es ningún trabajo —explicó don Camilo—. Es la participación voluntaria en un rito religioso.

—Toda actividad que produce algo necesita de un trabajo —expuso el funcionario de los sindicatos.

—La misa no produce nada concreto, ni tangible, porque es una manifestación espiritual.

El funcionario se echó a reír.

—Tampoco el espectáculo produce nada tangible. Sin embargo, procura una diversión, y por eso existen los trabajadores del espectáculo, con derechos precisos, sancionados por la ley. Sindicalmente hablando, la misa puede ser considerada como un espectáculo. El chico tomaba una parte importante en él y debía ser retribuido regularmente. Tiene derecho a una gratificación extraordinaria por el trabajo en día festivo, a una indemnización por despido, a una liquidación, Además, debía tener una cartilla de trabajo y otra sanitaria, por cuanto actuaba en un local público, y había que pagar por él las contribuciones legales.

El funcionario era, como es de rigor, un duro, acostumbrado a ver temblar de miedo a los dadores de trabajo. De aquí que se asombrara cuando don Camilo le dijo, indicándole la puerta:

—He comprendido su caso. Rezaré por usted.

—¡Se equivoca usted, reverendo, si cree que así zanja el asunto! —gritó el funcionario.

—*Errare humanun est* —replicó don Camilo dándole con la puerta en las narices.

Naturalmente, en el periódico mural de la Casa del Pueblo apareció un feroz ataque contra don Camilo, quien predicaba el amor al prójimo y luego echaba a patadas a un pobre chico y le negaba la justa remuneración.

Peppone no se limitó a aquel ataque, sino que empleó a Marcelino como mozo en su establecimiento de electrodomésticos, observando todas las normas establecidas por los sindicatos. Y encontró el medio de hacerlo saber a todo el pueblo.

Marcelino se portó de manera ejemplar, tanto, que don Quiquí hizo notar un día a con Camilo.

—Reverendo, yo tenía razón. Marcelino es un buen chico y usted no lo comprendió.

—Quizá sea así —admitió don Camilo—. ¿Quién sabe si seguirá viendo ángeles entre las neveras y las lavadoras?

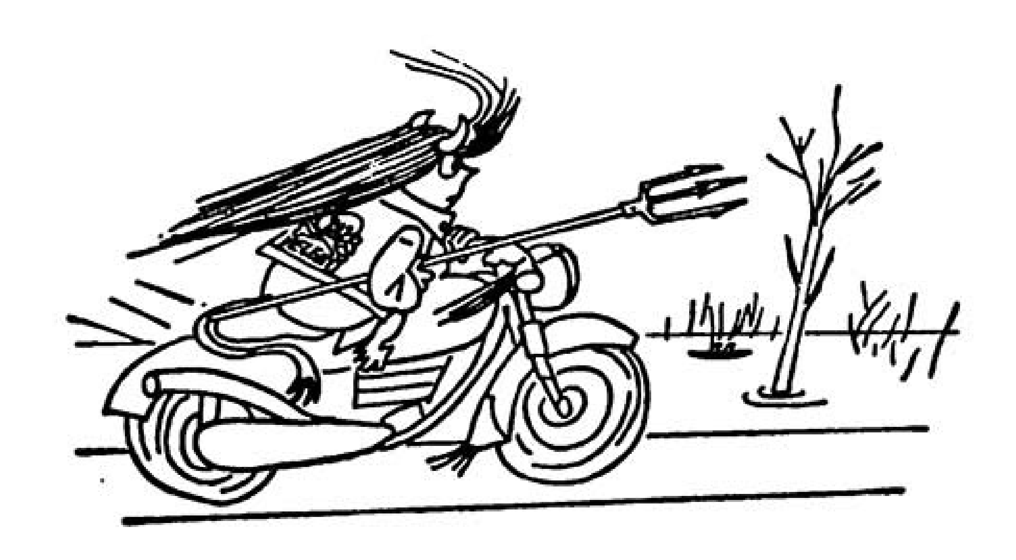
La verdad era que Marcelino no volvió a ver ángeles, pero, como tenía una gran sensibilidad, vio, escondido detrás de una lavadora, cierto registro «confidencial» y se lo llevó a casa para estudiárselo.

Luego hizo saber a Peppone que si no le entregaba ciento cincuenta mil liras, llevaría aquel registro al procurador de distrito de los impuestos directos, quien tenía el *hobby* de los registros «confidenciales» y «reservados».

Desde luego, no sería el camarada Peppone quien dejase de tener en cuenta las instancias de la clase trabajadora, y personalmente llevó el dinero a la madre de Marcelino, para recuperar de ella el libro de contabilidad.

Encontró a la pobrecita en cama, a punto de regalar a la sociedad el décimo huerfanito.

OTRA FÁBULA DEL GRAN RÍO



El comercio no ha aburguesado a Cat, quien, al mando de las operaciones se muestra más desenvuelta que antes. Los melenudos dan vida a una protesta válida, y don Camilo se encuentra metido en una misa ye-ye que, en el fondo, no le desagrada.

A las once de la noche del viernes llamaron a Cat por teléfono. Era La Tota, una de las chicas de los «Escorpiones»:

—Cat, ¿qué diablos le has hecho a Ringo?

—Sigue molestándome y lo he mandado a paseo —dijo, riendo Cat.

—Ringo está frenético y quiere vengarse. Sabe quiénes son y dónde viven todos los chicos de Veneno: irá con la pandilla a pescarlos casa por casa y los hará pedacitos. La expedición es para mañana por la mañana. En cuanto salgan te telefonearé.

Cat sabía en qué bestia se convertía Ringo cuando olvidaba que era un hombre, Sin perder un momento, corrió a avisar a los tres capitostes de la banda de Veneno.

Los tres melenudos rurales se encogieron de hombros asustados y dijeron que no sabían lo que hacer.

—Dad la alarma a todas los chicos. Mañana por la mañana a las siete esperadme todos en el Macchione.

Antes de volver a casa, Cat llamó a la puerta de Peppone.

Peppone se disponía a acostarse y dijo clara y rotundamente que a aquellas horas no quería oír hablar de electrodomésticos.

—No vengo a hablarle de eso —explicó Cat—. Deme el chaquetón negro de Veneno y ayúdeme a meter su moto en la «rubia». Mañana por la mañana caerán por aquí los «Escorpiones» para hacer una carnicería.

Peppone se exasperó:

—¿Otra vez esos pelmazos? ¡Avisaré a los guardias y que los empaqueten a todos!

—Nos se preocupe usted de eso —replicó Cat—. Son asuntos nuestros. Descuelgue el chaquetón y váyase a la cama a soñar con Stalin. Quizá le dé buenos números para jugar a la lotería.

A la, siete de la mañana siguiente, la banda de melenudos rurales estaba, en pleno, en la desierta cuenca del Macchione. Sin Veneno se sentían como chiquillos confundidos. La mañana era fría, y los mozalbetes habían encendido un gran fuego con hojas y ramas secas para calentarse. Pero el miedo es una clase de frío muy difícil de quitarse de los huesos.

Discutieron la situación, y una hora después habían tomado una decisión: montar en las motos y largarse hacia la colina.

Pero en aquel precisa momento oyeron acercarse el potente y bien conocido zumbido de una moto y se pusieron en pie de un brinco.

Cat flotaba dentro del chaquetón negro de Veneno, y parecía más pequeñita aún sobre la gran motocicleta. Pero todos se estremecieron.

—Han salido —dijo Cat—. Son treinta, como nosotros. Para no hacerse notar, irán por caminos distintos. Se concentrarán en mitad de la carretera. Nosotros los esperaremos apostados detrás del dique y, a medida que vayan llegando, los peinamos. ¡Todos a las motos!

Cat se puso animosamente a la cabeza. Y luego, cuando, al girar arriesgadamente con la moto, la chica se encamino hacia la carretera y los Melenudos vieron a su espalda la blanca calavera y la inscripción «Veneno», todos, absolutamente todos, poniendo en marcha el motor de una patada, montaron dispuestos a comerse al mundo.

El informe era exacto, y los primeros «Escorpiones» que llegaron a la carretera fueron rápidamente abatidos. Luego, cuando se presentó el grueso,

se endureció la batalla. Desde lo alto del talud, Cat dirigía la acción de los melenudos rurales. Por la parte del terreno pantanoso, el dique estaba reforzado con gaviones de piedras. Cat lo había tenido en cuenta. Cat lo había tenido en cuenta y al ver que su banda iba perdiendo mordiente, hizo subir al dique a cuatro rurales y, entregando a cada uno unas tenazas, ordenó:

—¡Pronto, cortad la red! ¡Ha llegado el momento de emplear la artillería!

Aquello era como para preocupar, porque los cuatro melenudos rurales obedecían a Cat como los granaderos de la guardia hubiesen obedecido a Napoleón.

—¡Muchachos —gritó Cat cuando vio en manos de sus artilleros pedruscos como melones—, apuntad a esa especie de bolas cubiertas de pelos piojosos que los «Escorpiones» tienen entre los hombros!

—¡Cat —gritó Ringo desde abajo—, como te pille te despedazo!

Un gran pedrusco le rozó la cabeza: tres dedos más abajo, y el jefe de los «Escorpiones» se habría quedado tieso.

El jovenzuelo empalideció:

—¡Ah!, conque tiráis a matar, ¿eh? —gritó—. Entonces también nosotros iremos en serio. ¡Muchachos, sacad la herramienta!

Los «Escorpiones» sacaron las navajas del bolsillo: los rurales dieron un salto atrás y, al cabo de un instante, cada uno de ellos empuñaba un trozo de cadena de motocicleta.

No tardaría en haber algún muerto. Las dos bandas se habían reagrupado, y todos los melenudos permanecían inmóviles y silenciosos, esperando de Ringo y de Cat la orden de ataque y de degüello.

Pero la orden no llegó. En medio del silencio estalló una voz tonante:

—¡Arrojad al suelo toda esa basura que tenéis en las manos!

Peppone y su estado mayor habían aparecido en el dique, escopeta en ristre.

—Bonito razonamiento —ironizó Ringo—. ¿Para impedir que nos peguemos quieren ustedes matarnos? No nos hagan reír.

—¿Y quién quiere mataros? —replicó Peppone—. Nuestros cartuchos están cargados con sal. El plomo da mejores resultados, pero os aseguro que una perdigonada de sal hace cierto efecto. Por tanto, o tiráis eso u os salamos.

En aquel momento apareció en el dique don Camilo.

—Reverendo, quítese usted de en medio —chilló Peppone—. ¡Usted no tiene nada que ver con esto!

—Sí, tengo que ver. Cuando alguno de esos cretinos reviente, ¿acaso le dará usted la extremaunción?

—¡Fuera las armas! —repitió Peppone. Pero estaba perplejo; se veía a las claras que no tendría valor para disparar.

Cat se dio cuenta:

—¡En vez de charlar, disparad! —chilló, arrancando de la mano a Peppone la escopeta y apuntando contra Ringo.

El jovenzuelo se puso pálido y soltó la navaja.

—¡Quitadle la escopeta! —gritó—. Que ésa dispara en serio. Lo sé muy bien. Si no tuviera ese temple no la habría escogido como mi chica.

Cat se echó a reír perversamente:

—¡Gusano piojoso! ¡Nunca he sido tu chica ni lo seré jamás! ¡Seré la chica de quien yo quiera!

Ringo soltó una carcajada:

—¡Mocosa!, cuando un «Escorpión» escoge a una chica para sí, la chica ha de ser suya o de nadie más. Ese tonto con la calavera en la espalda se ha atrevido a poner los ojos en mi chica y habrá de pagar con toda su banda de patanes.

—Yo diría que ha sido ella la que ha puesto los ojos en él —precisó don Camilo—. De todos modos, esto nada tiene que ver con vuestra expedición punitiva.

—¡Si tiene que ver! —gritó Ringo—. Quien ofende a un «Escorpión» ofende a todos los «Escorpiones». Esta es nuestra ley. Además, ¿por qué no está aquí tu gran cobarde?

—Tiene otro quehacer. Además, para liquidar a un piojoso como tú, me basto yo —chilló Cat y apretó el gatillo.

Don Camilo sabía que aquello acabaría así. Por eso estaba preparado, y su manaza bajo fulminantemente el cañón de la escopeta. La descarga de perdigones de sal rizó el agua de la charca que separaba a las dos bandas.

Todos los melenudos habían tirado las armas, y Smilzo bajó del dique y recogió navajas y cadenas.

—¡Conque vosotros sois los de la protesta! —dijo don Camilo—. ¿También cuando os rompéis la cabeza entre vosotros los hacéis por protesta?

—¡Claro! —respondió Ringo—. Es una manera como otra de despreciar la pútrida ley de ustedes y aplicar la nuestra.

—¿Y cual es esa ley? —se informó Peppone.

—La ley del más fuerte. La ley de la naturaleza, Los débiles deben ser eliminados.

—Comprendo —rió don Camilo—. Ayer leí que un chico ruso de dieciocho años mató a sus ancianos padres porque le molestaban.

—No es de los nuestros —precisó Ringo—. Para nosotros, los viejos ya están muertos. Son cadáveres con permiso de salida. También la ley de ustedes prohíbe matar a los muertos. Profanación del cadáver.

—¿Y cuando empieza la vejez? —preguntó Peppone, que iba perdiendo la paciencia.

—Cumplidos los cuarenta —explicó Ringo— empieza la putrefacción.

—¡El putrefacto serás tú! —gritó don Camilo—. Y putrefactos también los piojosos como tú. ¡Cobardes, que vivís de cháchara y de canciones! ¡Que os sustraéis a todo deber y vivís mendigando o robándole el dinero a vuestros putrefactos progenitores!

Ringo dio un paso al frente:

—Reverendo, no siento respeto ni por tu sotana pringosa ni por su vejez. Si no subo y la emprendo a guantazos con usted, es solo porque me da compasión.

—Es un sentimiento honroso que, por desgracia, no alberga mi putrefacto pecho —respondió don Camilo bajando rápidamente del dique.

Ringo sabía boxeo, judo y kárate; pero los dos primeros mamporros le dieron en las orejas y le hicieron olvidar todo, hasta la señas de su casa. Aferrándolo con sus manazas por su larga crin, don Camilo se cargó el jovenzuelo en el hombro derecho para voltearlo, pero la voz de Cat le detuvo:

—¡No, tío! ¡No lo desnuque! ¡Debe desnucarlo Veneno!

—Los jóvenes tienen sus derechos —admitió don Camilo soltando la pelambrera del jovenzuelo y subiendo de nuevo al talud.

—Si no fueseis unos granujas —prosiguió don Camilo con voz tonante—; si quisieseis verdaderamente elevar una enérgica protesta contra ese mundo putrefacto nuestro, en vez de jugar a la guerra os ocuparíais, por ejemplo, de esos pobrecitos a quienes las inundaciones han dejado sin nada.

—¡Que revienten esos desgraciados! —chilló Ringo, incorporándose.

—Reventarán de seguro si algún auténtico rebelde no les ayuda —replicó don Camilo.

Era el segundo día de la famosa inundación que había asolado una tercera parte del pueblo, y los afectados, subidos en los tejados de las casas sumergidas, esperaban aún que alguien se fijase en ellos.

—¡Ahí está la protesta! —continuó don Camilo—. Protesta contra los fabricantes de palabras que resuelven los problemas sociales con charlas y programas de televisión que transforman los cataclismos en espectáculos de variedades para divertir a los glotones arrellanados en sus poltronas y en su

egoísmo. Intervenid, ayudad a esos pobrecitos para hacer rabiar a politicastros y burócratas: ¡ésa es una protesta de auténticos hombres!

—Entonces, según usted, ¿que se debería hacer? —rió Ringo—. ¿Ir a nado a las zonas inundadas, puesto que las carreteras están anegadas y cortadas?

—No todas —respondió don Camilo—. Una, por desgracia, ha mejorado con la inundación. Si hubiese un alcalde como Dios manda, se recogerían comidas, mantas, etc.; se cargaría todo en un par de lanchas y se llegaría allí donde el río y el mar han inundado campos y viviendas.

—¡Ya hay un sindicatos para eso! —chilló Peppone.

—Sí, camarada, —admitió don Camilo—, mas para moverse necesita el permiso del Kremlin o de Mao.

—No tiene necesidad de ningún permiso —replicó Peppone—. Lo malo es que la gente ya no está dispuesta a dar. Ha visto demasiadas veces como acaban sus ayudas.

—No, señor alcalde —afirmó don Camilo—. Si garantizamos personalmente que el género lo distribuiremos nosotros, darán.

—¿Nosotros, en que sentido?

—Usted y Yo. Quien no se fíe del cura, se fiará del camarada, y viceversa.

Peppone se volvió hacia los melenudos:

—Los gandules, que tomen su moto y regresen a casa a oír en el tocadiscos las canciones de protesta. Los demás pueden venir conmigo.

—Yo voy —contestó Cat. Luego miró a los melenudos rurales y añadió —: Yo y el equipo de Veneno.

—Me importan un comino las víctimas de las inundaciones, mas ya que se trata de chinchar a alguien, ¡yo también voy! —afirmó Ringo.

—Nosotros también —dijeron los «Escorpiones»—. Será estupendo ver cómo logran desorganizar la organización de socorro los vejestorios que mandan.

La batalla había sido bastante equilibrada, y al comprobar el estado de fuerzas, se vio que veinte melenudos por banda estaban aún utilizables. Entre cabezas, brazos y costillas rotas, había que mandar al taller de reparaciones a diez rurales y diez «Escorpiones».

Peppone tenía camión y, con don Camilo al lado, recorrió todo el término Municipal, El lema era: «¡Nada de dinero, solamente género!». Un lema inteligente, porque el campesino da de más buena gana un saco de harina que quinientas liras. Además, todos cooperaron porque se acordaban perfectamente de la inundación que, quince años atrás, había azotado al pueblo, y sabían muy bien que, pese a las promesas, hubieron de reconstruirlo todo sólo cara sus fuerzas. Mientras proseguía la colecta Bigio, Brusco y Smilzo, ayudados por los melenudos, ponían a punto la lancha.

Dos lanchas motoras de esas enormes y pesadas que sirven para transportar arena y grava. Más las dos gabarras, unidas por un pontón, que servían para trasladar los vehículos de una a otra orilla, arrastradas por un remolcador. En el pontón, un camión y un tractor de cuatro ruedas motrices, con remolque. El género recogido, bien empaquetad o en sacos impermeables de plástico, se distribuyó entre las cuatro embarcaciones.

Fue una operación rapidísima. En una gabarra al mando de Peppone, tomaron sitio los veinte «Escorpiones» de Ringo; en la otra, mandada por don Camilo, los veinte melenudos rurales a las órdenes de Cat.

A don Quiquí le hubiese gustado mucho participar en la expedición; pero don Camilo le recordó que no se podía dejar la parroquia abandonada.

—Además —añadió sensatamente—, ya voy yo en la expedición. No se debe exagerar nunca con los curas.

La flota zarpó poco después de medianoche bajo la lluvia. Las tripulaciones estaban llenas de magulladuras y cansancio y, refugiados bajo las grandes lonas impermeables, no tardaron en quedar dormidas. Abría la formación la barcaza de don Camilo, seguida por la gabarra de Peppone y el pontón remolcado. Una pequeña y rápida fuera borda y provista de faros armaba como práctico y guiaba a la flota.

Sobre las diez cesó la lluvia y se abrieron claros. Era lógico que don Camilo lo aprovechase. Además era domingo. A popa de la barcaza había una pila de cajas llenas de latas de conserva. Don Camilo instaló encima su viejo altar de campaña y se dispuso a celebrar la misa.

—¡Ya tenemos a nuestro cura! —rezongó Peppone quitándose el sombrero—. ¡Todas las ocasiones son buenas para ofrecer su espectáculo!

Ringo iba a soltar una carcajada; pero los motores de la gabarra y del remolcador se habían parado, y en aquella soledad, en aquel silencio, las palabras del sacerdote se extendían sobre la inmensa llanura de agua fangosa; y Ringo renunció a reír.

Ya se sabe: un melenudo sin guitarra es como un soldado sin fusil. Los «Escorpiones» tenían guitarras, y en el momento de la elevación atacaron a coro el *Old man river*, y durante la comunión mugieron uno de los habituales lamentos *beat*.

«Señor —dijo don Camilo—, ¿por qué no les haces callar? ¿Por qué no les impides turbar este sagrado rito con sus cantos profanos?».

«Don Camilo —respondió la voz lejana de Cristo—, cada uno canta como puede las alabanzas al Señor».

«Sí, Señor; pero escucha: ¡están incluso silbando!».

«En ciertas ocasiones pueden silbarse también las alabanzas al Señor», explicó Cristo.

«Señor, ¿adónde iremos a parar? ¿Quién hubiese podido imaginar nunca que un pobre y viejo párroco rural celebraría una misa ye-ye?».

«Yo, don Camilo», respondió Cristo.

Con la misa terminó también el paréntesis del buen tiempo. Los motores zumbaron de nuevo y todos se metieron bajo las lonas para resguardarse de la lluvia.

A primeras horas de la tarde llegaron a las tierras inundadas del delta, y cuando entrevieron las primeras casas de campo medio sumergidas, empezaron los problemas.

Era el momento de la coordinación. Los coordinadores enviados por la capital llegaron uno después de otro para coordinar las operaciones de socorro, para establecer los varios sectores de competencia.

Luego llegarían los supercoordinadores para coordinar a los coordinadores.

Mientras tanto, la gente, encaramada en los tejados de las casas, esperaba.

Una lancha motora con funcionarios y guardias detuvo la flota:

—¿Quiénes sois? ¿Qué buscáis? ¿A qué organización pertenecéis? ¿Qué traéis? ¿Por qué os metéis, sin que os llamen, en estas cosas?

—¡Acabarán poniéndonos una multa por no traer el sello de los Impuestos de Consumo! —gritó Cat con rabia.

—Tú calla —le replicó don Camilo—. ¿No comprendes que la ineficacia estatal no puede tolerar la eficacia privada?

Los melenudos se agitaban, Ringo propuso abordar la lancha y arrojar al agua a funcionarios y guardias.

La idea era buena, pero no hubo necesidad de ponerla en práctica. Llegó un momento en que los coordinadores, juzgando haber retrasado lo suficiente la obra de socorro, se fueron, y la flota pudo reanudar la navegación.

Los melenudos cargaron con gente subida en los tejados de las casas medio sumergidas. Los trasladaron a las orillas, los proveyeron de víveres y luego, en el camión y el tractor, los acompañaron a los pueblos respetados por las aguas.

Persona por persona, distribuyeron víveres, mantas y ropas.

La última operación de la jornada fue la de la «Alquería Roja». La casita estaba sumergida casi hasta el techo del primer piso. Un viejo y una vieja habían encontrado refugio en el granero, junto a sus cacharros.

No querían abandonar su casa y sus bienes. Todo razonamiento fue inútil. En vista de ello, Peppone cortó por lo sano y ordenó a Ringo:

—¡Coged a eso dos desventurados y sus chirimbolos y metedlos en la barca!

Los «Escorpiones» gustaban de la violencia, por lo cual obedecieron sin rechistar, haciendo caso omiso de las protestas de los dos viejos.

Apenas se hubo alejado la barca de la alquería, la casucha se resquebrajó y desapareció en el agua fangosa.

—¡Ya está! —exclamó el viejo, con amargura—. ¡Estaréis contentos!

—¡Ustedes son los que deberían estar contentos! —gritó Ringo, enfurecido—. ¡Si hubiésemos tardado cinco minutos más en salvarlos, ahora estarían ahogados los dos!

—Precisamente —se dolió la vieja—. Ahora todo habría terminado. En cambio, estamos condenados a vivir sin casa, sin huerto, sin gallinero.

—El Estado les ayudará —replicó Ringo.

—¡El Estado! —murmuró el viejo—. Recogidos en un asilo de ancianos. Yo en un sitio y ella en otro. Separados para siempre, cuando podríamos haber muerto juntos, en nuestra casa.

—¡Vaya estupideces! —se burló Ringo—. Morir solos o en compañía es lo mismo.

—Muchacho —replicó el viejo—, tú tienes aún toda la vida por delante, mientras que nosotros la hemos dejado ya atrás. Llega un momento en que —ya lo verás— el problema ya no es el de vivir bien, sino el de morir bien.

Las dos gabarras estaban próximas, y don Camilo dejó oír su voz:

—Buen hombre, yo lo comprendo, pero no espere que puedan hacerlo esos muchachos. A ellos no les interesa cómo mueren los viejos, sino que los ancianos desaparezcan lo antes posible.

—Entonces, ¿por qué no nos han dejado morir? —preguntó la vieja.

—¡Si en verdad tienen ganas de morir, nadie les impide que se tiren al agua! —gritó Ringo.

—Sólo quien nos ha dado la vida puede quitárnosla —replicó la vieja—. Tú no lo sabes, muchacho, pero el reverendo si lo sabe.

—¡Motores! —gritó don Camilo—. ¡Misión cumplida, volvamos a la base!

—¿Y a ésos no los desembarcamos? —preguntó en voz baja Peppone.

—Somos responsables de su triste situación. Los llevaré a la vieja casa de la capilla. Está en mal estado, pero hay alguna estancia habitable, Además, hay un buen pedazo de tierra. Se lo limpiaremos, y ellos podrán tener su huerto y su gallinero.

Los ojos de la anciana se iluminaron.

—¡Un gallinero! —exclamó. Pero en seguida se entristeció—: Mis pobres gallinas, todas ahogadas…

—¡Galeón español a babor! —gritó Cat.

Un gran estercolero, compacto y cuadrado, navegaba lento y humeante sobre el agua cenagosa. Y sobre él, una veintena de gallinas que escarbaban melancólicamente en el estiércol.

—¡Tigres de Malasia, al abordaje! —gritó Cat.

Se acercaron al estercolero y rescataron a las gallinas.

—¡Ya tienen las gallinas! —gritó Ringo a los viejos—. ¿Qué más se les ofrece?

—La ayuda del Señor —respondió la vieja abriendo los brazos.

—Diríjanse a la tienda de al lado —refunfuñó el mozalbete—. Nosotros no tenemos ningún trato con Jesucristo.

Roncaron los potentes motores, lo cual impidió a don Camilo oír aquellas palabras. Jesús si lo oyó, pero no hizo caso. En el fondo, él también había sido un melenudo. Y molestó a tanta gente con sus protestas, que acabó clavado en una cruz.

Y ésta es otra de las historias que el gran río contará a quien vaya por fábulas a las choperas y arenales.

DOS ATRACADORES QUE RESULTARON TRES



El bienestar impone muchos sacrificios, y quien no puede hacer otra casa, se refugia en el robo, que, en ambiente prenavideño, podría pasar incluso como una manifestación sentimental, Pero no es éste, el caso de nuestra historia.

Eran los tiempos del bienestar. No se sabe bien cómo funcionaba el asunto, pero debía de ser algo bien instrumentado, porque la gente trabajaba cada vez menos y ganaba cada vez más.

Aquel bienestar había aportado un montón de novedades: *night, cabaret, strip-tease*, festival, *whisky a gogo, cinema sexy*, música *beat* y hasta misa *beat*.

Las mujeres no amamantaban ya a sus hijos, sino que los criaban con comestibles enlatados, alimentos supercongelados, alimentos calientes proporcionados por los establecimientos de asados, tocinerías, freidurías.

Aquel bienestar obligaba a cada familia a tener una casa racional llena de «zonas», a comprar y usar un automóvil, un televisor, una cantidad enorme de electrodomésticos; a salir semanalmente de casa para el *week-end* y a pasar las vacaciones veraniegas en el mar, en la montaña, de crucero.

Todo cosas estupendas, pero que cuestan mucho dinero. Por ello, quien vivía de su trabajo estaba obligado a hacer continuas huelgas para conseguir una paga mayor, y el que no tenía trabajo se las arreglaba de varias formas. Por ejemplo, se metía una media de mujer en la cabeza e iba a atracar joyerías, Bancos y oficinas de Correos.

Por Navidad, como el bienestar exigía notables gastos extraordinarios, se intensificaban los robos, Así, un anochecer, precisamente cuando el oficial de Correos del pueblo de don Camilo se disponía a cerrar la oficina, se encontró ante dos tipos que tenían la cara cubierta hasta los ojos con un pañuelo negro.

Mientras el más gordo de los dos, apostado frente a la ventanilla, obligaba —pistola en mano— al oficial a fingir que escribía, el otro vació la caja fuerte en pocos segundos. Luego salieron, montaron en sus motocicletas, que habían dejado frente a la oficina y desaparecieron.

El oficial de Correos tardó bastante en recobrar el habla, Sin embargo, no había perdido el sentido de la vista y del oído, por lo que pudo cerciorarse de que se trataba de dos melenudos, cuyos nombres eran Ringo y Lucky. En efecto, en la excitación del golpe se habían llamado por sus nombres: Ringo era el de la greña negra, mientras que Lucky la tenía color zanahoria. Además, pudo tomar nota de las matrículas de las motocicletas.

No le costó nada a la Policía de la ciudad establecer que las motos eran de Ringo jefe de los «Escorpiones», y del pelirrojo Lucky, su lugarteniente. Como si ello no bastase, Ringo y Lucky habían desaparecido de la circulación.

La Policía sabía todo acerca de los «Escorpiones» y creyó muy interesante el hecho de que la muchacha de Ringo viviese precisamente en el pueblo donde se había dado el golpe. Por ello, en seguida fueran a pescar a Cat. La chica, que había olido a chamusquina, fue a refugiarse en casa de don Camilo, y allí la encontró la Policía.

—Tú eres la chica de Ringo —le dijo el jefe, seguro.

—Doble error —replicó con calma Cat—. Yo soy una ciudadana mayor de edad, empadronada y debo ser tratada de «usted». Además, hace mucho tiempo que no tengo ningún trato ni con Ringo ni con su banda. Vendo electrodomésticos con licencia en regla de la Cámara de Comercio y puedo justificar todos mis movimientos. Por otra parte, no acierto a comprender por que buscan a esos dos chicos: los «Escorpiones» nunca han robado.

El jefe se las sabía todas y no se impresionó.

—Sin embargo, es extraño —replicó con mucho sarcasmo— que los dos atracadores se llamasen Ringo y Lucky, tuviesen, respectivamente, cabellos

negros y rojos como Ringo y Lucky y usasen las motocicletas de Ringo y Lucky.

—Más extraño aún es que no dejasen al oficial de Correos una fotografía con autógrafo, y resulta francamente extrañísimo el hecho de que, tras haber puesto tanto cuidado en hacerse identificables, no hayan acudido a entregarse —recalcó Cat burlonamente.

—Entonces —gritó el jefe—, ¿dónde están Ringo y Lucky? ¿Por qué han desaparecido?

—Pregúnteselo a la Policía, que lo sabe todo, no a una comerciante en electrodomésticos —dijo Cat.

—¡Está bien! —decidió el jefe, muy molesto—. Venga usted con nosotros. Seguiremos el interrogatorio en mi despacho.

Don Camilo intervino.

—Comisario, soy tío de la muchacha —dijo—. Si quiere usted abofetearla, puede hacerlo aquí con entera libertad.

—¡Reverendo! —protestó el jefe—. Nosotros no pegamos a nadie ni tenemos la menor intención de abofetear a su sobrina.

—¡Es una lástima! —suspiró don Camilo, sinceramente disgustado—. Una ocasión como ésta no se me volverá presentar.

Se llevaron a Cat a las nueve de la mañana y volvió en taxi a las nueve de la noche.

—¿Qué tal ha ido? —se informó don Camilo.

—Muy reverendo tío —respondió Cat—, le confieso que llegó un momento en que sentí miedo.

—¿Por qué? ¿Entonces no es verdad que no tienes nada que ver en el asunto?

—Precisamente porque es verdad. ¿Cómo puede defenderse un inocente? La verdad siempre es estúpida, trivial y nunca convence. Si uno no cuenta mentiras, pocas posibilidades tiene de salir del paso.

—¿Y tú has dicho mentiras? —gritó don Camilo.

—Claro: de lo contrario, ¿cómo podía demostrar que decía la verdad?

—¡Eres una desgraciada! Verás cómo volverán a dar señales de vida.

—¡Así lo espero! —respondió Cat—. Les he vendido una nevera, dos lavadoras, un lavaplatos y una aspiradora. Pero me preocupan esos pobrecillos de Ringo y Lucky.

—¿Tienes la desfachatez de compadecerte de dos gamberros atracadores?

Cat sacudió la cabeza.

—Muy reverendo tío, se ha equivocado usted de oficio. Debería ser policía. Tiene todas las condiciones. Por otra parte, es más perjudicial un mal cura que un mal policía.

Pero lo gordo ocurrió a las dos de aquella madrugada. Alguien llamó con un palo a la ventana del dormitorio de don Camilo, y éste, en vista de lo que se trataba, cogió la escopeta y bajó a abrir.

Arrastrando dos desvencijadas bicicletas, entraron en la rectoría Ringo y Lucky. Estaban empapados y harto maltrechos.

Dan Camilo no soltó la escopeta:

—¿Por qué habéis venido aquí?

—*Pulsater et aperietur vobis* —dijo Ringo con fatigada sonrisa—. Tenemos frío, hambre y los huesos rotos de cansancio. Hace cuatro días y cuatro noches que vivimos a salto de mata, como perros.

—¡Como lobos, no como perros! —replicó duramente don Camilo—. De todas formas, mi deber es sólo el de telefonear a los carabineros.

—Está bien —dijo amargamente Ringo—. Al fin y al cabo, no tendríamos ni fuerzas para subir en bicicleta. Denos al menos algo de comer.

—Ya os dará el brigada —respondió don Camilo acercándose al teléfono.

—Es inútil que se moleste, reverendo tío —dijo una voz a sus espaldas—. He cortado los hilos.

Cat, ya completamente vestida, entró en la sala y se puso entre la escopeta de don Camilo y los dos muchachos.

—Yo les daré de comer —dijo—. Tengo mi «rubia» en el cobertizo. Sacadla vosotros dos, subid y esperadme.

—¡Cat! —gritó don Camilo—, quítate de en medio y no te metas con esos dos gamberros.

—Yo no soy un cura muerto de sueño y de miedo —respondió la chica—. Antes de condenar a la gente, quiero escucharla.

—Dejadlo Cat —dijo Ringo—. Tiene razón. No debes meterte en esto. Danos un pedazo de pan y cúbrenos la espalda hasta que nos larguemos.

Los dos jovenzuelos daban pena, y don Camilo se sintió ridículo con su arma. Además la condenadísima Cat se había acercado y tapado con la mano la boca de la escopeta.

Don Camilo bajó el arma y la dejó en un rincón.

—Enciende el fuego y dales de comer —dijo—. Tampoco yo condeno a la gente antes de haberla oído. Pero no sé qué podrán decir esos dos desgraciados.

—Podemos decir que nosotros no tenemos nada que ver con ese feo asunto —dijo Ringo mientras un leño empezaba a chisporrotear en la chimenea—. Algún maldito nos ha metido en el lío. Nos han robado las motos y han dado el golpe de modo que la culpa recayera sobre nosotros.

—Es lo que yo he dicho a la Policía —aprobó Cat, que traía pan, salchichón y vino.

—¡Patrañas! —gritó don Camilo—. Si fuese así habríais denunciado el robo a la Policía y no estaríais metidos en líos.

El calor y el vino habían reanimada a los dos jóvenes. Ringo soltó una carcajada:

—¿Lo dice en broma, reverendo? Al jefe y al subjefe de los «Escorpiones» no sólo les roban las motos como a dos ingenuos niños, sino que, además, van a lloriquear a la Policía como dos piojosos burguesotes cualesquiera. Nosotros tenemos dignidad. Además, no nos fiamos de su pútrida justicia. La única justicia en la que creemos es la que hacemos nosotros. Este asunto nos atañe sólo a nosotros los «Escorpiones» y a esos dos atontados.

—Tres —preciso Cat—. Está claro: dos dieron el golpe con las motos, y luego se reunieron, con el tercer hombre, que los esperaba en un coche. Se deshicieron de las motocicletas y se marcharon tranquilamente en automóvil. Sólo un policía o un cura no aciertan a comprender una cosa tan elemental.

Don Camilo sentía un gran respeto por las fuerzas del orden, pero le molestaba terriblemente ser equiparado a un policía. Miró perplejo a los dos jóvenes. Los había visto arriesgar el pellejo por salvar a las víctimas de la inundación. Con aquellas pelos larguísimos y la barba crecida y las ropas sucias y arrugadas, tenían aspecto de dos bandoleros. «Pero —pensó— los auténticos bandoleros no suelen tener aspecto de tales».

—¿Y quién me asegura que es así? —refunfuñó don Camilo.

—Nosotros —respondieron ambos.

—No me basta —afirmó don Camilo—. Quisiera una garantía que no podéis darme, porque vosotros os reís de Dios.

—No es verdad —puntualizó Ringo—. Dios va a lo suyo y nosotros, a lo nuestro. Coexistencia pacifica.

—Total —gritó don Camilo—, ¿creéis o no creéis en la existencia de Dios?

Ringo se echó a reír:

—Si negásemos la existencia de Dios, negaríamos nuestra propia existencia y la de todo el Universo. Somos rebeldes, pero nuestra rebelión es contra los hombres, no contra Dios.

Don Camilo era un típico producto del país del melodrama y nunca renunciaba a la puesta en escena.

—¡Seguidme! —dijo a los dos, poniéndose en marcha.

La iglesia, iluminada por los escasos cirios votivos, estaba llena de profundo y gélido misterio. Don Camilo se detuvo ante el viejo altar mayor.

—¡Persignaos! —ordenó a los dos jóvenes.

—Se persignaron.

—¿Juráis por Cristo crucificado que sois completamente ajenos a ese atraco?

—Juramos —dijeron ambos en voz firme y segura.

Volvieron junto a la lumbre.

—¿No le bastaba su palabra? —preguntó Cat—. ¿Cree usted que una persona no puede jurar en falso ante un dosel?

—Claro, es posible —respondió sombrío don Camilo—. Pero entonces ese tal abre una cuenta con Dios. Una cosa es engañar a un pobre párroco rural, y otra, tratar de engañar a Dios.

—No tratamos de engañar a nadie —dijo Ringo—. Pero, bueno, ¿ahora que hacemos?

—Por el momento os quedáis aquí. Naturalmente, no con esa pinta. Os facilitaré ropas decentes y os cortaré el pelo.

—¡Todo lo que quiera, paro eso no! —exclamó Ringo.

—Pero ¿no comprendéis que si alguien os ve con esas melenas nos metemos todos en un lío?

—Lo comprendemos —contestó Ringo—. Gracias por su hospitalidad: antes de cortarnos el pelo preferimos presentarnos a la Policía.

Don Camilo encontró una solución de compromiso. Permanecerían encerrados en el penúltimo rellano del campanario.

—¿Y don Quiquí? —exclamó Cat preocupada—. Ese mete la nariz en todas partes y los descubrirá.

—No los podrá descubrir porque se lo diré yo mismo —afirmó tranquilamente don Camilo.

—¿Y no nos delatará? —se preocupó Ringo.

—No —explicó don Camilo—, bastará hacerle creer que sois dos auténticos atracadores y que, por tanto, habéis actuado impulsados por la

injusticia social. Os apoyará con todo vigor. Lo importante es no hacerle sospechar que son inocentes.

—No se encargue de eso, reverendo tío —dijo Cat riendo—, yo misma se lo explicaré a don Quiquí. Conozco bien a los curas progresistas. Y del resto también me ocuparé yo. Cuando el oficial de Correos dio la alarma, la Policía cortó todas las calles, pero no vio ninguna motocicleta. Por tanto, las dos motos deben estar por estos alrededores. Es preciso encontrarlas.

Cat movilizó a la banda de Veneno, con una orden precisa: «Actuad por separado y buscad dos motos, no las toquéis; os quedáis de guardia y que alguno me comunique el hallazgo».

El gran río había agotado su enojo, y las aguas, tras haber llegado a lamer la base del dique maestro se habían retirado. Al pie de la cuesta que, desde el camino del dique, llevaba a un henil de la zona de aluvión, afloraron del fango dos motocicletas. Avisados por Cat, los carabineros fueron a recuperarlas. Eran las dos motos del atraco, y en las bolsas se encontraron una peluca negra y otra pelirroja, dos pistolas y dos pañuelos negros.

Fue el propio don Camilo quien llevó la noticia al campanario.

Ringo se echó a reír.

—Reverendo, si le hubiésemos hecho caso y nos hubiéramos dejado cortar el pelo, ¿se imagina en el lío en que estaríamos metidos ahora?

Al día siguiente se encontró en una carretera cerca de la ciudad un automóvil robado, y en su interior había documentos que los atracadores, con la prisa se llevaron junto con el dinero de la caja fuerte de la estafeta de Correos. Al regresar del golpe, los atracadores tuvieron que repostar de gasolina en el Castelletto, y el empleado del surtidor recordaba muy bien la pinta de los tres ocupantes.

Eran tres conocidos maleantes profesionales de la ciudad: los pescaron y los hicieron cantar. Los periódicos relataron la historia punto por punto.

—Ahora —dijo don Camilo a los dos jóvenes, que habían bajado a la sala — podéis ir tranquilamente a la Policía para poner en claro el asunto.

Ringo meneó la cabeza:

—Que la Policía se ocupe de sus sucios asuntos. Ahora se trata sencillamente de ajustar las cuentas a los tres tontainas que nos organizaron la broma. Los conocemos, pero ellos no saben quiénes son Ringo y Lucky. Se enterarán.

—¿Dónde iréis a pescarlos, en la cárcel? —preguntó don Camilo.

Es cuestión de tener paciencia unos cuantos meses —explicó Ringo—. Si salen en el próximo indulto, les echamos el guante y les ajustamos las

cuentas.

Don Quiquí, que estaba presente, intervino.

—¡Muchachos, no lo hagáis! ¡Acordaos de que esos tres pobres jóvenes son víctimas de la injusticia social, y su gesto es una justificable rebelión ante el egoísmo de los ricos!

—¿Y eso que es? ¿El undécimo mandamiento? —dijo Ringo soltando una carcajada—. De todos modos, no se preocupe, reverendo. Tendremos en cuenta sus palabras y le garantizamos que usaremos varas de leña verde para romperles los huesos.

—Es una delicada idea —admitió don Camilo—. También sería una bonita idea que, antes de marcharos, pasaseis un minuto en la iglesia para dar gracias a Dios por haberos ayudado.

—No hace falta —replicó Ringo—. Lo haremos cuando estemos de vuelta en la base. Dios también está en la ciudad.

Era una noticia reconfortante, y don Camilo se alegró mucho.

EPÍLOGO



Así acaba también esta retahíla, cuyo único objeto era demostrar que el mundo cambia, pero que los hombres siguen siendo como Dios los ha creado, porque Dios no ha hecho ninguna reforma y sus leyes son perfectas e inmutables.

Peppone estaba tan furioso que, de tocarle con la punta de un dedo, habría soltado ráfagas de chispas.

Hasta aquel momento, Peppone y su pandilla habían gobernado sin oposición el municipio, y ello porque los comunistas y socialistas unidos resultaban el doble más uno del bloque compuesto por los socialdemócratas y clericales.

Pero luego los camaradas de la fracción de La Rocca constituyeron una sección autónoma «china», capitaneada por la joven y ardorosa farmacéutica Bognoni, que, como consejero municipal, era uno de los elementos en punta de la pandilla de Peppone.

Después —seguido por la catastrófica inundación que devastó un tercio del país— se reunificaron los socialistas en un nuevo partido, que formó

bloque con los clericales.

Peppone y sus camaradas se quedaron aislados y con un número de votos igual al de los clericales-socialistas. Por ello la farmacéutica se convirtió en árbitro de la situación ya que su voto podría inclinar la balanza a uno u otro lado.

Y como las culpas de los hijos recaen sobre los padres inocentes, la joven Bognoni —que, tiempo atrás había sido lubricada por Veneno con aceite de hígado de bacalao— se divertía obstruyendo todas las iniciativas de Peppone.

Peppone resistió un poco y luego tomó la decisión de mandar al infierno a socialistas, clericales y farmacéuticos, para ocuparse de sus asuntos. No se hunde el mundo si un alcalde dimite; mas Peppone era un alcalde *sui generis*. Se había puesto al timón de la desamparada barca municipal en la inmediata posguerra y, pese a haber enarbolado la bandera roja, logró mantener la pequeña embarcación en el rumbo justo. Por eso, cuando había elecciones, hasta quienes veían al comunismo como el humo en los ojos, daban sin vacilar su voto a Peppone.

Cuando cundió la noticia de que Peppone quería irse, la gente se preocupó. Dos industriales de fuera que habían decidido instalar en el municipio una fábrica de maderas contrapeadas y una fábrica de materias plásticas y habían empezado ya a abrir los cimientos en el terreno concedido por el municipio, suspendieron las obras y se volvieron a casa. El dueño de un taller de maquinaria agrícola trasladó en seguida el tinglado a otro municipio menos peligroso.

Entonces don Camilo abordó a Peppone y trató de convencerle de que se volviera atrás en su decisión.

—Camarada, este cargo no te lo ha dado tu partido, sino la mayoría de los ciudadanos.

—La mayoría propone y la política dispone —replicó Peppone—. Yo no puedo estar a merced de una mujer cualquiera.

Peppone, cuando se empeñaba en algo, avanzaba como un *panzer*, y es sabido lo difícil que resulta razonar con un *panzer*.

Don Camilo fue a la farmacia para tratar de convencer a la «guardia roja» maoísta de que se dejase de su revolución y volviese al redil. La farmacéutica se rió en sus barbas:

El hecho de que sea un cura quien me pide eso es la mejor prueba de que Peppone ha traicionado la idea leninista y al pueblo trabajador. Tómelo usted como sacristán.

Cuando hacen política, las mujeres razonan menos aun que los *panzers*, y don Camilo, sin perder tiempo en discutir, se dirigió a Belicchi, uno de los socialistas que, hasta poco antes, habían hecho causa común con Peppone, Belicchi lo escuchó y luego respondió con manifiesto desagrado:

—Sin embargo, es una vergüenza que un cura trate de ayudar a los comunistas.

—Yo trato de ayudar a una buena administración —replicó don Camilo.

—La administración no tiene importancia —estableció Belicchi—. Lo que importa, ante todo, es el partido.

—Lástima que las aguas residuales no entiendan de política. De lo contrario, podrían irse del pueblo hasta sin cloacas. ¿Y las dos fábricas? ¿Y el taller? Es el trabajo para doscientos cincuenta obreros.

Belicchi se echó a reír:

—Es mejor tener doscientos cincuenta obreros sin trabajo, que favorecer a tres sucios industriales. Nosotros tomaremos el poder, y con la planificación lo arreglaremos todo.

Las socialistas tienen una mentalidad así, y don Camilo abrió los brazos:

—¿Puedo pedirle al menos una información?

—Claro.

—¿Qué diría usted si alguien, una de esas noches, entre dos luces, le diese una buena ración de palos en la espalda?

Belicchi soltó una carcajada:

—Reverendo, Peppone ya no da miedo a nadie. Los comunistas se han aburguesado.

—Pero yo no —objetó don Camilo.

¿Y usted me apalearía por cuenta de Peppone?

—No, por mi cuenta, camarada Belicchi. *Temporibus illis*, cuando yo hacía de curita izquierdista como don Quiquí, tú ibas por ahí con camisa negra y una noche, me diste una ración de palos. Te los puedo devolver. Y solo, sin necesidad de que me ayuden tres bribones, como hiciste tú.

Belicchi hizo un gesto de impaciencia:

—Reverendo, eso eran cosas de chicos. Ha pasado un siglo. ¿Quién se acuerda ya de eso?

—Yo —respondió don Camilo—. Quien los da, olvida fácilmente, pero quien los recibe, no.

—Pero yo, por aquel entonces, era un chiquillo y rescaté mi pasado combatiendo en la Resistencia.

—Lo tendré en cuenta. No zurraré al ex partisano, sino al ex fascista.

Dan Camilo agarró a Belicchi por las solapas, y éste, empalideció:

—¡Usted no puede! ¡Todos saben que también entonces yo jugaba a dos barajas!

—Mi espalda no lo sabe —explicó don Camilo, empezando a hacer rebotar contra la pared a Belicchi.

—¿Y qué tengo que hacer, según usted? —balbuceó el hombrecillo.

—Dejar el partido socialista o ingresar en el comunista.

—¿Y es precisamente usted quien me pide una cosa semejante? ¿Usted, un sacerdote?

—Para mí, los marxistas sois todos carne de infierno —respondió don Camilo—. No me importa nada que tú, en vez de una cazuela, te frías en una sartén.

Don Camilo tenía argumentos harto persuasivos, y Belicchi pasó de la cazuela a la sartén. De aquí que Peppone tuviera mayoría absoluta, y el voto en contra emitido por la farmacéutica cobró el patético significado de un homenaje a Mao.

Naturalmente, don Camilo, había actuado en el más estricto secreto y, aprovechando un mitin por la paz en Vietnam, Peppone dio las gracias a don Camilo con una enérgica denuncia de las conjuras clericales, que habían intentado en vano entorpecer la administración municipal democrática. Era un discurso verdaderamente atinado, que dejó boquiabierto a don Camilo.

Lo oyó junto con Cat, y al final exclamó:

—No comprendo cómo el tonto ese ha podido sacarse de la manga un discurso así.

—Se ha limitado a leerlo. Ha fijado las tesis generales y yo las he desarrollado —explicó Cat con su diabólica sonrisa.

—¡Ah! Y tú, ¿cómo te las has arreglado para encontrar todas esas citas de san Pablo, san Agustín, santo Tomás, de la *Rerum Novarum* y del Papa Juan?

—Don Quiquí ha de servir de algo, al fin y al cabo —dijo Cat.

—Y tú, más que desgraciada —gritó don Camilo—, ¿te has puesto contra tu tío?

—No, reverendo tío. He ayudado sencillamente al abuelo de mis futuros hijos.

Don Camilo miró muy apenado a la joven:

—¿Y tú crees de verdad que ese chico es tan estúpido como para casarse contigo?

—¿Qué tiene que ver él? ¡Soy yo quien se casa con él!

—Y dime: ¿sabe que quieres casarte con él?

—Claro. Se lo he escrito y él me ha contestado que está muy contento.

—¡Cuentos! No admito que pueda existir un hombre tan cretino. A menos que me dejes leer su respuesta.

—Es técnicamente imposible, —explicó con calma Cat—. Había huelga de Correos y yo, para no perder tiempo, le entregué mi mano en mi carta y él me contestó de viva voz.

Don Camilo pegó un bote:

—¿Hasta eso has hecho? ¿Y tu madre está de acuerdo?

—¿Mi madre? —se burló la chica—. ¿Acaso quiere decir esa mujer aburrida que chismorrea por mi casa y no hace más que recordarme todas las cosas que no debo hacer?

—¡Deja ya de hacerte la graciosa! ¿Sabe o no tu madre que te casas?

—Acabará sabiéndolo también ella. Hay muchos charlatanes en este asqueroso mundo.

A don Camilo le dieron ganas de agarrar a Cat y estrellarla contra la pared.

—¡A eso hemos llegado! —gritó—. ¡Una muchacha se casa sin avisar siquiera a su madre!

—¿Acaso me avisó ella cuando se casó?

La descarada se echó a reír y luego añadió:

—Fíjese, reverendo tío; me casaré con minifalda. Le guste o no le guste.

—¡Te guste o no te guste, aquí sólo entrarás vestida decentemente y con la cara limpia!

—¡Figúrese si yo, ante los chicos, pueda mostrarme ataviada como una Hija de María!

—No te preocupes por los chicos, No estarán esos gamberros con sus greñas piojosas. Aunque se tienda a hacer burlas en torno a él, el matrimonio es una cosa seria.

Cat se enfadó:

—Yo me propongo casarme vestida como me parezca y con los invitados que quiera. ¡O así, o me caso en la alcaldía!

—Muchacha —dijo don Camilo enseñándole un pie—. Como ves, calzo el cuarenta y cinco. ¡Pues bien, si dentro de cinco segundos no has desaparecido, lo sentirás también!

La chica salió disparada como un cohete.

Todo parecía terminado, pero una semana después volvió a ponerse sobre el tapete el matrimonio de Cat y fue don Quiquí quien habló de ello:

—Reverendo, su sobrina es una chica impulsiva, pero de sentido común. Lo ha reflexionado. Quiere un matrimonio bendecido por Dios, aunque naturalmente salvando su indiscutible personalidad.

—Bien, ¿y qué?

—Que al ser paracaidistas, tanto él como ella, pronunciaran el fatídico «sí» tras haberse lanzado de un avión. Ya se ha celebrado un matrimonio de ese tipo. ¡Me parece bellísimo! Piense en la solemne promesa hecha lejos de las falsedades de la tierra, en el ciclo libre. Más cerca de Dios.

—Comprendo —refunfuñó don Camilo—. ¿Y el sacerdote los casará mirándoles desde abajo con prismáticos?

—¡Nada de eso! El sacerdote se lanzará junto con los novios. Desde mañana empezaré a tomar lecciones de paracaidismo.

—¡Ah! —exclamó don Camilo—, veo que Cat ha logrado convencerle.

—Ha costado poco, don Camilo —explicó el curita—. Fíjese: un grupo de compañeros de armas del novio participarán en el rito y se lanzarán también. Veo ese maravilloso abrirse de grandes y blanquísimas flores en el cielo azul. Sí, también el progreso tiene su poesía. En el prado sobre el cual se efectuará el lanzamiento nupcial, haré instalar un altar de campaña, y allí celebraré la misa vestido de paracaidista. Créame, reverendo. También de esa forma la Iglesia renovada se actualiza, y se adapta al progreso.

Don Camilo aprobó gravemente.

—Este matrimonio dará que hablar —dijo.

Don Camilo volvió a ver a Cat al cabo de un mes.

—Como ve —dijo alegremente—, hemos sabido nadar y guardar la ropa; tendremos, pues, una boda cristiana pero no trivial. Don Quiquí es un tesoro: ya ha empezado a lanzarse. Le sale muy bien, y estará preparado para el gran día. Así deberían ser los curas: modernos, dinámicos. Para que el rito sea más sugestivo, el lanzamiento, se hará desde dos mil quinientos metros. Durante dos mil metros iremos ya unidos, con el paracaídas cerrado, y tendremos tiempo de sobra para decir «sí». A quinientos metros, don Quiquí abrirá el paracaídas y se separará. A cuatrocientos metros lo abrirá Veneno, y a trescientos lo haré yo.

—Sería más sugestivo que el tuyo no se abriese —masculló don Camilo —. Ese cretino que será tu marido, ¿está de acuerdo?

—Naturalmente.

—Por la fuerza. Veneno lo tiene arreglado, porque sus testigos serán el teniente y un compañero de cursillo. Los míos —que serán Lucky, el subjefe

de los «Escorpiones», y Krik, subjefe de Veneno— están siguiendo un cursillo de paracaidismo.

Veneno, una vez terminado su servicio militar, volvió a casa y en seguida se presentó con Cat en la rectoría.

Estaba cohibido:

—Reverendo —balbuceó—, su sobrina y yo tenemos intención de casarnos.

—Ya lo sé —dijo don Camilo—. Siento no poder casaros yo. Pero a mi edad no me atrevo a hacer salto de dos mil quinientos metros.

Veneno lanzó una mirada interrogativa a Cat y luego dijo:

—¿A qué viene ese lanzamiento desde dos mil quinientos metros?

Luego hablaremos de eso —le respondió atropelladamente Cat—. De momento, reverendo, ¿se podrá hacer una cosa rapidita o saldrá un asunto tipo *Los novios* de Manzoni?

—Si no interviene la autoridad sanitaria para llevaros al manicomio, dentro de ocho días podréis cometer la mayor estupidez de vuestra vida.

Veneno volvió a la carga tres días después.

—¿Podría usted casarnos aquí en la iglesia, el sábado por la mañana? —preguntó.

—Claro —respondió don Camilo—. Lucky y Krik, ¿siguen siendo los testigos de la boda?

—Por el momento, sí —respondió, sombrío, Veneno—. Pero quedan aún cinco días de tiempo.

Veneno estaba muy nervioso y tenía la mejilla derecha profundamente arañada, por lo que don Camilo no insistió.

Aquella mañana del sábado, cuando don Camilo entró en la iglesia abarrotada de gente, sudaba frío y se le paró el corazón cuando vio a Cat avanzar hacia el altar del brazo del hermano de su padre, Pero, gracias a Dios, Cat no llevaba minifalda, sino un vestido interminablemente largo. En compensación, Veneno también tenía profundos arañazos en la mejilla izquierda.

Pero se quedó sin respiración cuando tuvo ante sí a los testigos de Cat. Correctamente vestidos de gris oscuro, y con el pelo cortísimo Lucky y Krik tenían algo de increíble.

—Es nuestro regalo de bodas a Cat —explicó en voz baja Lucky tocándose el pelo.

Don Camilo sintió un escalofrío en la espalda pensando en lo que debía de haber costado aquel regalo a los dos mocetones.

Pero el momento más triste para don Camilo fue el del «sí». «Señor —pensó don Camilo—, ponle una mano sobre la cabeza, o esa desdichada, para molestarme, responderá “no”».

«No hace falta», respondió la voz lejana de Cristo.

En efecto, Cat respondió «sí», y sin vacilación alguna.

En aquel preciso instante, don Quiquí, profundamente apesadumbrado, pero no domado, se lanzaba desde dos mil quinientos metros. Fue un salto perfecto, pero cuando se acercaba a la tierra, una pícara brisa empujó el paracaídas, que fue a engancharse en la copa de un alto chopo, y las cuerdas se enredaron tanto, que hubieron de acudir los bomberos con la escala «Porta» para bajar a don Quiquí.

Pero, hubo de permanecer allí un buen rato y tuvo el consuelo de ver pasar por la carretera el coche de Cat y Veneno que, seguido por la manada desencadenada de ochenta melenudos de ambos sexos en motocicleta, entraba en la autopista.

Y todo eso porque, aunque un cura esté en la copa de un chopo, todos los salmos acaban en gloria.



GIOVANNI GUARESCHI (Roccabianca, Parma 1 de mayo de 1908 - Cervia, Ravenna 22 de julio de 1968). Su nombre completo era Giovannino Oliviero Giuseppe Guareschi, fue un dibujante de humor, escritor y periodista italiano. Su padre tenía una tienda pequeña y su madre era profesora; tuvo una infancia feliz hasta que su familia se vio afectada por la crisis económica de los años 1926 y 1927 y Guareschi se vio obligado a abandonar sus estudios en la Universidad de Parma. Antes de dedicarse al periodismo ejerció todo tipo de profesiones, desde portero a docente, hasta comenzar a colaborar en un periódico local. En 1929 fue nombrado editor de la revista «*Corriere Emiliano*», llegando a ser editor jefe en 1936 de la publicación humorística «*Bertoldo*». En 1940 se casó con Ennia Pallini, quien se convirtió en el tema de sus columnas autobiográficas.

Al llegar la Segunda Guerra Mundial Guareschi se unió al ejército italiano, en parte para escapar de las denuncias que había recibido al burlarse de Mussolini. Cuando los aliados firmaron su armisticio con los italianos, Guareschi fue arrestado por los alemanes, y enviado a un campo de concentración en Polonia y después a Alemania otros dos años junto a otros soldados italianos: los «IMI» (Internados Militares Italianos). Todas sus experiencias las describió en su *Diario clandestino*. Ya en 1945 pudo fundar la publicación satírica «*Candido*», en la que seguía usando su tono burlón y

crítico, lo que condujo a varios encarcelamientos que contribuyeron a debilitar su salud. *Candido* incluyó las primeras apariciones del personaje que haría famoso a Guareschi, don Camilo.